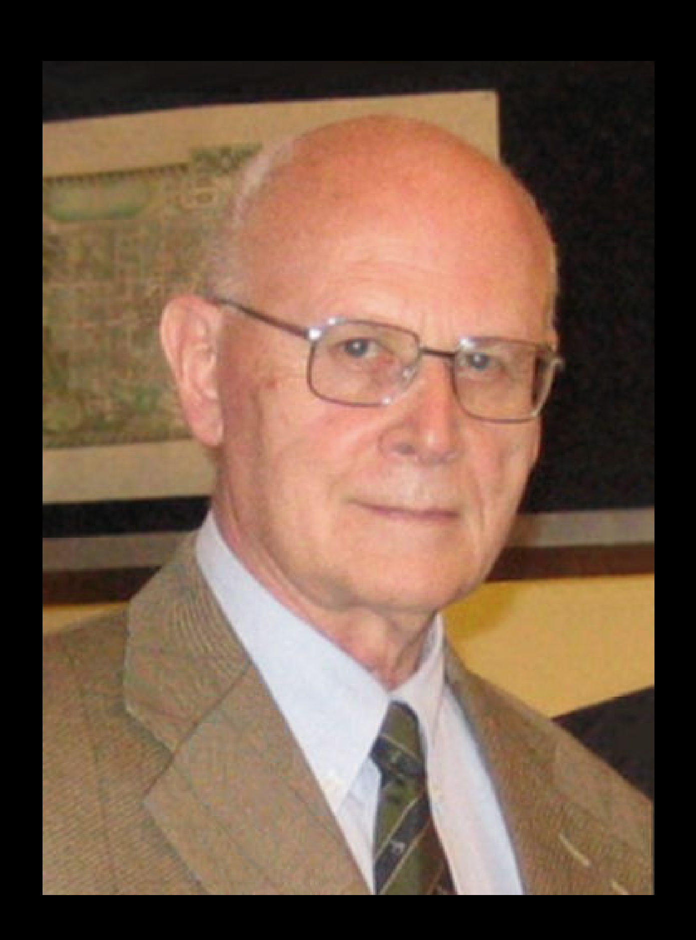
Elementos

de Metapolítica para una Civilización Europea Nº 48



HOMENAJE A DOMINIQUE VENNER



UrKultur



UrKultur

http://urkultur-imperium-europa.blogspot.com.es/

Escuela de Pensamiento Metapolítico NDR

Elementos

de Metapolítica para una Civilización Europea

Director:

Sebastian J. Lorenz

sebastianjlorenz@gmail.com

Número 48

HOMENAJE A DOMINIQUE VENNER

SUMARIO

Ceremonia-homenaje a Dominique Venner en París

Javier Ruiz Portella

El viernes 31 de mayo Dominique Venner fue incinerado en el cementerio parisiense de Père-Lachaise. Participaron en el acto la familia y un nutrido grupo de íntimos cuya lista él mismo había establecido. La ceremonia estuvo marcada por una grandeza y una dignidad tales que permiten pensar que, contrariamente a la práctica habitual, sí es posible un ritual funerario de carácter laico que esté a la altura de lo que, cuando la Iglesia aún practicaba rituales dignos de este nombre, rodeaba de fuerza sagrada el momento de la gran partida. Basta para ello que el arte (mediante textos literarios, música e himnos) esté presente en el lugar que es el suyo: el de manifestación de lo sagrado.

Por la tarde, en medio de la emoción colectiva y en una sala abarrotada por más de 700 personas, se celebró una ceremonia-homenaje marcada por iguales características.

Dirigida por Fabrice Lesade, amigo íntimo de Dominique Venner al que éste le pidió que lo acompañara la tarde de su inmolación en Notre-Dame, y con la participación de jóvenes del movimiento Europe-Jeunesse que portaba banderas, tomaron la palabra en dicha ceremonia, junto con Alain de Benoist y el Padre Guillaume de Tanoüarn, los historiadores y colaboradors de la *Nouvelle Revue d'Histoire* Philippe Conrad y Bernard Lugan, así como el director de *Polémia* Jean-Yves Le Gallou. De fuera de Francia hablaron el líder de CasaPound Italia, Gianluca Ianone, y el director de este periódico, Javier Ruiz Portella. Ésta fue su alocución.

El aristócrata y el hombre de las pantuflas

He aquí que en los tiempos de la gran blandenguería en los que nuestros únicos dioses se llaman confort, diversión y comodidades; en los tiempos en que todo se equivale y nada vale nada —salvo el dinero y su búsqueda—, he aquí que en tales tiempos alguien va y se quita la vida para afirmar todo lo contrario: la belleza, la grandeza y la nobleza de nuestro destino.



El escarnio infligido a nuestro mundo... inmundo es brutal. Las lecciones, múltiples. Pero quisiera destacar una en particular. Frente al hombre metido en sus pantuflas; frente a ese cobarde que sólo cree en lo que es útil, práctico y factible, Dominique Venner ha venido a afirmar tanto la grandeza como la gratuidad de su gesto.

¡Qué clase tenía Dominique Venner!, ese hombre con alma de aristócrata que pertenecía a la alta «aristocracia secreta», como él la llamaba y cuya plasmación deseaba con ardor. Pero he aquí que, contrariamente a los pequeñoburgueses que hoy reinan, los aristócratas son —o eran— gente capaz de realizar gestos tan grandes como gratuitos. Gestos que no aspiran a ninguna eficacia tangible, concreta,

medible. Gestos que no son sino una señal, un símbolo, un ejemplo de aquello que se defiende. A seguir… ¡y allá los otros si no lo siguen!

No han comprendido nada los pequeñoburgueses que le reprochan a Dominique Venner un gesto —pretenden— que «no sirve para nada», «no tiene ninguna utilidad» y, por consiguiente, «ningún sentido», concluyen esos «utilitaristas» que parecen creer que el sentido se reduce a lo útil y a lo agradable.

No han comprendido que Dominique Venner sabía perfectamente que su gesto no iba a cambiar el rumbo del mundo de forma medible, inmediata. No han comprendido que aspiraba a otra cosa: a la belleza, a la nobleza de un gesto que se sitúa en la larga duración y cuya eficacia política —si alguien se empeña en tal palabra— sólo se puede medir en términos de simientes, de gérmenes que algún día se abrirán tal vez. ¡Y allá penas si no se abren!

§

«Dulce et decorum est pro patria mori», decía Horacio. «Dulce, honroso es por la patria morir». También decía: *«Carpe diem»*. «¡Atrapa, goza del día que pasa!». Limitándose al *Carpe diem*, los niñatos mimados de hoy —el *Homo festivus* del que habla Philippe Muray— creen haber encontrado en el pobre Horacio la exaltación de su hedonismo tan miserable como egotista. Su hedonismo vulgar, habría que decir para contraponerlo al hedonismo heroico que proclama Horacio, él que nos incita a gozar de nuestra vida mortal… y a ser capaces, si hace falta, de ofrecer esta misma vida en defensa de la patria.

¿A qué patria ha ofrecido su vida este otro gran hedonista heroico que era Dominique Venner? La respuesta se halla en sus libros. Ha muerto por nuestra patria europea (por esa Europa que, más allá de un continente, implica una civilización). Ha muerto para defender el antiguo linaje de esa Europa amenazada hoy por sus propios demonios y por los que se derivan de la Gran Sustitución de poblaciones —feliz término acuñado por Renaud Camus— que nuestros oligarcas nos infligen. Dominique Venner ha muerto por Europa. Así pues, ha muerto también por Francia, parte inextricable de Europa.

No hay ninguna oposición, ninguna contradicción entre nuestros pueblos europeos. No hay sino una múltiple, rica diversidad en el ámbito de un mismo espíritu. Ha desaparecido afortunadamente el nacionalismo patriotero que, en «el Siglo 1914»,[1] nos llevó a la pérdida. He ahí otra de las lecciones maestras que nos da Dominique Venner, ese europeo de Francia.

Orgulloso de esta lección y como europeo de España que soy, vengo aquí a saludar la memoria de Dominique Venner al mismo tiempo que, tanto en mi propio nombre como en nombre de nuestros amigos del otro lado de los Pirineos y del otro lado del Atlántico, les expreso a todos —y en primerísimo término a su familia— mi saludo lleno de emoción.

---

[1] Título del libro cuya versión, elaborada por el propio Dominique Venner para ser publicada en España, se titula *Europa y su destino*.

Dominique Venner, un maestro para Europa

Sebastian J. Lorenz

Con buen criterio, en 2010 *Áltera* publicó el excelente ensayo histórico *"Europa y su destino"* de Dominique Venner, que venía a cubrir un vacío en el mundo editorial español, si exceptuamos la edición de *"Baltikum"* (la historia de los cuerpos francos). Venner es seguramente, junto a Thiriart, el padre de un nuevo europeísmo revolucionario y uno de los primeros maestros de la *"Nouvelle Droite"* francesa y del pensador galo Alain de Benoist. Pero echemos un vistazo a su vida y su obra.

Miembro del movimiento *"Jeune Nation"*, Venner abogó desde el principio por la creación de una organización nacionalista europea y revolucionaria. En 1962 escribe su famoso ensayo *"Pour une critique positive"* (1962) y se convierte en uno de los principales inspiradores de la *"Féderation d´Etudiants Nationalistes"* (FEN), organización en la que un joven Alain de Benoist publica sus primeros ensayos filosóficos. En 1963 Venner funda el grupo *"Europe Action"* que Alain empieza a frecuentar. El encuentro entre el veterano y la joven promesa será decisivo y se materializará en un nacionalismo europeísta, antiliberal y anticristiano.

El impacto de este ensayo en el ámbito del nacional-europeísmo francés, limitado hasta entonces al nacional-comunitarismo de Jean Thiriart- debió ser tremendo. La reflexión intelectual y filosófica, hasta el momento despreciada por el nacionalismo europeo, más proclive a la acción que a la meditación, será la fuente de inspiración para la creación del GRECE *(Groupement de recherche et d'études pour la civilisation européenne)*. El nacional-europeísmo de Venner será determinante en la formación –y posterior evolución– de toda una generación de pensadores europeístas, cuyos tempranos escritos se mueven entre la ética nacionalista y la identidad étnica pero, gracias al influjo de Venner, este nuevo nacionalismo europeo se desprende del romanticismo decimonónico, del historicismo eurocéntrico y del universalismo modernista, para reclamar la prioridad identitaria de una Europa superior –en términos civilizatorios-etnoculturalmente.

En el citado ensayo, Venner establece los principios básicos de una nueva estrategia metapolítica: la necesidad de una nueva elaboración doctrinal y el desplazamiento del combate hacia la lucha ideológica y cultural. Algunos cronistas han comparado la obra de Venner con el *"¿Qué hacer?"* de Lenin, afirmando que en determinados aspectos de autocrítica, estrategia política y doctrina, supone un auténtico "giro leninista", que los neo-revolucionario-conservadores europeos adoptará en lo sucesivo. ¿No son conocidos los autores de la *"Konservative Revolution"* alemana como los "trotskistas" del totalitarismo de entreguerras?

Dentro de esta dinámica, Venner constituye en 1966 el *"Mouvement Européen de la Liberté"*. El fracaso de todas estas iniciativas políticas impulsó el movimiento de *"Europe Action"*, ya planteado como una fracción intelectual nacida de la derrota política, que no ideológica. A principios de la década de los 70 del siglo pasado, Venner abandona toda actividad política, centrándose en la elaboración ensayística, especialmente en la investigación histórica.

La estrategia de "purificación doctrinal y cultural", siguiendo las pautas de un "gramscismo de derecha", resituará el centralismo nacionalista en un nuevo proyecto revolucionario-conservador europeo. Frases como "la unidad revolucionaria es imposible sin unidad de doctrina" o "la revolución es menos la toma de poder que su uso en la construcción de una nueva sociedad", serán las aspiraciones metapolíticas de esta corriente de pensamiento, cuya estrategia asumirá la vía de la lucha de las ideas para conseguir, primero, el poder cultural, y, posteriormente, la hegemonía política y la transformación social.

El pensador francés lanzará en su famoso *"Manifeste"* una serie de consignas anticapitalistas, anticomunistas y anti-igualitarias, en las que expresa la trascendencia y la necesidad de retomar una perspectiva europea del nacionalismo francés, con el objetivo de alcanzar "la reconstrucción de Francia y Europa". Esa idea de regeneración europea estará presente en toda su obra posterior, como lo demuestra la publicación en 2002 de *"Histoire et tradition des Européens: 30.000 ans d´identité"* y en 2006 del compendio *"Le Siécle de 1914. Utopies, guerres et révolutions en Europe au Xxe siécle"*. Desde 2002 Venner dirige la *"Nouvelle Reveu d´Histoire"*.

Venner coincidirá –en vínculos y objetivos- con Jean Mabire en la realización de una síntesis del oxímoron "revolución-conservación". Mabire dirá que "toda revolución es, antes que nada, revisión de las ideas recibidas", en la creencia de "que los reaccionarios, es decir, aquellos que reaccionan, son obligatoriamente revolucionarios". Es, en definitiva, el segundo acto de una "Revolución Conservadora Europea". Y a ello consagrarán su vida y su obra una serie de pensadores europeos para quienes Venner ha sido un referente ideológico fundamental. Paganismo, europeismo, socialismo, tradicionalismo y etnoculturalismo, consignas para una *transmodernidad* del siglo XXI.

La primera y agradable impresión al leer el libro *"Europa y su destino"*es el sorprendente conocimiento que Venner tenía de la historia de España y, en especial, de la obra filosófica de nuestro Ortega y Gasset. El documento parte de una idea temporal: *el siglo del 14*, símbolo de la *catástrofe europea* derivada del primer acto de la *gran guerra civil europea*, fecha que marca a toda una "generación de combate" –como las califica el propio Ortega- o *Frontgeneration.* En España la "generación de la re-generación" será la del 98, con Miguel de Unamuno como máximo exponente, un grupo de intelectuales que pretendían salvar el declive de España a través de Europa, y a este movimiento le sucedería la llamada "generación del 14", en la que se encuadra el propio Ortega -como señaló Robert Wohl-, el cual tuvo una especial relación y vinculación con los autores de la *Konservative Revolution* alemana. La gran guerra provocó el deseo de crear nuevos valores y derribar y abandonar los ya caducos entre los inútiles escombros del conflicto bélico (la modernidad). El viejo continente había perdido su "orden europeo" (Venner), la "capacidad de mando civilizadora" (Ortega), dejando un tremendo vacío, pero resurgiendo con fuerza una nueva idea, la recuperación de la identidad europea.

Por esa nueva Europa Dominique Venner ha tenido *el placer de morir.*

Dominique Venner

Arnaud Imatz

Venner nació en París en 1935. Se alistó muy temprano en el ejército. Apenas tenía 18 años. Combatió en la guerra de Argelia hasta 1956. A continuación, durante diez años, se sumergió totalmente en el activismo político. Su irreductible militancia a favor de la Argelia francesa le valió 18 meses de cárcel bajo la presidencia de Charles de Gaulle. Fundó después la revista nacionalista-europea *europe-Action* y la editorial *Saint-Just* a principios de los años sesenta, y luego, en 1968, el *Instituto de Estudios Occidentales* (IEO), que reagrupaba prestigiosos intelectuales opuestos a la escolástica freudo-marxista imperante en la época. Simpatizará y tratará con los intelectuales de la Nueva Derecha francesa, pero nunca será miembro del GRECE. Con la perspectiva y el distanciamiento de la edad, mucho tiempo después, Venner evocará estos años juveniles de militancia y formación política en su libro *Le coeur rebelle* (1994) [El corazón rebelde].

En 1970, Venner rompe definitivamente con todo tipo de compromiso político. Poco a poco, viene a la historia por la vía del periodismo. Año tras año colabora con la prensa, dirige como editor varias colecciones de historia y literatura, y publica un buen número de artículos. Después de haber sido director de la revista *La Nouvelle Revue d´Histoire* [La Nueva Revista de Historia], en la cual colaboran prestigiosos historiadores franceses y europeos.

En total, son más de ciencuenta los títulos publicados por Dominique Venner. Su afición por la caza pronto le lleva a escribir sobre el tema. De ahí saldrá su *Dictionnaire amoureux de la chasse* (2000) [Diccionario amoroso sobre la caza]. Paralelamente, emprende investigaciones sobre la historia contemporánea. Inaugura estos trabajos con *Baltikum* (1974), un libro ampliado y revisado, en 2002, gracias a las informaciones de su amigo Ernst Jünger (*Histoire d´un fascisme allemand: 1919-1934*). Otros títulos marcan jalones en su obra; entre ellos, *Le blanc soleil des vaincus* (1975) [El blanco sol de los vencidos] sobre la guerra civil norteamericana, *Histoire de L´Armée rouge* (1981) [Historia del Ejército Rojo], premiado por la Academia Francesa, *Gettysburg* (1995), *Histoire critique de la résistence* (2002) [Historia crítica de la Resistencia], *Les Blancs et des Rouges, Histoire de la guerre civile russe* (1997) [Los blancos y los rojos, Historia de la guerra civil rusa], *Histoire de la collaboration* (2000) [Historia de la colaboración], *Histoire du terrorisme* (2002) [Historia del terrorismo], *Histoire et tradition des européens. 30000 ans d´identité* (2002) [Historia y tradición de los europeos. 30000 años de identidad], *De Gaulle, la grandeur et le néant* (2004) [De Gaulle, la grandeza y la nada], *El siglo de 1914. Utopies, guerres et révolutions en Europe au Xxéme siècle* (2006) [El siglo de 1914. Utopías, guerras y revoluciones en la Europa del siglo XX], *Ernst Jünger: Un autre destin européen* (2009) [Ernst Jünger: otro destino europeo] y, finalmente, el presente libro escrito especialmente para el público español.

Subrayo que comparto gran parte de los criterios y argumentos expuestos por Venner. Un buen número de ellos fueron objeto de mi ensayo *Los partidos contra las personas. Izquierda y derecha: dos etiquetas*, publicado en 2008. Algunos llaman especialmente mi atención. Citaré: la descripción de las ideologías o sistemas de interpretación del mundo como religiones de sustitución, como

religiones inmanentes, secularizadas. El análisis de la visión militar y guerrera de la política fomentada por los comunistas bolcheviques. El terror organizado y erigido en institución de Estado por Lenin y Trotski antes de Stalin. El comunismo y el nazismo hitleriano definidos como perversiones del racionalismo de la Ilustración, como locura de la razón. El retrato mental de Hitler cegado por un antisemitismo obseso, patológico, por un pangermanismo agresivo y un social darwinismo simplista. La cuidadosa distinción entre revolución conservadora y nazismo, siendo precisamente los revolucionarioconservadores, militares, aristócratas y nacionalistas, la única verdadera oposición a Hitler. La crítica del concepto equívoco de fascismo, siendo el nazismo alemán y el facismo italiano totalmente diferentes en materia de doctrina y de práctica. La denuncia del error de los contestarios de 1968 por haber confundido el capitalismo con las manera de ser tradicionales que ellos odiaban, acelerando el proceso de mercantilización de los hombres, de destrucción de las identidades, de desintegración de los lazos comunitarios y de manipulación de la naturaleza. El respeto al Otro entendido como reconocimiento de los méritos y cualidades de los diversos pueblos y civilizaciones del mundo. La defensa de la democracia fundada sobre los derechos de los pueblos concretos. Y también, la acusación contra las élites americanas y europeas cuya visión transnacional y universalista coincide con la mundualización financiera y económica.

Finalmente, comparto con Venner la denuncia de la paradójia comunidad de objetivos entre el comunismo soviético y el hipercapitalismo desregulador anglosajón. El comunismo, dice Venner, quería crear un hombre nuevo, un hombre racional y universal, liberado de las trabas que son las raíces, la naturaleza y la cultura. Quería la desaparición del hombre concreto y diferenciado de la vieja Europa, múltiple, diverso y trágico. ¿Y qué quieren las élites defensoras del turbocapitalismo? Lo mismo. La diferencia es el método. El *ordo novus* americano ve en el mercado mundializado el factor principal de la racionalidad económica y de los cambios necesarios. Pregona: la libertad de circulación de los capitales, la bajada de los costes de trabajo, la inmigración libre, la cultura hedonista y permisiva … la mundialización bajo la doble bandera del humanismo individualista y del neocapitalismo desregulador.

También debo decir que discrepo sobre puntos clave que defiende Venner. Estima a Nietzsche, Renan, Splengler, Sorel, Heidegger, Ortega y Gasset o Jünger, pero en mi panteón personal figuran preferentemente el Padre Vitoria, Donoso Cortés, Peguy, Unamuno, Weil, José Antonio, Bernanos, Del Noce o Lasch. Es muy severo con el general De Gaulle, a quien reprocha su intransigencia, su maquiavelismo y su despiadada vindicta, paradójicamente, contara las personas cercanas a él por ideas y sensibilidad. Sin embargo, yo sigo viendo en Charles de Gaulle a un gigante entre enanos. Tampoco estoy convencido de que el coronel Stauffenberg, autor del atentado contra Hitler, el 20 de julio de 1944, se alejase definitivamente de las convenciones cristianas de su familia para adherirse a un panteísmo poético.

En cuanto a nuestra forma de analizar el antagonismo derecha-izquierda, pues, divergen sensiblemente. Él entiende a interpretar la dicotomía como oposición de dos temperamentos o, mejor dicho, de dos mentalidades irreductibles, cuando yo veo ante todo la resultante de miradas específicas sobre ideas y hechos

históricos concretos. Más importante aún: los europeos, nos dice Venner, deben impregnarse del pensamiento de Homero. Sin negar las raíces cristianas de europa, considera a Homero como "el principio, el centro y el fin". Afirma que la *Ilíada* y la *Odisea* constituyen "nuestro libro sagrado más auténtico".

Respeto su ideal pagano, pero sigo teniendo plena confianza en las virtudes y el mensaje cristianos. Creo que sólo podemos entender a Europa y su historia a partir del cristianismo; que sólo es cuando fue cristiana que Europa pudo llegar por primera vez a tener conciencia de sí misma como sociedad de varios pueblos poseyendo una misma moral común, y mismos fines espirituales. Y no creo que haya unidad espiritual posible fuera de él.

El neopagano encuentra su fuerza en la idea de que la historia nunca se acaba, y la rueda de la fortuna da la vuelta ineluctablemente. Quisiera, sin embargo, recordar a Venner que el católico no es un fatalista, ni un resignado, ni un desertor. Para él, la lucha es el cumplimiento de un deber, no el resultado de un cálculo. Quizás nuestro autor convenga conmigo que, en última instancia, el triunfo o el fracaso son menos importantes que el ejemplo y el testimonio.

Pero que se tranquilice el lector que me ha seguido hasta aquí …. Dominique Venner es historiador riguroso, valiente y desinteresado. Un hombre honrado, consecuente y respetable que defiende sus convicciones incluso cuando el camino emprendido le atrae múltiples inconvenientes. Es uno de los historiadores franceses de su generación que más merecen ser leídos y debatidos …

© Extraído de la introducción al libro *Europa y su destino,* de Dominique Venner, Áltera, 2010, www.altera.net

¿La muerte voluntaria de Dominique Venner? Entrevista a Alain de Benoist

Nicholas Gauthier

Nicholas Gauthier.- Alain de Benoist, usted conocía a Dominique Venner desde 1962, más allá de la pena o del disgusto, ¿ha sido estúpido su gesto? Aunque él hubiese renunciado desde hace tiempo a la política, ¿este gesto es coherente con su vida, con su lucha política?

Ahora me disgustan especialmente ciertos comentarios. "Suicidio de un ex de las OAS", escriben unos, otros hablan de una "figura de extrema derecha", de un violento opositor del matrimonio gay o de un "islamófobo". Sin contar los insultos de Frigide Barjot, que ha revelado su verdadera naturaleza escupiendo sobre un cadáver. Ellos no saben nada de Dominique Venner. Nunca han leído una sola línea (de sus más de 50 libros y centenares de artículos). Ignoran al fin, que tras una juventud agitada – que él mismo contó en Le coeur rebelle (1994), entre sus mejores obras -, había renunciado a toda forma de acción política desde hace casi medio siglo. Exactamente desde el 2 de julio de 1967. De hecho estaba presente cuando comunicó la decisión. Desde entonces Dominique Venner se había dedicado a escribir, primero con libros sobre caza y armas (era un experto reconocido en este ámbito) y después con ensayos históricos brillantes por estilo y, a menudo, autorizados. Había entonces fundado La Nouvelle Revue d´histoire, bimestral de elevada cualidad.

Su suicidio no me ha sorprendido. Desde hace tiempo sabía que –

siguiendo el ejemplo de los antiguos romanos, y también de Cioran, por citarlo solo a él – Dominique Venner admiraba la muerte voluntaria. La juzgaba como la más conforme a la ética del honor. Recordaba a Yukio Mishima, y no es casualidad que en su próximo libro, que el próximo mes será editado por Pierre-Guillaume de Roux, se titulará "Un samouraï d´Occident" (Un samurái de Occidente). ¿Hasta qué punto se puede medir su carácter de testamento? Pese a que esta muerte ejemplar no me sorprende. Me sorprenden el tiempo y el lugar.

Dominique Venner no tenía fobias. No cultivaba extremismo alguno. Era un hombre atento y secreto. Con los años, el joven activista de la época de la guerra de Argelia se convirtió en un historiador meditativo. Subrayaba, de buena gana, que la historia era siempre impredecible y abierta. No veía motivo para no desesperar, de hecho, rechazaba toda forma de fatalismo. Pero, ante todo, era un hombre de estilo. Aquello que más apreciaba en las personas era la capacidad. En el 2009 había escrito un hermoso ensayo sobre Ernst Jünger, explicando su admiración por el autor de los acantilados de mármol. En su universo interior no había lugar para la burla, ni para los conflictos de una política del politiqueo que justamente despreciaba. Por ello era respetado. Buscaba la capacidad, el estilo, la ecuanimidad, la magnanimidad, la nobleza de espíritu, a veces hasta el exceso.

-Dominique Venner era pagano. Pero ha elegido una iglesia para poner fin a sus días. ¿Una contradicción?

Pienso que él mismo había respondido a la pregunta en la carta que ha dejado, pidiendo hacerla pública: "Elijo un lugar altamente simbólico, la catedral de Notre-Dame en París, que respeto y admiro, porque fue construida por el genio de nuestros abuelos sobre lugares de culto más antiguos, recordando orígenes inmemorables". Lector de Séneca y Aristóteles, Dominique Venner admiraba especialmente a Homero: La Iliada y La Odisea eran para él los textos fundadores de una tradición europea, en los cuales, reconocía a su patria. ¡Solo Christine Boutin puede imaginar que fuese "convertido en el último segundo"!

-¿Políticamente esta muerte espectacular será útil, como otros sacrificios celebrados, como aquel de Jan Palach en 1969 en Praga, o aquel más reciente del vendedor ambulante tunecino que provocó la primera "primavera árabe?

Dominique Venner se ha expresado también sobre las razones de su gesto: "Ante peligros inmensos, siento el deber de actuar hasta que no tenga fuerza. Creo necesario sacrificarme para romper el letargo que nos oprime. Mientras tantos hombres se hacen esclavos de la vida, mi gesto encarna una ética de la voluntad. Me doy muerte para despertar conciencias adormecidas". No se podría ser más claro. Pero sería un error si no se hubiese visto en esta muerte voluntaria más allá del estrecho contexto del debate sobre el "matrimonio para todos". Desde hace años, Dominique Venner no soportaba ver más a Europa fuera de la historia, vacía de energía, olvidada de sí misma. A menudo decía que Europa estaba "aletargada". Ha querido despertarla, como Jan Palach, en efecto, o, en otro periodo, Alain Escoffier. Así ha probado su capacidad hasta lo más profundo, permaneciendo fiel a su imagen de comportamiento de hombre libre.

También ha escrito: "Ofrezco lo que queda de mi vida en un intento de protesta y fundación". Esta palabra, fundación, es el legado de un hombre que ha elegido morir de pie.

En la muerte de Dominique Venner

Ernesto Milá

Dominique Venner: me alegro de haber traducido alguno de tus libros, me alegro de haberlos leído casi todos, me alegro de compartir contigo los mismos ideales y me alegro de que medio siglo después de que crearas EUROPE-ACTION, tus ideales siguen siendo aquellos por los que en otro tiempo luchaste, me alegro de que murieras pensando como viviste y me alegro finalmente de que tus enemigos hayan sido los míos y de que tu muerte haya sido como tu vida, un ejemplo para todos nosotros y un estímulo para no renunciar nunca a nuestros comunes ideales.

A partir de ahora podemos decir que no solo Mishima se suicidó para llamar la atención por la decadencia de su Nación, sino que en la Vieja Europa también un hombre dio testimonio de esa decadencia y su fuerte fue un grito para el combate de nuestra generación y de las que vendrán.

Dominique Venner ha muerto porque no quería que su pueblo y su gente, entre ellos el creador de Notre Dame de París, fuera sustituido por pueblos alógenos llegados al continente para mayor gloria de la globalización y el neocapitalismo y a despecho de que en apenas unas generaciones su identidad sustituya a la nuestra. Su muerte es una vida entregada en defensa de la identidad de todos nosotros, de la de su familia, de tu identidad y de la mía.

He leído varias veces la carta de despedida de Venner. No es la de un depresivo que en el pozo de su enfermedad lo ve todo negro. Es la carta de alguien que quiere evitar con su testimonio la ruina de una identidad ancestral y plurimilenaria.

Oí hablar de Venner hace muchos años a antiguos miembros de Europe Action, de la OAS y de Jeune Nation que habían estado a los órdenes y con los que también había compartido tareas de dirección. Venner no era una vida fracasa, profesionalmente había alcanzado las más altas cotas de consideración en su profesión de historiador y sus libros están traducidos a muchos idiomas. Dirigía una conocida revista de historia en estos momentos y yo mismo le había traducido para la Revista de Historia del Fascismo, su obra Baltikum, una historia de los cuerpos francos alemanes y su folleto Por una crítica positiva que fue, en cierta medida, el documento en el que el neofascismo europeo apoyó su renovación en los años 60. Fue un militante durante su juventud, un líder comprometido que conoció la cárcel y la exaltación de los mítines, las reuniones y las manifestaciones en unos momentos terriblemente difíciles para su patria, cuando la República amputó el territorio argelino y arrojó a la ruina y a la muerte a millones de europeos que vivían en Argelia.

Al salir de la cárcel publicó Europe-Action, seguramente la revista más interesante e innovadora del neofascismo francés en la postguerra sin la cual sería incomprensible tanto el movimiento de la Nouvelle Droite, como la propia revista de historia que publicó Venner hasta su muerte. Participó, así mismo, en las tareas de dirección de Jeune Nation cuando apenas había cumplido los veinte años y se significó siempre, hasta su retirada como militante, como dirigente e inspirador teórico y estratégico de las

organizaciones a las que perteneció, incluida la Federation des Etudiants Nationalistes.

Reproduzco a continuación la carta en la que indica los motivos de su suicidio:

Estoy sano de cuerpo y mente, y me lleno de amor por mi esposa e hijos. Amo la vida, y no espero nada más allá, si no la perpetuación de mi raza y mi gente. Sin embargo, en la noche de esta vida, frente a enormes peligros para mi país francés y europeo, siento el deber de actuar sin tener fuerzas. Creo que tengo que sacrificarme para romper el letargo que nos aqueja. Ofrezco el resto de mi vida con la intención de la protesta y la fundación. Escogí un lugar altamente simbólico, Notre Dame de París, que yo respeto y admiro, que fue construida por uno de los genios de mis antepasados, lugar de culto ancestral, recordando nuestros orígenes inmemoriales.



Mientras muchos hombres son esclavos de sus vidas, mi gesto encarna una voluntad ética. Yo doy la muerte para despertar la conciencia dormida. Me rebelo contra el destino. Protesto contra lo que envenena el alma y al individuo, contra los deseos invasores que destruyen nuestra identidad, incluido la familia, base de nuestra civilización milenaria. Mientras yo defiendo la identidad de todos los pueblos, también me rebelo contra el delito de reemplazar nuestro pueblo.

El discurso dominante puede dejar sus ambigüedades tóxicas, pero son los europeos los que van a asumir las consecuencias. El no tener una identidad que nos amarra a la religión, que compartimos desde Homero en su propia memoria, depositario de todos los valores en los que nuestro futuro renacimiento reconstruido con la metafísica de la fuente dañina ilimitada de toda deriva moderna.

Pido disculpas de antemano a cualquier persona que mi muerte va a sufrir, ante todo,a mi esposa, mis hijos y nietos, así como a mis amigos y camaradas. Pero una vez terminada la conmoción atenuada del dolor, no me cabe duda de que cada uno verá el significado de mi gesto y mi orgullo. Espero que los que trabajan en conjunto viendo el pasado. Van a encontrar en mis escritos algo presagiado y explicara mi acción.

Dominique Venner

Vale la pena leer desde el primer libro de Venner hasta el último y conocer también su historia como militante. Su muerte es una llamada a centuplicar los esfuerzos en defensa de nuestra identidad y un grito de combate y de movilización. Ahora le tocará a los esbirros de la prensa corrupta y miserable, lanzar cuántas difamaciones se les ocurran en sus laboratorios de operaciones psicológicas, no nos cabe la menor duda de que se tergiversarán los motivos que le llevaron a morir ante el altar de Notre Dame de París, en la isla de la Cité, allí mismo en donde hace miles de años, antes de la catedral ya existía un templo pagano.

La única forma de defender su memoria es combatir por los mismos ideales que le llevaron a él a una vida de compromiso militante en defensa de la identidad europea. Porque si Dominique Venner fue algo, fue, sin duda, un combatiente, doctrinario y militante, que tuvo claro los motivos de su combate (contra la partitocracia, contra la plutocracia, contra el liberalismo, contra el nuevo orden mundial, contra el marxismo y su progresía, en defensa de un patriotismo social y nacional y de una Europa que, por supuesto, no es esta Europa

miserable e inviable construida por los delirios de poder franco-alemanes, sino la Europa de los pueblos orgullosos de una identidad que se forjó desde Salamina hasta Lepanto y hasta el cerco de Viena y que, golpe a golpe.

Venner no creía –como nosotros no creemos tampoco- en un más allá venturoso. Lo que cuenta es el momento presente y no las evasiones idealistas de otros mundos tan desconocidos como irreales. Venner creía en la Tradición y en la Sangre. La tradición que nos lega arquetipos y modelos de comportamiento a los que debemos de ser fieles porque son los más acordes con la voz de la sangre. La tradición y la sangre es con lo único que llegamos a la tierra y lo único que legaremos. A eso le llamaba "identidad".

Por eso murió y por eso otros estamos obligados a recoger su mensaje.

En torno al acto auto inmolatorio de Dominique Venner

Diego Pappalardo

Como se sabe Dominique Venner era un historiador revisionista e identitario, francés de pura cepa, un europeísta doctrinario.

Confieso que cada tanto leía sus escritos, encontrando en algunos de ellos cierta luminosidad, certezas y reafirmación de presunciones personales.

Por su formación amplia y erudita y por su militancia permanente conocía la doctrina católica, pero no quiso abrazar nuestra fe, fue renuente a ella, señalamos ese aspecto y desaprobamos dicho error.

Muy probablemente, si no se hubiese cerrado a la santa religión, hoy Venner no sería el tipo de noticia que es, ni objeto de burla despiadada de nuestros antagonistas… ¡Sí, por causalidad y no por causalidad, los defenestradores del historiador francés son también nuestros enemigos!

Por lo tanto, no hacemos apología del suicidio pero tampoco nos sumamos a los compañeros de ruta que han condenado explícitamente el acto auto inmolatorio de Venner, sin profesar clemencia alguna, sin pedir la misedicordia divina para su alma.

Venner, practicaba un neopaganismo consciente y con pretensión modélica, cosmovisión que sus discípulos y lectores devotos llamaban "ancestral, noble y sacrificial" porque él no pertenecía a esa subclase

de personajes bestiales y estrafalarios que cada tanto nos topamos, figurones de cerebro vacío y corazón envenenado, poseedores de una voluntad cuasi ominosa, que propician un paganismo versión siglo XXI, ignaro y ridículo.

El podía ser citado admirativamente por algunos de esos seres pero no se sentía identificado ni representado ni prolongado objetivamente por ellos.

Se encuadraba en otra corriente, lo expresaba sin rodeos, con claridad y orgullo.

No obstante, habiendo estado equivocado en su enfoque, fue sincero en su intención, en el obrar de luchador. Su permanente inquietud y dolor ante el peligro decadente y letal que sufren Francia, Europa y todo Occidente junto a las horas en la cárcel, las empleadas o quemadas en la militancia expresada múltiplemente, el testimonio de su familia, amigos y fieles, así lo atestiguan.

Pudo aislarse de su realidad ambiente, pudo desobligarse de su comunidad histórica; pudo disfrutar enteramente de los placeres de la vida e incluso de las mieles del sistema corrupto y crapuloso, mendaz y explotador prevalente en Occidente.

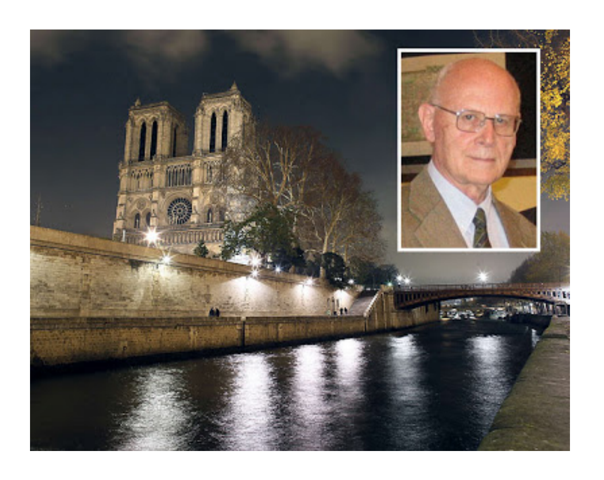
Pudo hacer la vida de la mayoría de los coetáneos, pero rechazó tal proceder, condenó dicho paradigma y se desamoldó como pocos.

Opugnante irreductible del modernismo filosófico y material, supo clavarle sus mejores flechas. Y lo hizo impiadosamente porque la modernidad es implacable y cruel en su destrucción. La modernidad destruye al hombre, lo desacraliza, lo despoetiza, lo vuelve bruto y atroz.

Fue instrumentada y desarrollada principalmente por élites internacionales supremacistas y no por la confluencia de hechos azarosos, entidades estaduales depredativas o pensadores bondadosos o deseosos de vivir la felicidad interminable.

No constituye novedad decir que las mayorías poblacionales en Occidente se encuentran anestesiadas, que absorben los engaños de los medios de comunicación y del sistema educativo público, que son robadas y estafadas por el Imperialismo Internacional del Dinero realmente existente.

El orden natural no tiene espacio en la construcción planetariana, el hombre hecho a imagen y semejanza de Dios y hasta la percepción del hombre homérico son excluidos de la misma.



La nobleza del espíritu y el orgullo de la raza son consideradas de la peor manera y hasta criminalizados en ciertos casos. La Verdad será lo que las bajas pasiones y los hijos de Sión determinen, los historiadores más científícos y esforzados, veraces y anti materialistas, serán los subversivos y merecedores de la calumnia, la censura, la pobreza económica, el exilio, la cárcel y la muerte física.

Podrán tener una profunda formación y ser útiles a la Paz y Justicia humanas, pero para la sociedad globalista serán peligrosos y para sus vecinos no valdrán nada.

Este cuadro situacional de idiotización, esclavización y

esquilmación sistémicas, Venner lo veía y por eso optó por el suicidio, el cual no puede parangonarse a muchos otros que se dan en la actualidad. Queriendo despertar de golpe la conciencia de sus compatriotas, se ofreció como víctima empleando un medio errado.

A los contradictores del globalismo en proceso de reinado absoluto el suicidio de Venner nos debe hacer reflexionar. Ni criticarlo cruelmente ni aprobarlo concienzudamente.

Hacernos pensar si podemos obrar y permanecer altivos sin la ayuda del Dios Uno y Trino, si vale la pena decidir acabar con nuestra vida en un acto solitario o si es más provechoso permanecer en este mundo batallando contra renegados y felones y transmitiendo nuestro ideario a las nuevas generaciones de combatientes.

También nos tiene que hacer meditar cuán importante es nuestra entrega a la redención de nuestros pueblos y la fidelidad a la religión católica, ambos enemigos declarados del Nuevo Orden Internacional; si realmente hacemos algo significativo y productivo, si repetimos mecanismos o ensayos pasados y caducos.

Si podemos constituirnos en entidad deconstructiva del avance del imperialismo masónico y usorocrático o solo nos satisfacemos en cumplir fantasías bélicas, entre otras consideraciones.

La Historia nos enseña que cuando hay un enemigo injusto y perverso que pretende esclavizar y aniquilar a su oponente/víctima éste no debe tener candor y flacidez, optando por la lucha sólo cuando se tiene comodidad, huyendo de los riesgos, siendo guerrero de media jornada.

Por eso no sirven los intelectuales de salón, los aburguesados de hábitat lujosos y no pomposos (es decir, los militantes de familias adineradas y paupérrimas), los que se entusiasman conociendo y narrando épicas pretéritas, singulares y colectivas, realizadas por otros, mientras son incapaces de hacer en el presente y por sí mismos un hecho heroico y eficaz o contribuir en ello junto a sus camaradas.

Reiteramos, en ese marco no son importantes la prédica vacua, inacabada, desligada del obrar concreto, lógico y productivo. Sean discursos de estilo exquisito o plomizo, no generan una reacción significativa o una revolución proyectiva como se mejor se prefiera.

En el aquí y ahora nacionales hay que expresar el sentido y la finalidad de nuestro espíritu, el mandato de nuestra sangre y la demanda emancipadora de nuestra tierra con firmeza, sin concesiones sustantivas, sin camuflar el Ideario, sin apelar a fictas prudencias, sin infantilismo operativo. Con clarividencia y fervor, con precisión y eficacia. Con voluntad irreductible y conquistadora.

Por los que nos han precedido en el buen combate, por nosotros y nuestros hijos y para que en el bando anti moderno y antiusorocrático no haya más decisiones trágicas como las del referente francés, a luchar, resistir y vencer.

Nuestro tiempo, los actos ejemplares y la muerte de Dominique Venner

Antonio Martínez

*H*ace unos días, Dominique Venner se suicidó de un disparo ante el altar mayor de la catedral de Nôtre- Dame. Los grandes medios de comunicación sólo han prestado al hecho una atención muy marginal: "Se ha suicidado un escritor e historiador de la extrema derecha francesa". En las últimas fechas, dentro de los círculos políticos e intelectuales de la Nueva Derecha europea, se ha saludado a Venner como a un "samurai de Occidente". La referencia a Mishima, obligada, no requiere glosa explicativa alguna.

Venner ha justificado su acto refiriéndose a la perentoria necesidad de despertar, de sacudir las conciencias en una Europa hoy adormecida. Anestesiados como están, los europeos precisan hoy de grandes gestos simbólicos que les ayuden a salir del pesado sopor en el que vegetan. Venner, representante del más noble neopaganismo europeo contemporáneo, ha sentido como pocos que la Europa de nuestro tiempo haya perdido su identidad. En su instante fundacional –nos explica Venner– estuvo Homero; después, toda la riquísima gama de aportaciones culturales que llega hasta principios del siglo XX, antes de que, con la Guerra de 1914, se destruyera en nuestro continente la conciencia de ese multiforme patrimonio común. En cuanto a hoy..., ¿qué nos queda hoy? La languidez, el cinismo, la indiferencia, el desmayo, la pasividad de asistir a nuestro declive y no hacer nada. En esta tesitura, Dominique Venner ha decidido llevar a cabo un acto sacrificial que pretende ser también parte de una nueva fundación: la de un renovado orden de cosas, la del tan deseado por muchos despertar de una Europa que hoy parece haber renunciado a su secular vocación de grandeza.

Es cierto que la Europa de nuestros días, tan poco apta para apreciar los delicados matices del espíritu, necesita actos de gran resonancia que la zarandeen, que la despierten. Puede discutirse si tal tipo de actos debe moverse en la dirección en la que apunta el suicidio neopagano de Venner, que éste ha concebido expresamente como un acto de sacrificio; en cambio, no parecen discutibles ni la dignidad interior ni la intachable honestidad intelectual de su protagonista. Ahora bien: ¿es realmente este tipo de acciones lo que actualmente más necesitamos?

Los actos que de algún modo giran en torno a la muerte impresionan a los hombres de una manera especialísima. Sin duda, un suicidio, pero también los asesinatos, y en particular los actos terroristas. El acto terrorista se aprovecha de la potente semántica que siempre transmite la muerte para cargarse de significación. En cuanto al suicidio que se lleva a cabo no por desesperación, sino como un acto de libertad interior e incluso de grandeza, impresiona poderosamente al "último hombre" del que hablaba Nietzsche, incapaz de toda grandeza y de todo auténtico sacrificio. Quien no tiene miedo a morir es que ha descubierto algo más valioso que la mera conservación de la vida. ¿De verdad existe algo por encima de la vida? Una Europa desprovista de ideales se encoge escépticamente de hombros ante tal pregunta, que hoy ya casi ni se plantea.

Sí, sin duda: precisamos de gestos, de actos simbólicos; pero no tienen por qué ser semejantes al ejecutado por

Dominique Venner –cuya figura, repito, respeto profundamente–. Y es que existe otro lenguaje, otra semántica, de eficacia tal vez no inmediata ni fulgurante, pero que va surtiendo efectos de largo alcance a lo largo del tiempo que sigue a su realización. Pasando revista a los últimos tiempos, pensemos, por ejemplo, en la renuncia al papado de Benedicto XVI, que tanto ha impresionado, y de modo muy favorable, a numerosos intelectuales no creyentes. Pensemos también en la vigorosa movilización de una parte muy apreciable de la sociedad civil francesa contra la ley del matrimonio homosexual, o en el tan comentado anticonvencionalismo del Papa Francisco, que, por ejemplo, a día de hoy sigue sin ocupar los apartamentos papales de la Basílica de San Pedro y hospedándose en la Residencia de Santa Marta.

En la época de Youtube, en que un vídeo de un minuto puede llevarte a la celebridad universal, la imagen, el gesto, el acto simbólico alcanzan su *maximum* teórico de potencial repercusión. Las activistas de Femen en *top-less* contra Putin explotan a fondo la devastadora eficacia de la imagen reproducida hasta el infinito en Internet. Lo importante, al parecer, es el acto que consiga atraer hacia sí la máxima atención posible: de ahí la exigencia de espectacularidad, que alcanzó su máxima expresión en los atentados del 11 de septiembre de 2001, y que también observó de modo ejemplar Anders Breivik en la matanza de la isla de Utoya.

Europa está anestesiada y hay que despertarla: en esto coincidimos plenamente con Dominique Venner. Y, como los actos delicados la dejan indiferente, ¿habrá que decantarse, entonces, por la siempre eficaz espectacularidad? Ahora bien: si pensamos así, ¿no estaremos traicionando entonces lo mismo que pretendemos defender? El "acto espectacular" es justamente lo que idolatra la cultura posmoderna de la imagen, que demanda tal tipo de acciones no para despertar, sino para desperezarse entre bostezo y bostezo. ¿No le pedimos escenografías iconoclastas y escandalosas a Calixto Bieito o a la Fura dels Baus para *animar* el declinante universo de la ópera? ¿No esperamos ya de los escritores que sean físicamente atractivos, mediáticos, ocurrentes y divertidos en los *talk shows*? ¿No nos hemos vendido a la nueva religión de la espectacularidad porque lo que no es espectacular nos parece desmadejado, fantasmagórico, vacío?

Necesitamos actos, necesitamos gestos, necesitamos una nueva semántica, llena de vida y de potencia; pero, mucho más que actos espectaculares de cualquier tipo, *lo que hace falta hoy son actos significativos y auténticos*. Pensemos, por ejemplo, en la enorme repercusión mundial que alcanzó hace unos meses el salto estratosférico de Felix Baumgartner: no por su espectacularidad en sí –que la tenía–, sino, diría yo, que por su posible significación poética, fuese ésta voluntaria y consciente o todo lo contrario. Recordemos también, por ejemplo, el mito de Reinhold Messner, alpinista-filósofo de nuestro tiempo, o, en el campo de la tauromaquia, la extraordinaria figura de José Tomás.

Es cierto que, al final, la verdadera belleza, aunque no busca la muerte, suele no andar muy lejos de ésta, porque no hay belleza en la que no exista algún tipo de exposición –literal o simbólica– al riesgo, al sacrificio, a la disposición a entregar la vida en aras de valores espirituales de orden superior.. El suicidio heroico de Dominique Venner puede ayudar a despertar a algunos, tal vez a muchos; pero la gama de actos simbólicos pertinentes a este respecto es muy amplia, y en ellos lo esencial no consiste en ninguna efectista y aparatosa espectacularidad. Los antiguos decían:

rem tene, verba sequentur, "domina el asunto y las palabras vendrán por sí solas". Parafraseándoles, podríamos decir: "Vive, ama y piensa profundamente, y lo demás se te dará por añadidura". Un hombre en el que arde el verdadero fuego del espíritu encontrará la manera de que ese fuego irradie de una manera efectiva hasta los demás.

"Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo", cuentan que dijo una vez Arquímedes. Ahora bien, por definición ese punto de apoyo deberá estar fuera del mundo, más allá de todas las determinaciones cósmicas, en los misteriosos territorios fronterizos con el trasmundo y con la eternidad.

Ojalá Dominique Venner, europeo heroico, nos esté esperando ya allí, sereno y en paz.

Apoteosis de Dominique Venner en Notre-Dame

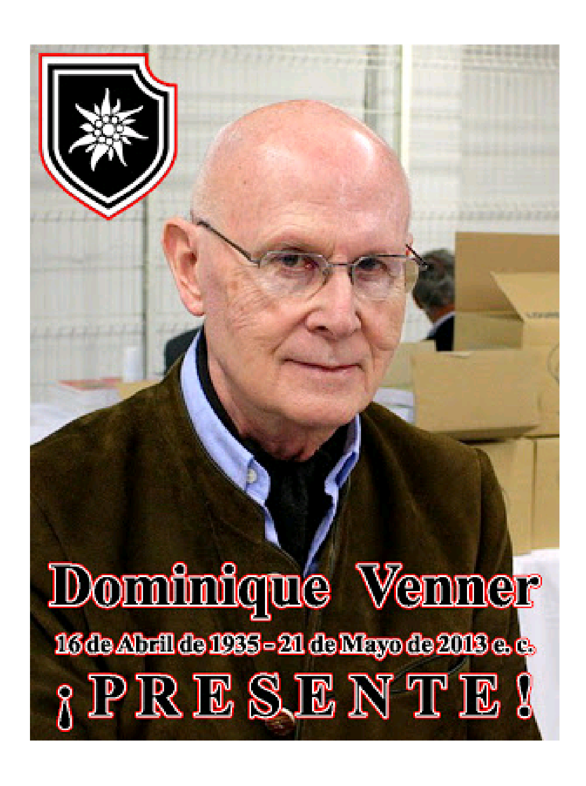
Enrique Ravello

Del antiguo griego *apo* (intensidad, presencia) y *theos* (Dios, de ahí el nombre de Zeus) la apoteosis, es decir el elevarse hasta el nivel de los dioses, era para los antiguos helenos un privilegio sólo al alcance de muy pocos héroes.

Dominique Venner la experimentó ayer lunes 21 de mayo en el altar de Notre Dame. Venner amó la vida incluso en el momento en que decidió entregarla como símbolo, escribiendo que tras su gesto no esperaba "más que la perpetuación de mi raza y de mi espíritu". Con su acción Venner se transforma de hombre a mito y golpea las consciencias dormidas, que por un momento volverán a sentir que todo es posible, que nada está definitivamente perdido, que la victoria espera siempre que estamos dispuestos a conquistarla. Dentro de pocos días –demasiados pocos– todo volverá a la normalidad, pero el gesto de Venner permanecerá eternamente en la conciencia colectiva de todos los que luchamos y lucharemos por Europa y la civilización que de ella ha brotado.

Venner escogió Notre Dame de París para emprender su camino por los Campos Elíseos, uno de los templos más bellos de Europa que es, como dejara escrito en su última nota "un lugar altamente simbólico, la catedral de Notre Dame, construida por mis antepasados sobre lugares de cultos de orígenes inmemoriales", esos cultos de la Galia celta y la Lutecia galo-romana en los que Venner veía reflejada el alma primigenia de la religiosidad europea.

Europeo de lengua francesa, Venner vivió su compromiso con la identidad europea hasta sus últimas consecuencias y se cansó de advertir lo que de peligro mortal tiene, para el futuro de Francia y de Europa, lo que sólo los ignorantes o los inocentes pueden llamar inmigración y que Venner definió como el proceso de sustitución de la población europea y francesa autóctona por masas de alógenos venidos del Tercer Mundo. Jean Raspail ya lo advirtió en su *Campamento de los Santos.*



Venner reflexionó sobre lo que él llamó los treinta años de guerra civil europea (1914-1945) como la causa del declive continental, casi un siglo después Venner nos recuerda que ese declive puede convertirse en irreversible final de una identidad de 30.000 años –así subtitula uno de sus últimos libros– y que se juega su ser o no ser en las dos próximas décadas.

Admirados de la Antigüedad clásica, Venner sentía especial predilección por la Grecia arcaica reflejada en la *Iliada*, que él entendida como libro fundador de la personalidad europea y a Homero como el primer poeta de nuestra identidad. Poeta que en griego viene de *poietes* (aquel que hace, que crea, que realiza). Homero poeta de poetas helenos que siempre cantaban al ethos –a lo activamente heróico- que al pathos –lo melancólicamente sentimental, fue la referencia permanente de Venner.

Venner también fue un poeta en el sentido griego que tiene ese sentido. Su vida fue un equilibro activo entre el pensamiento y la acción. Su recorrido político lo convierte en un militante de excepción dentro del campo identitario francés y europeo. Miembro de Jeune Nation, cumplió 18 meses de prisión por pertenencia a la OAS (Organización Armada Secreta), fue fundador de la revista y el movimiento Europa-Action, participó en Occident y fue uno de los fundadores del GRECE, la gran escuela que renovó el pensamiento identitario en los años 70-80. Su nombre fue uno de los que se consideró seriamente para presidir el Front National en 1972.

Posteriormente se dedicó profesionalmente a la Historia, pero siempre manteniendo los mismos principios ideológicos. Escribió varias obras como: *Baltikum*, *Le Blanc Soleil des vaincus*, *Le Cœur rebelle* , *Histoire critique de la Résistance*, *Gettysburg*, *Les Blancs et les Rouges* , *Histoire de la Collaboration*, *Histoire du terrorisme* e *Histoire et tradition des Européens*. En funda en 2002 y dirige la redacción de la revista bimestral *La Nouvelle Revue d'Histoire*, rebautizada como *La NRH* en 2006, donde intervienen personalidades como Bernard Lugan, Jean Tulard, Aymeric Chauprade, Alain Decaux, François-Georges Dreyfus o Jacqueline de Romilly.

Venner ha elegido la muerte heroica del guerrero y eso merece un funeral como los de su admirado Patroclo. Hagamos todos nosotros de Aquiles.

Sic transit.

Suicidio por Europa

El silencio de la verdad

*D*ominique Vener amó la vida incluso en el momento en que decidió entregarla como símbolo, escribiendo que tras su gesto no esperaba "más que la perpetuación de mi raza y de mi espíritu". Con su acción Venner se transforma de hombre a mito y golpea las consciencias dormidas, que por un momento volverán a sentir que todo es posible, que nada está definitivamente perdido, que la victoria espera siempre que estamos dispuestos a conquistarla. Dentro de pocos días –demasiados pocos– todo volverá a la normalidad, pero el gesto de Venner permanecerá eternamente en la conciencia colectiva de todos los que luchamos y lucharemos por Europa y la civilización que de ella ha brotado.

Venner escogió Notre Dame de París para emprender su camino por los Campos Elíseos, uno de los templos más bellos de Europa que es, como dejara escrito en su última nota "un lugar altamente simbólico, la catedral de Notre Dame, construida por mis antepasados sobre lugares de cultos de orígenes inmemoriales", esos cultos de la Galia celta y la Lutecia galo-romana en los que Venner veía reflejada el alma primigenia de la religiosidad europea.

Europeo de lengua francesa, Venner vivió su compromiso con la identidad europea hasta sus últimas consecuencias y se cansó de advertir lo que de peligro mortal tiene, para el futuro de Francia y de Europa, lo que sólo los ignorantes o los inocentes pueden llamar inmigración y que Venner definió como el proceso de sustitución de la población europea y francesa autóctona por masas de alógenos venidos del Tercer Mundo. Jean Raspail ya lo advirtió en su Campamento de los Santos.

Venner reflexionó sobre lo que él llamó los treinta años de guerra civil europea (1914-1945) como la causa del declive continental, casi un siglo después Venner nos recuerda que ese declive puede convertirse en irreversible final de una identidad de 30.000 años –así subtitula uno de sus últimos libros– y que se juega su ser o no ser en las dos próximas décadas.

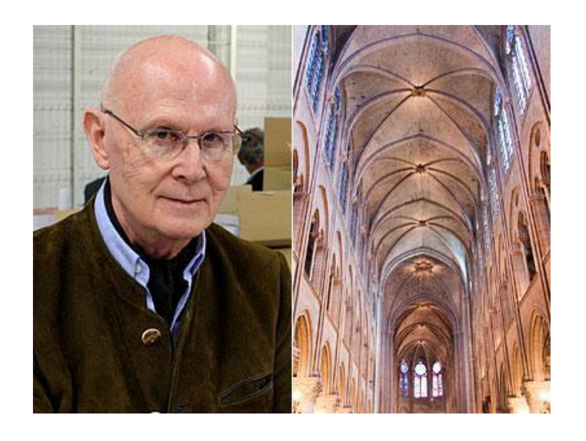
Admirados de la Antigüedad clásica, Venner sentía especial predilección por la Grecia arcaica reflejada en la Iliada, que él entendida como libro fundador de la personalidad europea y a Homero como el primer poeta de nuestra identidad. Poeta que en griego viene de poietes (aquel que hace, que crea, que realiza). Homero poeta de poetas helenos que siempre cantaban al ethos –a lo activamente heróico- que al pathos –lo melancólicamente sentimental, fue la referencia permanente de Venner.

Venner también fue un poeta en el sentido griego que tiene ese sentido. Su vida fue un equilibro activo entre el pensamiento y la acción. Su recorrido político lo convierte en un militante de excepción dentro del campo identitario francés y europeo. Miembro de Jeune Nation, cumplió 18 meses de prisión por pertenencia a la OAS (Organización Armada Secreta), fue fundador de la revista y el movimiento Europa-Action, participó en Occident y fue uno de los fundadores del GRECE, la gran escuela que renovó el pensamiento identitario en los años 70-80. Su nombre fue uno de los que se consideró seriamente para presidir el Front National en 1972.

Posteriormente se dedicó profesionalmente a la Historia, pero siempre manteniendo los mismos principios ideológicos. Escribió varias

obras como: Baltikum, Le Blanc Soleil des vaincus, Le Cœur rebelle , Histoire critique de la Résistance, Gettysburg, Les Blancs et les Rouges , Histoire de la Collaboration, Histoire du terrorisme e Histoire et tradition des Européens. En funda en 2002 y dirige la redacción de la revista bimestral La Nouvelle Revue d'Histoire, rebautizada como La NRH en 2006, donde intervienen personalidades como Bernard Lugan, Jean Tulard, Aymeric Chauprade, Alain Decaux, François-Georges Dreyfus o Jacqueline de Romilly.

Venner ha elegido la muerte heroica del guerrero y eso merece un funeral como los de su admirado Patroclo. Hagamos todos nosotros de Aquiles.



Esta es su nota de suicidio:

Estoy sano de cuerpo y mente, y lleno de amor hacia mi esposa e hijos. Amo la vida y no espero un más allá, si no la perpetuación de mi raza y mi mente. Sin embargo, en el atardecer de mi vida, estoy dádome cuenta de los enormes peligros a los que se está enfrentando Francia, mi patria y Europa, y quiero actuar ya que aún tengo fuerza para ello.

Creo que debo sacrificarme para romper el letargo que nos aqueja. Renuncio a lo que de mi vida me queda para protestar. Escogí un lugar altamente simbólico: la Catedral de Notre Dame de París, que yo respeto y admiro, y que fue construida por el genio de mis antepasados heredado desde tiempos inmemoriables.

Mientras que muchos hombres son esclavos de sus vidas, mi gesto encarna una ética de la voluntad. Me entrego a la muerte para despertar a las conciencias durmientes. Me rebelo contra el destino. Protesto contra los venenos del alma y los deseos de los individuos que nos invaden para destruir los pilares de nuestra identidad, como la familia, que es la base de nuestra civilización milenaria.

El discurso dominante no puede dejar atrás sus ambigüedades tóxicas, y los europeos debemos asumir las consecuencias. La falta de una religión identitaria nos destruirá ya que hemos olvidado nuestras raíces que se remontan hasta Homero, el fundamento de todos los valores en los que nuestro renacimiento se fundó una vez para romper la metafísica de lo ilimitado, el origen funesto de todos los excesos modernos.

Pido disculpas de antemano a cualquier persona que va a sufrir debido a mi muerte, antes que nada a mi esposa, mis hijos y mis nietos, así como a mis amigos y seguidores. Pero una vez que el dolor y el shock se desvanezcan, no me cabe duda de que van a entender el significado de mi gesto que cambiará su tristeza. Espero que lo que tengan que soportar lo hagan unidos.

Nota – Para obtener más información, dirigirse a mi editor, Pierre-Guillaume Roux. Él no etá informado de mi decisión, pero me conoce desde hace mucho tiempo.

Dominique Venner: ¿Por qué escogió la catedral de Notre-Dame?

Jean-Yves Le Gallou

El sacrificio de Dominique Venner en la catedral de Notre-Dame ha conmovido a unos, ha chocado a otros. Jean-Yves Le Gallou, director del periódico digital Polémia, explica las razones por las que eligió tal lugar, al tiempo que compendia el pensamiento de Dominique Venner sobre la religión y la identidad colectiva.

Ya no queda ningún lugar de soberanía política.

El gesto de Dominique Venner tiene un obvio sentido político: rechazar "el gran reemplazamiento", cuestión mucho más grave aún que la ley del "matrimonio" homosexual. Pero la soberanía francesa ha desertado los lugares de soberanía.

El Louvre es un museo. El Elíseo, un centro en el que se aplican decisiones tomadas en otras partes. La Asamblea Nacional, un teatro de sombras en manos de los lobbys. Sería ridículo morir ahí.

Uno tampoco muere ante una embajada o ante la sede central de un grupo de presión minoritario.

Y, además, para Dominique Venner, *"cualesquiera que sean los méritos de la acción política, no es ella la que puede darles a los europeos una sólida conciencia de lo que son. Esta conciencia de la identidad en todo, incluido en política, pertenece al orden de la mística o de la creencia"*.

Notre-Dame, un alto lugar de soberanía espiritual

Es por ello, sin duda, por lo que Dominique Venner ha escogido *"un lugar altamente simbólico, la catedral Notre-Dame de París, que respeto y admiro, ella que fue edificada por el genio de mis antepasados en lugares más antiguos de culto que recuerdan nuestros orígenes inmemoriales"*. Desde el primer siglo, los galo-romanos honraban ahí a Júpiter, Marte, Venus y Cerunnos, como puede verse en el Museo de Cluny. Desde hace 850 años, Notre-Dame de París, teología de la luz y búsqueda de verticalidad, se ha convertido en el navío del "relato" nacional. Es el lugar de la historia y hasta de la muy larga historia de Francia y de Europa.

Con agudeza y profundidad, el Padre Tanoüarm ha llamado la atención sobre el hecho simbólico de que, para su último llamamiento, el sacrificado haya escogido un altar consagrado a la Virgen María: una decisión que no le sorprende por parte de un hombre que subrayaba la oposición entre la tradición europea, que respeta a la mujer, y el islam, que no la respeta.

No sé si esta hipótesis es correcta. Pero lo que está claro es que Dominique Venner ha proseguido su diálogo con el cristianismo al efectuar su "suicidio-advertencia".[1]

Religión universal frente a religión identitaria

Llegamos aquí al meollo de lo que Dominique Venner piensa sobre la cuestión. Para él, los hindúes, los árabes, los chinos, los japoneses… tienen una religión identitaria, pero no los europeos, quienes tienen una religión universal. Lo cual era una baza hasta que Europa era dueña del mundo. Pero esta ventaja se convierte en pérdida cuando Europa, retrocediendo, se ve alcanzada por la calamidad del arrepentimiento y de la culpabilidad: *"Las demás religiones, incluso el islam […], o el judaísmo, pero también el hinduísmo, el shintoísmo japonés o el confucianismo no*

son sólo religiones en el sentido cristiano o laico del término, sino que son identidades, leyes, comunidades". Algo que, a ojos de Dominique Venner, el cristianismo no puede ser de forma completa precisamente porque tiene una vocación universal.

Recuperar la memoria identitaria: Homero y las humanidades

De ahí, la necesidad para los europeos de recuperar su rica memoria identitaria: *"Careciendo de una religión identitaria a la que agarrarnos, compartimos desde Homero una memoria propia, depósito de todos los valores en los cuales fundar nuestro futuro renacimiento".* En el momento de abandonar la vida, Dominique Venner mantiene su fidelidad del *De Viris illustribus* de su juventud. Pero su llamamiento también aboga en pro de las humanidades: a través de los textos, de las artes y de la "clase". Estamos ante el discurso de un despertador de pueblos que ha puesto la piel para envolver sus ideas. La muerte de Dominique Venner no es un fin. Es un comienzo.

[1] La expresión "suicidio-advertencia" es del Padre Guillaume de Tanoüam. (Véase, en francés, el artículo publicado por este sacerdote, amigo personal de Dominique Venner. *N. de la Red.*)



Dominique Venner. El saludo de los jóvenes

Philippe Christèle y Grégoire Gambier

***P**orque la diferencia de edad nos ha hecho camaradas de sus hijos más que de él mismo, consideramos que el mejor homenaje que se le puede rendir es saludar la elección, resplandeciente de inteligencia y poderío, de su sacrificio.

Dominique Venner creía en la Historia. Sabía que la Historia se forja en torno a largas y pacientes evoluciones, pero lo hace bien a menudo mediante la irrupción de lo imprevisto, de lo inesperado, del acontecimiento que lo enciende todo, precipita las cosas —en el sentido químico— para que un mundo antiguo dé paso a un nuevo orden por construir.

La segunda pasión de Dominique Venner era la paciente búsqueda del mejor efecto posible. Sin ilusionarse sobre la dureza de los tiempos, después de haber conocido la embriaguez de los combates, militares y luego militantes, trató a lo largo de toda su vida de pesar y ser útil en el mejor lugar, en el mejor momento, con las mejores armas políticas, intelectuales, estéticas o morales.

La elección de su muerte resulta, por ello, aterradoramente pertinente. Hecha a su imagen y semejanza. Ha escogido un acto puro, romano, sin miedo ni debilidad. Cualesquiera que sean los análisis mediáticos que se hagan, nada podrá ensuciar la desnudez y la pureza de su acto: en nuestro inconsciente abotargado de Viejos Europeos, esta muerte voluntaria nos

sobrecoge con más fuerza de lo que nosotros mismos podemos creer. Nos recuerda el sentido de lo trágico, nos hace revivir todos estos momentos de la Historia en la que nuestros antepasados han tenido su propia vida en sus manos, tan lejos de las blandengues dulzuras de nuestros tiempos de niños mimados.

Dominique Venner ha escogido un lugar de excepcional fuerza evocadora. Un lugar simbólico de la Cristiandad, tan duramente maltratada desde hace tiempo, pero tan fuertemente despertada, estos últimos tiempos, gracias al arranque de estos centenares de miles de manifestantes que, a lo largo y ancho de Francia, defienden una cierta concepción de la civilización europea y cristiana sin ser necesariamente fervientes católicos. Un lugar laico también, pues Notre-Dame es la catedral de París, capital de Francia, lo cual permite que todos se identifiquen con ella, cualesquiera que sean sus opciones intelectuales, filosóficas, morales o religiosas.

También ha escogido un momento oportuno. Aquel en el que, en la estela de los grandes cortejos de la *Manifa para Todos*,[1] jóvenes generaciones se despiertan al combate militante y a la defensa de sus valores, frente al silencio de los inmóviles, al desprecio de los medios de comunicación o a los engaños del Estado. Dominique Venner ha visto que estos jóvenes son un germen, una levadura, la vanguardia de una nueva generación de franceses y de europeos que, inconscientemente o no, tardíamente quizás, han decidido no abdicar del derecho a vivir sus vidas de hombres en la fidelidad a su identidad. Él, el observador de las batallas políticas a menudo demasiado estériles, comprendió que estos jóvenes tienen necesidad de señas, de ilustraciones, de símbolos. De algo que les hable a su Ser.

Ha escogido, en fin, la humildad. Su fama y la fuerza de su pluma habrían podido llevarle a escribir un nuevo breviario para jóvenes militantes, o un libro definitivo sobre su visión de la Historia y de nuestro futuro. Ha escogido dar una sola señal, un solo ejemplo. Al recordar que cualquier causa sólo es válida si el sacrificio último forma parte de sus opciones; al recordar que cualquier causa sólo es verdaderamente sagrada si la vida misma está comprometida en ella, ha ofrecido hoy la suya para que vivan, mañana, en el orgullo reencontrado, nuevas generaciones de europeos.

En este sentido, nosotros que no hemos compartido con Dominique Venner las pasiones de su juventud, nosotros que no tenemos, para consolarnos por su ausencia, los recuerdos de los combates del pasado, queremos decir hasta qué punto nos inclinamos ante la luminosa inteligencia de su última acción, sin duda la más política de sus últimos veinte años. No nos embarga el dolor. Nos sobrecoge la lucidez de su elección y la valentía de su acto. Lo que nos queda es la alegría de haberlo conocido suficientemente para comprender el poder de este acto y valorar la fuerza del efecto producido. Lo que ahora nos corresponde es mantenernos fieles y estar a la altura.

El sentido de la muerte y de la vida

Dominique Venner

En un artículo publicado en marzo-abril de 2008 en la "Nouvelle Revue d´Histoire", y del que ofrecemos sus principales extractos, Dominique Venner tenía ya muy claro lo que para él —y para toda la tradición de la Antigüedad en la que Europa hunde sus raíces— representaba el suicidio. No un encadenarse, no un supeditarse a la muerte y a sus pompas. Exactamente todo lo contrario.

El ansia de un comportamiento noble es algo que ha sobrevivido a la desaparición de la nobleza como cuerpo social. La actitud ante la muerte siempre distingue y juzga a un hombre. La muerte voluntaria, atributo del Japón de los samuráis, pude traducirse, de este modo, en alta aspiración al honor y a la dignidad.

Hay, por supuesto, suicidio y suicidio. El del escritor japonés Mishima, especie de suicidio de protesta contra el estado de indignidad en el que había caído su país, no tiene el mismo sentido que el suicidio desesperado de Stephan Zweig y de su mujer en 1942. Sin embargo, el segundo inspira algo más que compasión. La muerte es el término obligado de cualquier vida. Nadie se escapa. ¿De dónde viene entonces que a menudo nos sintamos sobrecogidos de respeto cuando el que muere se ha matado voluntariamente?

En ciertas situaciones nuestra idea de la dignidad hasta convierte al suicidio en una exigencia de honor. Es imposible no sentir estima por el almirante von Friedeburg, último comandante en jefe de la Kriegsmarine, que se dio muerte después de haber sido obligado a firmar la capitulación de 1945. Causa asombra, en cambio, que en Diên Biên Phu el comandante que se había encerrado en el campo no se hubiera suicidado en el momento de la rendición.

En 1945, la invasión de las tropas soviéticas en Pomerania y Prusia oriental entrañó un número incalculable de suicidios en la población alemana. El *Diario de guerra* de Erns Jünger, una figura de la oposición a Hitler, lo ha descrito con toda claridad. *[…] «Los disparos resonaban en los alrededores como en una batida de caza […] mientras se oía gritar a las mujeres y veíamos la luz de las llamas. La dueña del castillo, una mujer de treinta años, mató a toda su numerosa familia, a su anciano padre, así como a sus hijos y luego se pegó un tiro en la cabeza. Estos sitios no llevan nombre, pues sitios así los hay a millares»*. […]

En la Alemania de aquellos años terribles sucedía como en el Japón de los samuráis. *«Hace falta prepararse a la muerte mañana y noche y día tras día»*, se dice en el *Hagakuré*. ¿Por qué? Porque el miedo a la muerte le convierte a uno en esclavo y le dispone a la esclavitud.

En la tradición europea

En la tradición europea el suicidio se honraba tanto como lo hacían los samuráis. Releamos a Tácito. Cuando Catón de Útica, Séneca, Petronio y tanto más ponen voluntariamente fin a sus días, son fieles a la filosofía estoica que enseña a morir si ya no vale la pena vivir. Numerosos ejemplos femeninos, la legendaria Lucrecia, Servilia, esposa de Lepidius, o Arria que animó a su marido Pætus clavándose un puñal en el pecho *(Pæte, non dolet)* muestran que los romanos tenían un sentido igual de vigoroso de la dignidad, del valor y del deber.

Aunque de forma menos constante, la Antigüedad griega también honraba la muerte voluntaria. En primer término, en la persona de Aquiles, héroe por excelencia que escogió, con conocimiento de causa, una vida breve y gloriosa antes que una existencia larga y mediocre. Otro ejemplo para los griegos era Ajax, que borró con su suicidio su deshonor. Se sabe que los celtas practicaban el suicidio al igual que los romanos. Abundan los ejemplos en su historia: tanto el de Brennus como el de los guerreros de Numancia que prefirieron darse la muerte antes que sufrir la derrota y la cautividad, es decir, sufrir una vida indigna.

La condena del suicidio sólo se introdujo progresivamente en Occidente a partir de san Agustín. Estando sometido a Dios, el hombre no podía disponer de su vida. En Inglaterra, hasta 1870 se confiscaban los bienes de los suicidas. Quien fallaba su suicidio era condenado a la cárcel: una pena leve frente a lo que se practicó hasta el siglo XVII, en que el suicidado era arrastrado por un caballo y luego colgado en la horca. En Francia, hasta la Revolución no se era tampoco mucho más clemente: el cadáver de un suicidado era quemado sobre estiércol. Cuando se trataba de un noble, se podía incendiar su castillo. Sin embargo, se introdujo una cierta tolerancia a partir del Renacimiento, que permitió redescubrir el estoicismo y los ejemplos romanos. Se meditaba a Plinio el Viejo, quien recordaba que la superioridad de los hombres sobre los dioses consistía en poderse morir. Lucas Cranach podía pintar su retrato de Lucrecia clavándose un puñal en el pecho para escapar al deshonor. Se deberá esperar, sin embargo, la llegada de la III República para que la enseñanza pública tribute homenaje a la muerte voluntaria de Vatel, mayordomo del príncipe de Condé, que se creía deshonrado.

La muerte de Drieu, Montherlant y Saint-Exupéry

En muchas ocasiones, el suicidio otorga una gracia ennoblecedora a una vida amenazada por la indignidad. Se puede pensar en tres ejemplos contemporáneos, que Jünger destaca en *Jardines y senderos*, la primera parte de su *Diario de guerra*, los cuales fueron valerosos en la guerra —escribe— sin por ello ceder al odio. Se trata de los escritores Drieu la Rochelle, Montherlant y Saint-Exupéry. […] Decía el primero de ellos en su carta de despedida a su hermano: "*Considero una dicha poder mezclar mi sangre a mi tinta y dar seriedad desde todos los puntos de vista a la función de escribir*". […] Por su parte, Henry de Montherlant escribió: "*Uno se suicida por respeto hacia la vida cuando la vida ha dejado de ser digna de uno. ¿Y qué hay más honroso que este respeto de la vida?* Desde luego. En estricta ética, el derecho al suicidio sólo se ve limitado por el dolor que se puede infligir a los allegados o por la exigencia de un deber que impone seguir viviendo, aun a costa de sufrir.

Aunque, en el caso de Saint-Exupéry, su muerte voluntaria no se puede probar con la misma certeza absoluta que existe para Drieu la Rochelle y Montherlant, todo permite suponer que tal fue el objetivo de su última misión aérea sobre el Mediterráneo aquella mañana del 31 de julio de 1944. […] En su *Carta al general X*, escrita en 1943, ya declaraba su aversión por el mundo que ante él se alzaba: «*Odio mi época con todas mis fuerzas […]. El hombre está castrado, cortado de sus resonancias originales*». En una carta escrita la víspera de su muerte decía: «*Cuatro veces he estado a punto de palmarla. Me resulta vertiginosamente indiferente. Ante el peligro de la guerra estoy lo más desnudo, lo más desprovisto posible*". […]

Drieu la Rochelle, Montherlant, Saint-Exupéry, tres destinos distintos,

pero magnificados por una muerte decidida. A partir del gesto que no tiene vuelta atrás, grandeza y dignidad son sus blasones. En unos tiempos en que sólo deambulan por ahí unas vidas que no son nada y no tienen otro objetivo que vivir por vivir, cualquiera que sea su vacuidad, la muerte voluntaria es el acto sin igual que restaura un sentido a la existencia. Constituye uno de los más vigorosos mentís al nihilismo. Afirma otros valores que el disfrute y la utilidad, y otros horizontes que el geriátrico. Restaura la nobleza del desinterés y de la autenticidad. Proclama la soberanía que uno ejerce sobre sí mismo. Su mero pensamiento, como decía Cioran, puede incluso impedir el suicidio. La idea de recurrir a él es incitación a la excelencia.

Encuentros con el suicidio

Emil Cioran

No se mata uno más que si, por algunos lados, se ha estado siempre fuera de todo. Se trata de una inapropiación original de la que no se puede no ser consciente. Quien está *llamado* a matarse, no pertenece más que por accidente a este mundo; no depende, en el fondo, de ningún mundo.

No se está predispuesto, sino predestinado al suicidio, se está abocado a él antes de toda decepción, antes de toda experiencia: la dicha impulsa a él tanto como la desdicha, incluso impulsa más, ya que, amorfa, improbable, exige un esfuerzo de adaptación extenuado, mientras que la desdicha ofrece la seguridad y el rigor de un rito.

Hay noches en las que el porvenir queda abolido, en las que de todos sus instantes sólo subsiste aquel que elegiremos para dejar de ser.

«Estoy harto de ser yo», se repite cuando aspira uno a huir de sí mismo; y cuando uno se huye irrevocablemente, la ironía quiere que se cometa un acto en el que se encuentra uno de nuevo, en el que de repente se llega a ser totalmente uno mismo. En esa fatalidad a la que se quiso escapar se cae de nuevo en el instante en que se mata uno, pues el suicidio no es más que el triunfo, más que la fiesta de esa fatalidad.

Cuanto más avanzo, más veo adelgazarse mis oportunidades de arrastrarme de un día a otro. A decir verdad, siempre ha sido así: no he vivido en lo posible, sino en lo inconcebible. Mi memoria amontona horizontes hundidos.

Existe en nosotros una tentación, mejor que una voluntad, de morir. Pues si nos fuese dado *querer* la muerte, ¿quién no se aprovecharía a la primera contrariedad? Aún interviene otro impedimento: la idea de matarse parece increíblemente nueva a quien se ve poseído por ella; se imagina, pues, que ejecuta un acto sin precedentes; esta ilusión le ocupa y le halaga, y le hace perder un tiempo precioso.

El suicidio es una realización brusca, una liberación fulgurante: es el nirvana por la *violencia*.

El hecho tan sencillo de mirar un cuchillo y de comprender que sólo depende de ti hacer cierto uso de él, da una sensación de soberanía que deriva en megalomanía.

Cuando nos apresa la idea de acabar, un espacio se extiende ante nosotros, una vasta posibilidad fuera del tiempo y de la eternidad misma, una abertura vertiginosa, una esperanza de morir *más allá* de la muerte.

Matarse es, de hecho, rivalizar con la muerte, es demostrar que uno lo puede hacer mejor que ella, es hacerle una jugada y, éxito no desdeñable, rehabilitarse ante sus propios ojos. Se tranquiliza uno, se persuade uno de que no se es el último, de que se merece cierto respeto. Uno se dice: Hasta ahora, incapaz de tomar una iniciativa, no tenía ninguna estima por mí mismo; ahora todo cambia: destruyéndome, destruyo del mismo golpe todas las razones que tenía para despreciarme, vuelvo a ganar confianza, soy alguien por siempre jamás...

Puesto que mi misión es sufrir, no comprendo por qué intento imaginar mi suerte de otro modo, aún menos por qué me encolerizo contra *sensaciones*. Pues todo sufrimiento no es más que eso, en sus comienzos y, en todo caso, en su fin. En el medio, claro está, es un poco más: un universo.

Este furor en plena noche, esa necesidad de una última explicación consigo mismo, con los elementos. De golpe, la sangre se anima, se tiembla, uno se levanta, sale, se repite que no hay ninguna razón para tergiversar, para diferir: esta vez va de veras. En cuanto se está fuera, un imperceptible apaciguamiento. Uno avanza penetrado del gesto que va a cumplir, de la misión que se ha arrogado. Un poco de exultación sustituye al furor cuando uno se dice que ha llegado por fin al término, que el futuro se reduce a unos pocos minutos, todo lo más a una hora, y que uno ha decretado, con su propia autoridad, la suspensión del conjunto de los instantes.

Después viene la impresión tranquilizadora que os inspira la ausencia de prójimo. Todos duermen. ¿Cómo abandonar un mundo en el que aún se puede estar solo? No llega uno a separarse de esta noche que debía ser la última, no se concibe que pueda desvanecerse. Y quisiérase defenderla contra el día que la zapa y pronto la sumerge.

Si se pudiera cambiar de naturaleza, transformarse en cualquiera, se formaría parte, de golpe, de los elegidos. Como la metamorfosis es irrealizable, se agarra uno a la Predestinación, vocablo mágico si los hay. Nada más pronunciarlo, se tiene la sensación de haber superado el estadio de las interrogaciones y las perplejidades, y encontrado finalmente la llave de todo callejón sin salida.

Cuando se sienten ganas de acabar, sean débiles o fuertes, se siente uno llevado a reflexionar, a explicarlo, a explicárselo. Se siente uno llevado a esto mucho más cuando son débiles, porque si son demasiado intensas, invaden el espíritu y no le dejan ni espacio ni tiempo libre para considerarlas o esquivarlas.

Esperar la muerte es sufrirla, degradarla al rango de un proceso, resignarse a un desenlace del que se

ignora la fecha, el modo y el decorado. Se está lejos del acto absoluto. No hay nada de común entre la obsesión del suicidio y el sentimiento de la muerte -entiendo por esto ese sentimiento profundo, constante, de un fin en sí, de una fatalidad de perecer como tal, inseparable de un trasfondo cósmico e independiente de ese drama del yo que está en el centro de toda forma de autodestrucción-. La muerte no es necesariamente sentida como liberación; el suicidio libera siempre; es el sumum, es el paroxismo de la salvación.

Se debería por decencia elegir uno mismo el momento de desaparecer. Es envilecedor extinguirse como se extingue uno; es intolerable verse expuesto a un fin sobre el que nada se puede, que te acecha, te abate, te precipita en lo innombrable. Quizá llegue el momento en que la muerte natural esté totalmente desacreditada, en el que se enriquecerán los catecismos con una fórmula nueva: «Dispénsanos, Señor, el favor y la fuerza de acabar, la gracia de borrarnos del tiempo.»

La conspiración milenaria contra el suicidio es causa del abarrotamiento y de la esclerosis de las sociedades. Nos toca aprender a destruirnos en el *momento oportuno*, a correr alegremente hacia nuestro espectro. En tanto que no nos decidamos a ello, mereceremos nuestras humillaciones. Cuando uno ha agotado su razón de ser, es odioso obstinarse. Pero es la indignidad de la muerte natural lo que vemos, se mire adonde se mire.

«Volviendo a encontrar, tras varios años, a una persona a la que se conoció de niño, la primera mirada hace casi siempre suponer que alguna gran desdicha ha debido aquejarle», (Leopardi). Durar es disminuirse: la existencia es pérdida de ser. Puesto que nadie desaparece cuando sería preciso, se debería amonestar a quien se sobrevive, animarle y, si fuera necesario, ayudarle a acortar sus días. A partir de un momento dado, perseverar es consentir decaer. Pero ¿cómo estar cierto de su declinar? ¿Acaso no puede uno equivocarse respecto a los síntomas? ¿Acaso la conciencia de decaer no implica una superioridad sobre la decadencia? Y, en este caso, ¿aún se está decaído? ¿Cómo, una vez más, saber que uno ha comenzado a derrumbarse, cómo determinar ese momento? El error es inevitable, pero poco importa, puesto que, de todas maneras nunca se muere a tiempo. Se va a la deriva y sólo cuando uno se hunde se confiesa residuo desechable. Y entonces ya es demasiado tarde para naufragar de propio grado.

Sienta bien pensar que uno va a matarse. No hay tema más tranquilizador: en cuanto se le aborda, respira uno. Meditar sobre él hace casi tan libre el acto mismo.

Cuanto más al margen de los instantes estoy, más me reincorpora a la existencia la perspectiva de abstraerme para siempre de ellos, me pone a la misma altura que los vivos, me confiere una especie de honorabilidad. Esta perspectiva, de la que no puedo prescindir, me ha sacado de todos mis sentimientos, me ha permitido sobre todo atravesar esas épocas en las que no tenía ningún agravio contra nadie, en las que estaba colmado. Sin su socorro, sin la esperanza que dispensa, el paraíso me parecería el peor de los suplicios. ¡Cuántas veces no me habré dicho que, sin la idea del suicidio, se mataría uno de inmediato! El espíritu del que ella se apodera la mima, la idolatra, espera milagros de ella. Tal como un hombre a punto de ahogarse que se agarrase a la idea de naufragio.

Hay tantas razones de suprimirse como razones de continuar, con esta diferencia empero: que estas últimas tienen más antigüedad y solidez; pesan más que las otras porque se confunden con nuestros orígenes, mientras que las primeras, frutos de la experiencia, siendo por ello necesariamente más recientes,

son a la vez más acuciantes y más inciertas.

El mismo que dice: «No tengo el valor de matarme», tachará, un momento después, de cobardía una hazaña ante la cual retroceden los más valientes. Se mata uno, no dejan de repetir, por debilidad, para no tener que afrontar el dolor o la vergüenza. Tan sólo no se ve que son los débiles precisamente los que, lejos de intentar escapar, se acomodan a ello por el contrario y que se precisa vigor para arrancarse de todo de una manera decisiva. En verdad, es más fácil matarse que vencer un prejuicio tan antiguo como el hombre, o por lo menos como las religiones, tan tristemente impermeables al gesto supremo. En tanto que la Iglesia hacía estragos, sólo el alienado gozaba de un régimen de favor, sólo él tenía el derecho de atentar contra sus ideas: su cadáver no era profanado ni ahorcado. Entre el estoicismo antiguo y el «librepensamiento» moderno, entre, pongamos, Séneca y Hume, el suicidio sufre, poniendo aparte el intermedio cátaro, un largo eclipse -edad sombría, en efecto, para todos los que, queriendo morir, no se atrevían a infringir la interdicción de darse la muerte.

Los achaques que han sido observados y analizados pierden algo de su gravedad y de su fuerza; una vez escrutados, se les soporta mejor. Exceptuada la tristeza. Está exenta de la parte de juego que entra en la melancolía; intransigente, intratable, ignora la fantasía y el capricho. Con ella no hay escapatoria ni coquetería. Y es inútil hablar y comentarla, pues ni disminuye ni aumenta. *Es*.

El que no ha pensado nunca en matarse se decidirá a ello mucho más prontamente que quien no cesa de pensar en ello. Como todo acto crucial es más fácil de cumplir por irreflexión que por examen, el espíritu virgen de suicidio, una vez que se sienta impulsado a él, no tendrá defensa alguna contra este impulso súbito; se verá cegado y sacudido por la revelación de una salida definitiva, que no había considerado antes; en tanto que el otro podrá siempre retrasar un gesto que ha pesado y vuelto a pesar indefinidamente, que conoce a fondo y al que se resolverá sin pasión, si es que alguna vez se resuelve a ello.

Los horrores de que el universo rebosa forman parte integrante de su sustancia; sin ellos, cesaría *físicamente* de existir. Sacar las últimas consecuencias de esto no es cometer un «hermoso» suicidio. Sólo merece el epíteto el que surge de nada, sin motivo aparente, «sin razón»: el suicidio puro. Es él -desafío a todas las mayúsculas- el que humilla, el que aplasta a Dios, a la Providencia y hasta al Destino.

Nadie se mata, como se piensa comúnmente, en un acceso de demencia, sino más bien en un acceso de *insoportable* lucidez, en un paroxismo que puede, si se empeña uno, ser asimilado a la locura, pues una clarividencia excesiva, llevada hasta su límite y de la que quisiera uno desembarazarse a cualquier precio rebasa el cuadro de la razón. El momento culminante de la decisión no testimonia, pese a todo, ningún embotamiento: los idiotas no se matan prácticamente nunca; pero puede uno matarse por miedo, por presentimiento de la idiotez. El acto mismo se confunde entonces con el último sobresalto del espíritu que se *recoge*, que reúne todos sus poderes y todas sus facultades antes de anularse. En el umbral de la última derrota se prueba a sí mismo que no está completamente perdido. Y se pierde, en plena posesión instantánea de todos sus medios.

Hemos desaprendido el arte de matarnos en frío. Los antiguos fueron los últimos que destacaron en ello. Nosotros no concebimos más que el suicidio apasionado, febril, el suicidio como estado inspirado; en lo tocante al desapego, pensamos en él como convulsivos. Aquellos sabios de antes de

la Cruz sabían romper con este mundo o resignarse a él, sin drama ni lirismo. Se ha perdido su estilo, así como la base de su imperturbabilidad: una Providencia usurpadora vino a desalojar al Fatum de todos sitios. Y corremos a volver a encontrarle, para buscar un sostén en él, cuando ningún otro podría ayudarnos ni seducirnos.

No hay nada más profundo ni más incomprensible que el Deseo. Por eso sólo se siente uno vivir cuando se desespera de destruirlo.

Se suprima uno o no, todo permanece sin cambios. Pero la decisión de suprimirse parece la más importante que jamás haya sido tomada. No debería ser así. Y, sin embargo, así es, y nada podrá prevalecer contra esta aberración o este misterio.

Dado que nunca he coincidido más que con el intervalo que me separa de los seres y de las cosas, más que con el vacío que se abre en el centro de cada una de mis sensaciones, ¿cómo no iba a asombrarme de verme suscribir lo que sea, respaldar mis afirmaciones, aliarme a mis fluctuaciones, o sea, a mis convicciones? Tanta ingenuidad me aflige y me tranquiliza.

Hay que estar ávido de absoluto para afrontar el suicidio. Pero también se le puede afrontar dudando de todo. Se comprende: cuanto más se busca lo absoluto, más, por despecho de no poder alcanzarlo, se hunde uno en la duda, la cual debe ser el reverso de una búsqueda, la conclusión negativa de una gran empresa, de una gran pasión. El absoluto es prosecución; la duda, retroceso. Ese retroceso, prosecución al revés, choca, cuando no sabe detenerse, con extremos inaccesibles para un proceso racional. Al principio no era más que un procedimiento; helo aquí vértigo, como todo lo que camina más allá de sí mismo. Avanzar o retroceder hacia los límites, sondear el fondo de cualquier cosa, es encontrar necesariamente la tentación de la autodestrucción. En esta pequeña isla del Mediterráneo, mucho antes de clarear el día, hacía yo, en el camino que me conducía al acantilado más abrupto, reflexiones de portera en vacaciones: tendré esta villa, la pintaré de ocre, haré poner otra cerca, etc. Pese a *mi* idea, me agarraba a la menor pamplina: contemplaba las pistas, remoloneaba, escamoteaba por medio de digresiones la urgencia de mi propósito. Un perro se puso a ladrar, después me hizo fiestas y me siguió. No se puede imaginar, si no se le ha sentido, el confortamiento que te da un animal cuando los dioses te han vuelto la espalda.

Ante un paisaje aniquilado por la luz, permanecer sereno supone una fibra que no tengo. El sol es mi proveedor de ideas negras, y el verano, la estación en que siempre he considerado mis relaciones con el mundo y conmigo mismo con mayor condena de uno y otro.

Cuando se ha comprendido que nada es, que las cosas no merecen ni siquiera el estatuto de apariencias, ya no se necesita ser salvado, se está salvado y desdichado para siempre.

Intento -sin éxito- no sentir vanidad por nada. Cuando, empero, lo logro, siento que ya no pertenezco al bando de los mortales. Estoy entonces por encima de todo, incluso de los mismos dioses. Quizá eso es la muerte: una sensación de grande, de extrema superioridad.

Juan Pablo llama *la tarde más importante de su vida* a aquella en que descubrió que no había diferencia entre morir al día siguiente o dentro de treinta años. Revelación tan capital como inútil; si de vez en cuando se llega a captar lo bien fundado de ella, repugna, por el contrario, sacar las consecuencias, pues en lo inmediato la diferencia en cuestión le parece a cada cual irreductible, incluso absoluta: *existir* es probar que no se ha comprendido hasta qué punto es lo mismo morir ahora o cuando sea.

En vano sé que no soy nada; aún tengo que persuadirme verdaderamente. Algo, dentro, rechaza esta verdad de la que estoy tan seguro. Este rechazo indica que me escapo en parte; y lo que en mí se escamotea a mi jurisdicción y mi control hace que nunca esté seguro de poder disponer plenamente de mí mismo. De este modo, al rumiar el pro y el contra del único gesto que importa, se llega a tener mala conciencia de estar todavía vivo.

La obsesión del suicidio es propia de quien no puede ni vivir ni morir, y cuya atención nunca se aparta de esta doble imposibilidad.

Mientras actúo, creo que lo que hago comporta un «sentido», de otro modo no podría hacerlo. En cuanto dejo de actuar, y de agente me convierto en juez, ya no encuentro el sentido en cuestión. Al lado del yo que sigue mis ejercicios, hay otro (el yo del yo) que les es superior: para él, lo que hago, incluso lo que soy, no implica ni significación ni realidad: es como si se tratase de sucesos lejanos, por siempre superados, cuyas razones aparentes dilucidamos sin percibir su necesidad intrínseca. Podrían sencillamente no ser, hasta tal punto nos son exteriores. Esta misma perspectiva, aplicada al conjunto de una existencia, lleva en derechura a la rumia sobre la extravagancia de haber nacido.

De la misma forma, si uno se preguntase a propósito de cualquier gesto lo que resultará de él dentro de un año, de diez, de cien o de mil, sería imposible llevarlo a cabo, ni siquiera esbozarlo. Todo acto supone una visión limitada, salvo el de matarse, pues procede de una visión vasta, tan vasta, que hace vanos e irrealizables todos los demás actos. A su lado, todo es futilidad e irrisión. Sólo él propone una salida, quiero decir un abismo -un abismo *liberador*.

Contar con algo, sea lo que sea, aquí o en otra parte, es dar prueba de que aún se arrastran cadenas. El réprobo aspira al paraíso; esta aspiración le rebasa, le compromete. Ser libre es desembarazarse para siempre de la idea de recompensa, es no esperar nada ni de los hombres ni de los dioses, es renunciar no solamente a este mundo y a todos los mundos, sino a la misma salvación, es romper hasta la idea de ella, esa cadena entre las cadenas.

El instinto de conservación -pura cabezonería y nada más- debe ser combatido y sus estragos denunciados. Esto se logrará tanto mejor cuando se rehabilite el suicidio, cuando se subraye su excelencia y cuando se le haga alegre y accesible a todos. Acto nada negativo; es él, por el contrario, el que rescata, el que transfigura todos los actos cometidos antes de él.

Por el más inexplicable de los malentendidos, la existencia ha sido declarada sagrada; no solamente no lo es, sino que no vale más que en la medida en que se trabaja para deshacerse de ella. Es, en el mejor de los casos, un accidente -un accidente que poco a poco se convierte en fatalidad. Cuando sabe uno a qué atenerse a su respecto, se enrojece de apegarse a ella y, sin embargo, se apega uno, por un largo e insensible proceso que compromete incluso a los más advertidos a tomarla en serio. Se debería, por un proceso inverso, reducirla a su estado de origen, a su insignificancia primitiva. Sería necesario para ello un esfuerzo próximo al prodigio: el que lo hiciese dejaría de ser esclavo; dueño de sus días, detendría su sucesión cuando le pareciese oportuno; existiría a su discreción; es que habría alcanzado su punto de partida, su estatuto verdadero: el de accidente, justamente.

¡Vivir completamente sin meta! He vislumbrado este estado, lo he alcanzado a menudo, sin lograr permanecer en él: soy demasiado débil para tal dicha.

Si este mundo emanase de un dios honorable, matarse sería una audacia, una provocación sin nombre. Pero como hay todos los motivos para pensar que se trata de la obra de un infra-dios, no ve

uno por qué tendría que preocuparse. ¿*Con quién* tener miramientos? Gran beneficiario de la desaparición de la fe, el suicidio será cada vez más fácil y, por eso mismo, menos misterioso, porque habrá gastado su prestigio de anatema. Picante y meritorio antaño, entra ahora a formar parte de las costumbres, gana terreno y, si bien cesa de ser insólito, su futuro, por contrapartida, parece seguro. En el interior del universo religioso aparece como una insania y una traición, como la fechoría por excelencia. ¿Cómo se puede creer y aniquilarse? Insistamos en la hipótesis del infra-dios, que tiene la ventaja de permitir los gestos extremos, la victoria radical sobre un mundo tarado.

Puede uno figurarse a ese creador, consciente al fin de su desvarío, declarándose culpable: desiste, se retira y, por un último prurito de elegancia, se hace justicia. Desaparece así con su obra, sin que el hombre intervenga en ello para nada. Tal sería una versión mejorada del Juicio Final.

Los suicidas prefiguran los destinos lejanos de la humanidad. Son anunciadores y, como tales, se les debe respetar; llegará su hora; se les celebrará, se les hará un homenaje público y se dirá que sólo ellos, *en el pasado*, lo habían entrevisto y adivinado todo. Se dirá también que habían tomado la delantera, que se habían sacrificado para indicar el camino, que fueron mártires a su manera: ¿acaso no se mataron cuando nadie estaba obligado a ello, y cuando la muerte natural alcanzaba su pleno apogeo? Supieron antes que los otros que la *imposibilidad* pura y simple sería un día el patrimonio de todos, en lugar de ser una maldición, un privilegio.

Se les llamará precursores; y lo fueron, igual que quienes, sensibles a la soberanía del mal, han incriminado a la Creación: los maniqueos en el comienzo de la era cristiana y, singularmente, sus discípulos tardíos, los cátaros. Lo admirable es que esta incriminación era entre estos últimos más frecuente entre las gentes del pueblo que entre los letrados. Para convencerse de ello, no hay más que consultar el *Manual del Inquisidor* de Bernard Gui o cualquier informe de la época sobre las ideas y las actuaciones de los «heréticos». Allí puede verse -detalle reconfortante- a tal mujer de un curtidor o de un comerciante de maderas teniéndoselas con Lucifer o denunciando a nuestros primeros ancestros culpables «del acto más satánico que hay». Estos sectarios, mejor estos visionarios, tan curiosamente desengañados en medio de su fervor, investidos del don de descubrir trampas diabólicas tras todos nuestros actos importantes, sabían, si era preciso, dejarse morir de hambre y esta hazaña, nada inhabitual entre ellos, señalaba la cumbre de su doctrina. Ponerse en *endura*, ayunar hasta el completo agotamiento, era una práctica, consecutiva a la iniciación, y que tenía por misión preservar al «consolado», por medio de una muerte rápida, del peligro de apostasía o de todas clases de tentaciones.

El asco por el lado *útil* de la sexualidad, el horror a procrear, forman parte de la impugnación de la Creación: ¿para qué multiplicar los monstruos? Si hubiera triunfado y hubiese permanecido fiel a sí mismo, el catarismo hubiese tenido como desenlace un suicidio colectivo. Tal éxito no era posible: por avanzados que estuviesen, los espíritus no estaban lo suficientemente maduros. Incluso hoy mismo están todavía lejos de estarlo y será preciso esperar largo tiempo aún antes de que la humanidad se ponga en *endura*. Y esto admitiendo que se ponga alguna vez.

En el concilio de 1211 contra los Bogomilos se anatematizó a aquellos de entre ellos que sostenían que «la mujer concibe en su vientre con la cooperación de Satán, que Satán permanece allí sin retirarse hasta el nacimiento del niño».

No me atrevo a suponer que el demonio pueda interesarse en nosotros

hasta el punto de hacernos compañía durante meses; pero no podría dudar de que hayamos sido concebidos bajo su mirada y de que haya efectivamente asistido a nuestros queridos progenitores.

Esta sensación de estar bloqueado para toda la eternidad, de haber pasado de moda antes de nacer, de haber caído demasiado bajo como para tener de quién apiadarse, esta certidumbre de que, matándose, no se mata a nadie; es la tentación del *mal* suicidio, la que surge no de la tristeza según Dios, sino según el diablo, para conservar la distinción del Apóstol. Es también el desconsuelo en su grado más alto y que parece tan irremediable, que permanecería intacto, inalterado, aunque hubiera que aprestar otro universo.

¿Cuál es esta oración «breve y vehemente» que la Filocalia recomienda contra los desfallecimientos y los terrores?

¿Por qué no me mato? Si supiese *exactamente* lo que me lo impide, no tendría ya más preguntas que hacerme puesto que habría respondido a todas.

Para no atormentarse más hay que dejarse arrastrar a un profundo desinterés, dejar de estar intrigado por este mundo o por el otro, caer en el nada-me-importa de los muertos. ¿Cómo mirar a un vivo sin imaginarlo cadáver, cómo contemplar a un cadáver sin ponerse en su lugar? *Ser* supera al entendimiento, *ser* da miedo.

Alguien completamente *bueno* nunca se resolverá a quitarse la vida. Esta proeza exige un fondo -o restos de crueldad. El que se mata hubiera podido, en ciertas condiciones, matar: suicidio y asesinato son de la misma familia. Pero el suicidio es más refinado, en razón de que la crueldad hacia uno mismo es más rara, más compleja, sin contar que se le añade la embriaguez de sentirse triturado por su propia conciencia.

El hombre de instintos comprometidos por la bondad no interviene en su destino ni desea crearse otro; sufre el suyo, se resigna y continúa, lejos de la exasperación, de la arrogancia, de la malignidad que, en conjunto, invitan a la autodestrucción y la facilitan. La idea de apresurar su fin no le roza en manera alguna, tan modesto es. Se precisa, en efecto, una modestia enfermiza para aceptar morir de otra forma que por la propia mano.

¿Cómo concebir que una oración sea otra cosa que un monólogo, que un éxtasis tenga un valor más allá de sí mismo, que nuestra salvación o nuestra pérdida importen a un dios?

Y, sin embargo, es lo que habría que poder admitir, aunque no fuese más que un segundo por día.

El futuro, ese precipicio, me aterra hasta tal punto que me gustaría ver desaparecer hasta la idea de él. Pues es en el fondo ella, mucho más que el deslizamiento hacia el abismo que encubre, lo que me angustia y me impide saborear el presente. Mi razón se tambalea ante todo lo que llega, ante todo lo que debe llegar. No es lo que me espera, es la espera en sí, es la inminencia como tal, lo que me roe y me espanta. Para hallar un simulacro de paz necesito aferrarme a un tiempo *sin mañana*, a un tiempo decapitado.

En vano repito la fórmula de la triple renuncia: «Rechazo este mundo; rechazo el mundo de los antepasados, rechazo el mundo de los dioses», cuando mido el espacio que me separa del sayal y del desierto, me hago el efecto de un *sanyasin* de feria.

¿No será la *nostalgia* un signo de envejecimiento precoz? Si esto es cierto, yo soy senil de nacimiento.

No se ha escrutado el fondo de una cosa si no se la ha afrontado a la luz del anonadamiento.

Los únicos que cuentan son esos instantes en que el deseo de quedarse con uno mismo es tan potente, que preferiría uno saltarse los sesos a cruzar una palabra con nadie.

Lo difícil para quien ha renunciado a medias es hacer lo demás. La existencia le pesa, sin duda, pero no ha agotado su sorpresa de existir. De aquí vienen sus irresoluciones, y el arrepentirse de haber detenido a medio camino, sin esperanza alguna de llevar a buen término un designio concebido largo tiempo atrás. Un fracasado de la renuncia.

Son nuestros sufrimientos los que dan cierto peso a nuestros pensamientos y les impiden convertirse en piruetas; también son ellos los que nos hacen proclamar que no hay realidad en ninguna parte, que ni ellos son reales. De este modo, nos sugieren una estratagema de defensa: triunfamos sobre ellos declarándolos irreales, refiriéndolos a la engañifa general. Si fuesen soportables, ¿qué necesidad habría de disminuirlos y de desenmascararlos? Como no tenemos otra salida que asimilarlos, sea a la pesadilla, sea al capricho, lo más cómodo es optar por este último.

Pensándolo bien, más vale que no haya nada. Si *hubiese* algo, se viviría en la aprensión de no poder hacerse con ello. Puesto que no hay nada, todos los instantes son perfectos y nulos, y es indiferente gozar de ellos o no.

En lo más profundo del asco a mí mismo, me digo que quizá me calumnio, que no veo a nadie que, presa de las mismas obsesiones, hubiera podido adoptar una apariencia de viviente durante tantos años.

La única manera de apartar a alguien del suicidio es empujarlo a él. Nunca te perdonará tu gesto, abandonará su proyecto o retrasará su ejecución, te tendrá por un enemigo, por un traidor. Si creías volar en su ayuda, salvarle, él no ve en tu solicitud más que hostilidad y desprecio. Lo más extraño es que inquiría por tu aprobación, mendigaba tu complicidad. ¿Qué esperaba exactamente? ¿No te habrás engañado sobre la naturaleza de su zozobra? ¡Qué error por su parte el dirigirse a ti! En ese estadio de su soledad, lo que hubiera debido chocarle es la imposibilidad de entenderse con otro que no fuera Dios.

Todos estamos *afectados*, tomamos por real lo que no lo es. El viviente, en tanto que tal, es un insensato, ciego por añadidura: incapaz de discernir el lado ilusorio de las cosas, advierte por todas partes lo sólido, lo lleno. En cuanto, por milagro, ve claro, se abre a la vacuidad y se expande en ella. Más rica que la realidad a la que reemplaza, ésta nace de todo *sin el todo*, es fundamento y ausencia, variante abismal del ser. Pero quiere la desdicha que la tengamos por una deficiencia; de dónde provienen nuestros temores y nuestros fracasos. ¿Qué es, pues, para nosotros? Todo lo más, un diáfano callejón sin salida, un infierno impalpable.

Empeñado en extenuar, en reducir a la nada sus apetitos, no ha logrado más que estropearlos, despojándolos de todo lo que tenían de sano, de estimulante: un animal de presa contrariado, minado, añorando sus instintos de antaño. Como sus garras se han embotado, pero no el deseo de servirse de ellas, toda su violencia se ha convertido en desolación (pues la desolación no es más que la agresividad rota, humillada, impotente para hacerse valer).

Ha comenzado por sabotear sus pasiones; después les tocó el turno a las creencias. El proceso era inexorable. Esta revelación que ha presidido sus días: *adherirse a cualquier casa participa del infantilismo o del delirio*; quizá fuese legítima; puede que la suscriba todavía; no por ello deja de ser atroz, intolerable. Permite durar, pero no existir; forma parte de las certezas de las que no se levanta uno jamás.

Batallador y polemista por naturaleza, ya no batalla ni polemiza; por lo menos, con los demás. Los golpes que les estaban destinados se los asesta a sí mismo y es él mismo quien los encaja. Su yo es diana. ¿Su yo? ¿Qué yo? Ya no hay a quien golpear: ya no hay víctima ni sujeto, nada más que una sucesión de actos sin agente, un desfile anónimo de sensaciones...

¿Un liberado? ¿Un fantasma? ¿Un pingajo?

«¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo, si pierde su alma?»

¡Ganar el mundo, perder el alma! He logrado algo mejor: he perdido ambos.

Intente lo que intente, nunca será más que la manifestación de una decadencia, patente o camuflada. Durante mucho tiempo he teorizado sobre el hombre-fuera-de-todo. Ese hombre es lo que he llegado a ser, lo que ahora encarno. Mis dudas han llegado a algo, mis negaciones han tomado cuerpo. Vivo lo que antes creía vivir. Por fin me he encontrado un discípulo.

Europe Action y Venner

Ernesto Milá

Reproduzco a continuación, como recuerdo a Dominique Venner, el artículo aparecido en la Revista de Historia del Fascismo, dedicado a Europe Action, la revista más innovadora que publicó el neofascismo francés en los años 60 y que supuso una voluntad de proseguir la lucha por los ideales previos al período de lucha armada en favor de la "Argelia Francesa".

Europe Action, una revista que dejó huella

En 1963, el nacionalismo francés acababa de salir de la resistencia armada con la OAS y había dejado atrás el intento de Jeune Nation, primera manifestación del neofascismo en Francia. Las experiencias acumuladas en los 5 años anteriores habían servido para que un reducido grupo de cuadros pusiera en marcha una iniciativa inédita hasta entonces: la publicación de una revista, Europe–Action, en torno a la cual formar a un equipo de agitadores. Era una reedición de la trayectoria de Lenin con La Chispa, de Mussolini con Il Popolo d’Italia o de Hitler con Bolkïscher Beobachter: el equipo revolucionario sale de la redacción de una revista. Es, seguramente, una de las experiencias más creativas e innovadoras que haya generado el neofascismo francés.

En Europe–Action –revista que apareció entre enero de 1963 y febrero de 1967 con un total de 48 números publicados y una tirada media de 10.000 ejemplares–, participaron todos los militantes que en las décadas posteriores

dieron origen movimientos extremadamente renovadores: desde el Groupe de Recherches et Études pour la Civilisation Européenne (con Alain de Benoist alias "Fabrice Laroche", Pierre Vial, Jean Mabire, Georges Pinault alias "Goulven Pennoad", Jean Claude Valla), hasta los que dieron luego origen a Occident y Ordre Nouveau (François Duprat), unidos a escritores de prestigio (Henry Coston, Ploncard d'Assac, Maurice Sicard alias "Saint–Paulien", Marc Augier alias "Saint Loup", Lucien Rebatet), a antiguos miembros de la OAS (como su tesorero Maurice Ginbembre) y, por supuesto, los supervivientes de Jeune Nation y los militantes de la Fédération des Étudiants Nationalistes (como Dominique Venner), así como jóvenes militantes que luego harían brillantes carreras como periodistas ("François d'Orcival", de verdadero nombre Amaury de Chaunac–Lanzac, y el propio Venner).

Aun siendo una revista que destilaba juventud y dinamismo en cada página, siempre alcanzó un buen nivel redaccional y, en cualquier caso, supuso una ruptura con todo lo hecho con anterioridad. Ruptura, no renuncia. En efecto, después de Europe–Action existió una ruptura nítida entre la "vieja derecha" y la "nueva derecha" que se fue ampliando a lo largo de los años 60. Por otra parte, el nivel teórico de la revista era bueno y se vio apoyado por un documento básico: las reflexiones de Dominique Venner realizadas durante su encarcelamiento y publicadas más adelante como cuaderno con el título Por una crítica positiva.

A diferencia de anteriores experiencias nacionalistas que siempre manifestaban un catolicismo militante, Europa–Action rompió con esta tendencia, se declaro celtista y en sus ediciones no se percibió ninguna simpatía hacia la Iglesia Católica francesa. Así mismo, existió un cordón umbilical con el grupo belga de Jean Thiriart (ver artículo sobre Jean Thiriart y la revista La Nation Européenne en la RHF–II) y se planteó un tema nuevo: la necesidad de una cooperación entre los nacionalistas de todo el continente. De ahí que el mismo nombre de la revista fuera significativo: Europe–Action. Nunca antes en Francia se habían planteado las cosas a nivel europeo.

Por todo esto, la revista mensual Europe–Action merece un lugar en las páginas de la RHF. Así mismo en breve, dentro publicaremos la traducción (por primera vez en lengua castellana) del documento Por una crítica positiva, junto a otros documentos emanados por el neofascismo de los años 60.

Una aventura editorial y doctrinal

Venner había permanecido diecisiete meses en la cárcel acusado de haber contribuido a la organización de la OAS. Durante este período había reflexionado sobre lo que implicaba la pérdida de Argelia, la imposibilidad de realizar una lucha armada contra el Estado en condiciones de vencer a la "guerra sucia" desencadenada por el Estado –los "barbouzes"–, pero también había reflexionado sobre las carencias del período anterior en el que había ocupado un puesto de responsabilidad en la organización Jeune Nation (véase RHF–V). Cuando Venner sale de prisión muchas cosas habían cambiado en Europa y buena parte de los argumentos utilizados por Jeune Nation en los años 50 (que, por lo demás, no eran sino una readaptación de los viejos ideales nacionalistas teorizados por Charles Maurras a principios de siglo) ya no respondían a una situación nueva y cambiante.

Por un lado aparecían los primeros síntomas de la revuelta juvenil, de otro, la descolonización era un fenómeno imparable, además la convocatoria del concilio Vaticano II hacía estaba generando profundos cambios de

orientación en el interior de la Iglesia y Europa había dejado atrás el período de la reconstrucción posterior a la II Guerra Mundial: podía hablarse por primera vez de una “sociedad del consumo”. Venner percibió todos estos cambios, los unió a la autocrítica de las experiencias anteriormente vividas por el nacionalismo y realizó una propuesta coherente y global para adoptar una nueva orientación. Pertenece a Venner, pero también a sus colaboradores más íntimos, el mérito de haber impreso un “nuevo curso” al neofascismo francés que repercutiría en toda Europa y que influiría particularmente en Francia en los siguientes 20 años.

El documento Por una crítica positiva publicado en julio de 1962 cuando Venner estaba todavía en la cárcel (salió dos meses después) tenía cierto grado de provocación contra el nacionalismo clásico y maurrasiano. Se ha repetido hasta la saciedad que Venner había intentado emular a Lenin en su famosa obra ¿Qué hacer? Fue Duprat el primero en reparar en la analogía de la obra que después todos han repetido. La obra de Lenin, publicada en 1902 insiste en la necesidad de una preparación teórica y de una concepción organizativa del partido revolucionario. De la misma forma que la obra de Lenin contribuyó a la división del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, Venner insiste en la primera parte de la obra en la diferencia entre “nacionales” y “nacionalistas”. Esta diferencia es hoy más difícil de entender pero en la Francia de principios de los años 60 era mucho más nítida: los “nacionales” serían los moderados más próximos del nacionalismo chauvinista que del nacionalismo revolucionario al que Venner se adhería, serían aquellos que despreciaban el militantismo, la acción en la calle y se limitaban a aplaudir a las fuerzas de seguridad y al ejército, confiando en ellos. Más que equipos de militantes abnegados, los “nacionales” tendían a ser personalidades (“notables” en francés) que utilizaban un “prestigio” obtenido anteriormente como reclamo político. Sin militantes detrás, los “nacionales” optaban por proponer “frentes electores”, coaliciones, de las que Venner dice: “cero + cero, da siempre cero”. Eran también quienes antes se habían retirado de la batalla argelina y quienes profesaban una admiración reverencial hacia determinados militares. Se mostraban incapaces de percibir los nuevos fenómenos que iban apareciendo con el paso de los tiempos: los mejores mantenían las mismas concepciones que antes de la experiencia de la OAS, los peores se remontaban al maurrasianismo y al Caso Dreyfus a principios del siglo XX o a finales del XIX.

Venner propone una ruptura nítida con los “nacionales”. En su visión organizativa Venner se muestra a favor de un movimiento revolucionario de vanguardia, formado por una “minoría selecta” en torno a una ideología central fuertemente asumida y vivida por sus miembros. El “notable” de los “nacionales” es sustituido por el “equipo de militantes puros y duros”. Ese equipo debe ser coherente: su vida debe ser un espejo de su doctrina (“unir la teoría y la práctica” como había dicho Lenin) y debe de ponerse al frente de las justas luchas populares allí en donde esté presente (“unir la vanguardia a las masas”, en la concepción leninista) enseñando a las masas que sus problemas no se resolverán con luchas parciales sino con una revuelta generalizada contra el sistema (“unir lo particular con lo global” tal como preconizó Lenin). El equipo revolucionario debería estar dispuesto a todos los sacrificios, presente en todas las clases y tener en cada grupo social “correas de transmisión”.

Venner había analizado las causas del desastre de la OAS y de la pérdida de Argelia y extraído algunas conclusiones. Responsabiliza a los "nacionales" y a su servilismo hacia las Fuerzas Armadas. Sabe que un golpe de Estado y una acción revolucionaria no son sólo "problemas militares", sino "político–militares" que precisan el concurso, no solamente de las armas y de los escalafones militares, sino sobre todo de una lúcida dirección política. Y difícilmente coincide la lucidez política con la jefatura militar.

Al mismo tiempo, Venner rechaza el activismo por el activismo. La militancia solamente es concebible y aceptable cuando existe un plan general de conquista del Estado y sólo es asumible dentro de una organización política revolucionaria implacable y dotada de la inquebrantable voluntad de derribar un orden político para construir otro. Para Venner, el activismo sin el respaldo de un proyecto político es una forma de neurosis militante de la que hay que huir.

Finalmente, no se trata de huir de planteamientos intelectuales (el anti–intelectualismo era –y es– muy habitual en la extrema–derecha) sino de basar las actitudes personales en una sólida construcción intelectual que no deje ningún aspecto al azar sino que tenga –como en aquel momento tenía el marxismo– una respuesta ante cualquier problema. Duprat escribe sobre Europe–Action: "Se interesa con extrema atención sobre los problemas del mundo moderno. Su crítica a la sociedad mercantil es tan viva como la del marxismo. Europa–Action se preocupa tanto por la calidad de la vida, como por la elaboración de una ética colectiva. Su empirismo le conduce, como en otro tiempo a Renan o a Maurras, a un agnosticismo político que será muy criticado en la derecha".

En efecto, donde las innovaciones impuestas en Por una crítica positiva son más interesantes es desde el punto de vista doctrinal. El nacionalismo maurrasiano queda ampliamente superado y se alcanza un nivel de teorización muy superior al de cualquier otra formulación del neofascismo de posguerra que tendrá su continuación en la formación del Groupe de Recherches et Études pour la Civilisation Européenne (GRECE) a partir de 1968. No en vano en Europa–Action se encuentran algunos de los que posteriormente fundarán con Alain de Benoist la "nouvelle droite". Aunque Venner no insistirá mucho en este aspecto, pero a medida que vayan apareciendo los números de la revista se irá imponiendo la idea del "realismo biológico" como antídoto y contrapartida al "materialismo dialéctico" marxista. Esta nueva doctrina se apoyo en la genética clásica y en la genética molecular (de Mendel a Monod) y posteriormente en la doctrina del arraigo (elaborada a partir de la etología y de los trabajos de Konrad Lorenz). En este aspecto también Europa–Action se muestra partidario de cierto darwinismo social.

En todo lo relativo a Europa, Venner ha aceptado las tesis que en esos mismos momentos está enunciando Jean Thiriart para aportar un basamento ideológico a su organización Jeune Europe. Es evidente que existe un transvase de ideas entre Thiriart y Venner y que ambos, tras haber realizado un análisis de las carencias de la extrema–derecha, se han inspirado en las mismas fuentes (la doctrina leninista de la organización) para enunciar una alternativa. Venner, en su folleto escrito en prisión, se muestra decidido partidario de la idea Europea superando el pequeño nacionalismo. Sin embargo, desde el punto de vista orgánico, Europa–Action no mantendrá vínculos orgánicos con la organización belga de Thiriart. Más

tarde, cuando éste rectifique algunos aspectos enunciados en su obra Europe: un empire de 400 millions d'hommes (traducido en España como ¡Arriba Europa! y publicado por editorial Mateu, aspirará a lanzar una revista concurrente con Europa–Action, La Nation Europénne (véase artículo en el número III de la RHF). Como veremos, a mediados de los años 60, las conversaciones entre el grupo belga de Thiriart y el francés de Venner no surtirán ningún efecto, a pesar de las innegables afinidades entre ambas tendencias, a pesar de que ambos justifiquen en la historia su proyecto de unificación europea.

Incluso, en el hecho mismo de considerar que la defensa de Europa no se circunscribe en territorio europeo, ambas corrientes estarán de acuerdo: mientras Thiriart había escrito que Europa se defiende en Argel, Venner y Jean Mabire afirman lo mismo: Europa se defiende tanto en Rodhesia como en Canadá, en Bucarest y en Sydney. A la redacción de Europe Action se deberán los primeros textos del neofascismo sobre la inmigración –esto es "contra" la inmigración–. Es evidente que Venner no había incluido en Por una crisis política, referencias que luego asumirá la revista: a favor de la diferenciación racial en los EEUU, oposición al mestizaje y contra la inmigración procedente de África.

A la hora de examinar las firmas con que terminan los artículos que realizan estas fugas se percibe una presencia mayoritaria de miembros que posteriormente darán vida al GRECE: Benoist, Mabire, Vial, Valla… De hecho, cuando la "nueva derecha" vaya construyendo sus características, una de ellas y muy importante, será el europeísmo frente al pequeño nacionalismo chauvinista. Desde Maurrás hasta De Gaulle, pasando por La Cagoule (ver este mismo número de la RHF), la "vieja derecha" era antigermana y antieuropeista, por lo tanto, en reacción, la "nueva derecha" verá en la cultura alemana (Nietzsche, Spengler, Ghelen, Jünger, etc, etc) una tierra de promisión y en la idea europea una antítesis al nacionalismo, jacobino o tradicional.

Uno de los aspectos más problemáticos de la revista es sin duda su visión del "racismo", reformulado bajo distintas coberturas: etnicismo, racialismo, diferencialismo, etc, ideas que hasta entonces no habían estado presentes en Jeune Nation y en el sector mayoritario del nacionalismo, ni siquiera en experiencias similares habidas en otros países (Thiriart). En el número de marzo de 1964 de Europe–Action, los negros eran presentados como antropófagos y en el de octubre de ese año bajo la caricatura de un árabe se podía leer: "Se busca a Mohamed Ben Zobi, nacido en Argelia, residente en Francia. Se trata de un hombre peligrosos susceptible de ¡matar, violar, robar, saquear, etc! Para encontrarlo no hay que ir muy lejos: en torno vuestro hay 700.000 como el"…).

Particularmente interesante es el juicio que para Europe–Action merece el nacionalsocialismo alemán. Éste es tratado como algo diferente, casi como si se tratase de un precedente que no había alcanzado el rango "científico". En el número 5 de la revista (mayo 1963) se incluyen algunos vocablos que deberán constituir el "diccionario del militante", al tratar el término "nacional–socialista" se dice: "Al lado de intuiciones geniales, sus errores han entrañado su perdición: hipertrofia de la noción de jefe; racismo romántico (no científico) destinado únicamente a reforzar un nacionalismo estrecho, revanchista y agresivo; política europea reaccionaria que no solamente acarrea su derrota, sino la hostilidad generalizada de los pueblos europeos. Estos errores se deben en gran parte a una ausencia de fundamentos doctrinales establecidos".

El nacionalismo de Europe–Action –a diferencia del nacionalismo maurrasiano defendido por Jeune Nation y por Pierre Sidos– no estaba fundado sobre un territorio o un Estado precisos sino sobre los "pueblos europeos y blancos": para ellos, la nación tendía a confundirse con la raza. En el citado Diccionario del Militante el término racismo es definido así: "Doctrina que expresa en términos políticos la filosofía y las necesidades vitales de los pueblos blancos. Doctrina de energía, doctrina de Europa, doctrina de lo real, doctrina del porvenir". Por todo ello, los artículos relativos a la situación de los blancos en Rodhesia o Sudáfrica, son habituales en la revista y el propio escritor Marc Augier formará un Comité Francia–Rodhesia declarando a la revista: "Personalmente estoy por reclutar una legión de combatientes defensores de la raza blanca que lucharía junto a nuestros hermanos de Pretoria". Benoist–Laroche, tras un viaje a EEUU, escribirá en el número de octubre de 1965 un artículo favorable a la segregación racial. En otros artículos se considera el mestizaje como un "suicidio genérico" (número de junio de 1964, pág. 19). Existía cierta alarma ya por lo que suponía la inmigración masiva desde el punto de vista étnico: "¿Piensan que la palabra "Francia" podría definir legítimamente a la vez a la Francia de hoy y un hexágono sobre el cual campaban veinte millones de magrebíes y veinte millones de negro–africanos" (número de junio de 1964, pág. 17–18).

Así mismo, Venner en su documento no menciona ni en una sola ocasión la religión, el cristianismo o la fe. Estas ausencias son todavía más notables en la medida en que aparecen en un documento publicado por un grupo neofascista francés, ambiente que hasta ese momento se había alineado tradicionalmente con el catolicismo (incluso aun cuando Maurras era agnóstico y Action Française hubiera sido excomulgados). Duprat reconoce que las críticas al catolicismo serán mal acogidas por otros sectores de la extrema–derecha francesa. También aquí se percibe la presencia de una constante que será luego recuperada por la "nouvelle droite". Si la "vieja derecha" era católica y confesional, la "nueva derecha" será agnóstica, neopagana y anticristiana, aspectos estos ausentes del documento de Venner, pero presentes –y muy presentes– en los artículos aparecidos en Europe–Action. Ni siquiera las innovaciones teológicas habidas durante el Vaticano II serán bien recibidas y especialmente quienes recibirán críticas demoledoras serán los teólogos progresistas. Contrapondrán la antropología mística de Teilhard de Chardin al realismo biológico de Rostand y al análisis historicista del cristianismo realizado por Louis Rougier.

La temática anticristiana se une en la revista a una reformulación del antisemitismo tradicional. Es algo que Venner tampoco había previsto en su folleto, pero que subyace de manera muy evidente en los artículos de la revista. En aquellos años apareció la obra de Paul Rassinier, La mentira de Ulises, uno de los primeros libros negacionistas, que mereció elogios por parte de Europa–Action. Así mismo, Maurice Bardéche, autor pre–negacionista (como podría ser calificada su obra Nuremberg o la tierra prometida), publicó también algunos textos en la revista con toda la carga simbólica que implicaba abrir las puertas al cuñado de Robert Brasillach, fusilado durante la depuración. También en esto la actitud de Europe–Action es paralela a la de Jean Thiriart y La Nation Européenne: en ambos casos, en efecto, el viejo antisemitismo enunciado por Paul de Lagarde (ver artículo sobre Israel capital Tananarive

en RHF–VI) que veía en los judíos a un cuerpo ajeno a la nación, es superado y reconvertido en anti–sionismo por una parte y en "religión reduccionista" por otra. El catolicismo es atacado como una traslación del reduccionismo monoteísta surgido de "el Libro" (el Antiguo Testamento) y se tiende a situar al cristianismo como una secuela del judaísmo, una especie de disidencia que desvió a Europa de la cultura clásica y se insertó como un "cuerpo ajeno" a la concepción europea de la vida y del mundo.

Pero en estos aspectos, las nuevas orientaciones de Europe–Action aparecen más allá del manifiesto que polariza inicialmente la actividad del grupo: el documento de Venner. A 45 años de su redacción se percibe con claridad que Por una crítica positiva está fuertemente influido por la experiencia de la OAS. En 1963, algunos militantes consideraban que era posible continuar la actividad de esta organización y sino derribar, si al menos erosionar al gaullismo mediante el terrorismo y, en cualquier caso, ajustar cuentas con él. Venner se opone a la consecución de esta batalla perdida. Reconoce que todos los movimientos revolucionarios del siglo XX tuvieron momentos de fracaso: el nacionalsocialismo en 1923, el bolchevismo en 1905, el maoísmo en 1927 y en 1931; en cada uno de estos desastres aprovecharon para rectificar la línea que habían impreso hasta ese momento y encontrar nuevas estrategias. Esto era lo que proponía Venner.

La lectura actual del documento corre el riesgo de inducir a errores. Cuando Venner habla de "Occidente" en 1963, la noción era diferente a la actual: en aquel momento, "Occidente" se identificaba con "Europa", hoy en cambio el mismo vocablo alude al bloque euronorteamericano. No cabe la menor duda de que Venner aspira a imprimir un giro anti–imperialista al proyecto: considera que el final de la II Guerra Mundial implicó la "derrota de Europa" y la ocupación del continente por parte de los EEUU en el Oeste y de la URSS en el Este. Llama –como Thiriart en Bélgica– a una "lucha de liberación nacional", no en el Tercer Mundo como era habitual en aquellos años, sino en el centro de la civilización.

El documento no enuncia un programa político, pero si las orientaciones básicas para construirlo. Una de ellas es el antiimperialismo y la idea de "liberación", pero a esto se añade también una crítica al liberalismo y al marxismo. Se concluye en este terreno con un ataque feroz al consumismo y a la democracia definida como el "nuevo opio de los pueblos". También se alude a los "valores" y se propone un modelo de comportamiento definido como "humanismo viril" (la "ética del honor" frente a la moral materialista propia del liberalismo y del marxismo). Se propone un modelo de Estado y de economía orgánico; al primero se le define como "un orden viviente"; se insiste en que una de las tareas más importantes del Estado es la educación de las nuevas generaciones y la transmisión de los valores definidos con anterioridad, y en este terreno se afirma que la función del Estado es crear, formar y preservar una "élite". Venner termina diciendo que el "poder de los propietarios del dinero será sustituido por el poder de los creyentes y de los combatientes". En las fórmulas económicas se alude a la "empresa comunitaria" en una parte del discurso que parece enlazar con las concepciones nacionalsindicalistas que en ese mismo momento se estaban reelaborando en España y se asume la cogestión como forma de arrancar la empresa al poder financiero. La idea de "economía orgánica" (Thiriart hablaba de "economía comunitaria") se plantea la destrucción del poder financiera, es pues, una economía anticapitalista que

reconoce el valor de la propiedad privada y que previene ante el control tecnocrático de los procesos de producción.

Tales son los principios y las orientaciones doctrinales con las que Venner aspiraba a basar el trabajo de Europe–Action y aportar fundamentos científicos y filosóficos a la lucha política, tal como había intentado Lenin sesenta años antes. Ni siquiera militantes que procedían de la izquierda marxista y que en la postguerra pasaron a las filas del neofascismo francés (René Binet, por ejemplo, ex militante trotskista) se habían planteado extraer consecuencias de la lectura de un clásico de la ciencia política revolucionaria como era el ¿Qué hacer? de Lenin.

La FEN y Europe Action

Cuando se restablece la normalidad tras el interregno argelino y tras la lucha armada de la OAS, el panorama de la extrema–derecha neofascista francesa es desolador. Jeune Nation ha desaparecido. Del populismo poujadista no queda prácticamente nada. Las formaciones "nacionales" que apoyaron incondicionalmente el golpe de Estado de Argel, están disueltas, reducidas a la mínima expresión o bien son –como eran antes– Estados Mayores de "notables" ("cero más cero…"). Para colmo aun quedan unos cuantos cientos de activistas encarcelados, varios miles de "pieds noires" en el exilio (habitualmente en el Levante español) y se ha perdido Argelia en donde se encontraban las secciones más activas y numerosas del movimiento. Pero no todo ha sido negativo: por un lado, los "pieds noires" que han podido establecerse en Francia, lo han hecho en las regiones mediterráneas del Sur que, a partir de ese momento (e incluso en la actualidad) serán las más proclives al nacionalismo. Por otra parte, el shock de la derrota ha limpiado las filas militantes y ha hecho que se destacase una minoría excepcionalmente activa y que percibía la necesidad de actuar sobre bases nuevas, coincidiendo con las opiniones de Venner.

Para los supervivientes de Jeune Nation era evidente que en la nueva coyuntura ya no habría ni un nuevo Diem–Bien–Phu, ni se perdería ninguna otra colonia con la gravedad de lo que había ocurrido en Argelia. La resolución del conflicto argelino había hecho que la V República se asentara sobre bases extraordinariamente sólidas. El estilo activista de Jeune Nation que siempre se negó a participar en procesos electorales, ya no tenía mucho sentido: había que prepararse para una acción a largo plazo en el que la lucha sería sobre todo democrática hasta el instante en el que se percibiera la posibilidad de desbordar a las estructuras del Estado. Ese era el primer problema, porque los últimos mohicanos de la OAS aspiraban a que el trabajo militante que se realizara a partir de ese momento se encaminara a construir un Ejército Nacional Secreto a partir de Jeune Nation y de la OAS Metropolitana. Esta discusión estaba presente incluso en el interior de la Federation des Étudiants Nationalistes, la única organización que había sobrevivido al marasmo de los años precedentes. Tal como se dice en la obra Les Rats Maudits (sobre la extrema–derecha universitaria francesa): "El vagón FEN se suma a la locomotora Europe–Action". Por que, verdaderamente se trató de una locomotora.

En agosto de 1962 –un mes antes de que Venner saliera de prisión– tuvo lugar el I Campamento Escuela de la FEN en donde se discutieron las propuestas del opúsculo Por una crítica positiva, publicado un mes antes, en julio. En ese Campamento se decidió la aparición de una revista de combate. Inicialmente el nombre propuesto era "Rossel" en homenaje al coronel Louis Rossel ejecutado el 29 de noviembre de

1871 en Satory, uno de los principales dirigentes de la Comuna de París y el único oficial del ejercito que se unió a ella. Finalmente, se impondrá un nombre más "accesible" y que exponga con más claridad los ideales del grupo: Europe–Action. En enero de 1963 saldrá el primer número con una tirada de 10.000 ejemplares. Jacques de Larocque–Latour, alias "Coral", figuraba como director de la publicación y con su seudónimo firmaba las caricaturas que habitualmente se publicaba en cada número.

Por su parte, la revista de la FEN que había logrado sobrevivir a las desgracias de "los años de plomo", Les Cahiers Universitaires (de carácter trimestral y que aparecían desde finales de 1961) se convirtieron en una especie de órgano teórico del grupo mientras que Europa–Action era el órgano de difusión. Además de Les Cahiers Universitaires (que aparecieron de marzo de 1961 a mayo de 1966) y de La Voix de l'Occident (de 1961 a 1963), la FEN dispuso de decenas de boletines: France université, Flamme (Basses et Hautes Pyrénées), L'Alcazar (Burdeos), Fer de Lance (Toulouse), Combat nationaliste (Toulouse), Brest–nationaliste, Rennes–nationaliste, Nantes–nationaliste, Lyon–nationaliste, FEN–université (Marseille–Aix), Dijon–université, Le pied–noir étudiant, Positions nationalistes (IEP de Paris), Sorbonne–nationaliste, Médecine–Dentaire–Pharmacie–nationaliste, Paris médecine, Paris–droit nationaliste, Perspectives des grandes écoles, Sang nationaliste (estudiantes de liceos de Lyon), Révolution nationaliste (estudiantes de liceos de Aix–en–Provence), Cités–Forum, Définition 80, etc.

Es en Les Cahiers Universitaires, donde Benoist–Laroche publica sus primeros artículos sobre filosofía. El director de la publicación era Georges Schmelz y el secretario de redacción el propio Benoist. Posteriormente aparecería una hoja semanal redactada por Alain de Benoist (con el seudónimo de "Fabrice Laroche"), Europe–Action hebdomedaire, cyclostilada, habitualmente de ocho páginas. En 1966 esa hoja se transformará en L'Observateur Européen (que sobrevivirá a la desaparición de la revista y prolongará su existencia hasta 1968 enlazando prácticamente con la aparición del primer número de Nouvele Ecole en junio de ese mismo año), dirigida por Jean–Claude Valla y con "Fabrice Laroche" como redactor jefe.

Mientras apareció la revista, una colección paralela de libros –la Collection Action– fue llegando a las librerías. El primero de ellos, escrito por François d'Orcival y "Fabrice Laroche", Leur courage est son patrie (El valor es su patria) glosaba distintos episodios de la resistencia armada por la Argelia Francesa. Así mismo se publicaron textos que glosaban temas militares de la II Guerra Mundial, otros sobre cuerpos de élite e incluso sobre la División Azul y la Guerra Civil Española.

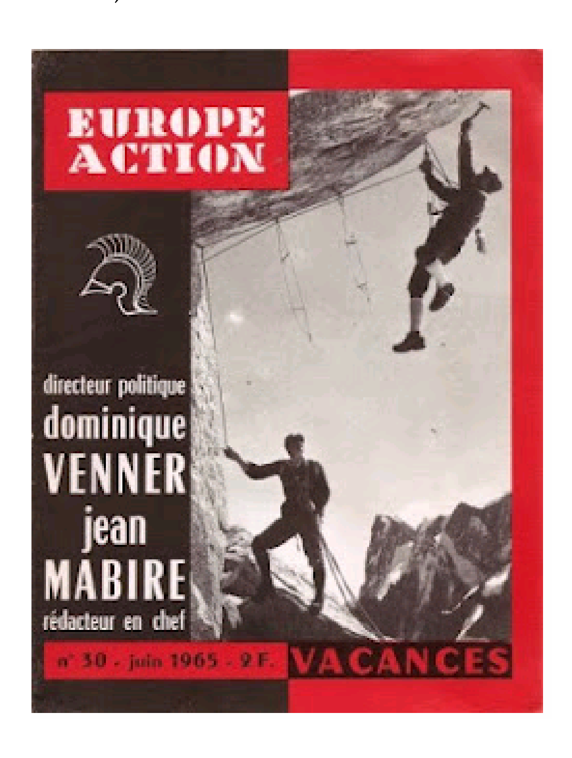
Toda esta portentosa actividad editorial pudo desarrollarse gracias a la existencia de algunas fuentes financieras. Por una parte, algunos simpatizantes aportaron fondos propios para el lanzamiento de la revista y de las Éditions Saint–Just (empresa responsable de la revista y de las demás publicaciones), pero también gracias a las donaciones de Henri Prieur [Maurice Gingembre], uno de los tesoreros de la OAS. La Collection Action pronto se mostrará rentable. Publicará y traducirá Combat pour Berlin de Joseph Goebels, en donde el jefe de la propaganda del III Reich explica cómo logró ganar la capital alemana para el nacionalsocialismo. Finalmente, la Librairie de L'Amitié abrirá sus puertas centralizando en sus dependencias la

parte de edición, venta y distribución de las publicaciones de Éditions Sant–Just.

Si Por una crítica positiva será el manifiesto del grupo, poco después aparecerá ¿Qué es el nacionalismo? Redactado por Benoist–Laroche al frente de un equipo de trabajo doctrinal que hará honor a su título. Esto dos documentos más el Manifiesto de la generación de los 60 (publicado con anterioridad y que era la carta fundacional de la FEN) serán los tres documentos que inspirarán la actividad del neofascismo francés en los años 60, entre el final de la aventura de la OAS y la revolución de mayo de 1968.

Sin embargo, no todos participaron en esta empresa con entusiasmo. Desde el principio, Pierre Sidos, que había sido el alma inspiradora y el fundador de Jeune Nation (encarcelado en julio de 1962 y que permanecerá en la cárcel hasta febrero del año siguiente), no comparte la necesidad de una renovación teórica, estratégica y doctrinal. Sidos permanece afecto al nacionalismo francés de siempre y tolera difícilmente lo que considera como las primeras desviaciones neopaganas de parte del equipo dirigente. Tampoco se siente europeísta y en realidad ocupará siempre un espacio intermedio entre el maurrasianismo y las nuevas formulaciones a que han dado lugar los tres documentos de base de Europe–Action y de la FEN. La crisis se irá agudizando a partir del inicio del curso 1963–64 cuando se produzca la ruptura y se funde el Mouvement Occident.

Sidos había ido realizado un trabajo de desgaste sobre la cúpula dirigente de Europe–Action. En realidad, algunos de los intelectuales que están elaborando documentos y revistas, apenas aparecen en las actividades militantes y esto entraña críticas por parte de las bases, críticas que Sidos se encarga de amplificar. Además, muchos se preguntan –y los cuerpos de Seguridad del Estado los primeros– por la procedencia de los fondos con los que se ha puesto en marcha el proyecto. Realmente no hay ningún misterio, ni nada inconfesable, pero siempre es posible estimular las sospechas, algo que no dudan en realizar los disidentes. Sin embargo, dado que algunos responsables cobraban por su trabajo, Sidos consigue implantar el rumor de que se trata de "mercenarios pagados por el capitalismo" (tal como explica Duprat que perteneció a Europe–Action).



Otros dos problemas se unen y facilitan el aumento de la conflictividad interior. De un lado, la FEN (que en realidad es el sostén militante de Europe–Action) es un grupo universitario, por tanto, sus miembros están sometidos a un tránsito continuo: los estudiantes de los últimos cursos universitarios quedan en pocos años fuera de las aulas y –como luego le ocurrirá al GUD– aunque no se produzcan escisiones ni crisis, existe cierta inestabilidad cuando los elementos más activos abandonan los estudios. Además, si bien la FEN es fuerte en el sur de Francia y en Burdeos

y ha logrado implantarse en el Mediodía francés e incluso en las provincias vascas, en París tiene una menor presencia universitaria (precisamente por el problema al que acabamos de aludir). Los dirigentes de la FEN han logrado poner en pie el grupo Militant (nombre del boletín que utilizarán como enlace) difundidos entre estudiantes de bachillerato y en los liceos previos a la entrada en la universidad. A finales de 1963 se producirá el "error fatal" (es Duprat quien lo califica) de lanzar una campaña antimilitarista bajo la consigna: "Ni un soldado para el Régimen". Esta campaña se producía poco después de los fusilamientos de Degueldre y de Bastien–Thiry, militares de carrera que colaboraron con la OAS y reflejaba los ajustes de cuentas pendientes del equipo dirigente de la FEN–Europe–Action con el gaullismo. La revista consideraba que era el ejército gaullista el que había "vendido" la Argelia Francesa. Tras las consiguientes colocaciones de carteles y distribución de panfletos, la FEN convocó una manifestación en el Barrio Latino. La campaña hizo cristalizar todo el malestar interior, las rencillas entre los dirigentes de la antigua Jeune Nation que habían quedado al margen de la línea editorial de Europe–Action e incluso la necesidad de ir más lejos en el proceso de renovación que sostenían los partidarios de Jean Thiriart que practicaban entrismo en la FEN. Poco después de la manifestación antimilitarista se produce la expulsión de François Duprat y de Jacquard, el último de los cuales es el representante de Thiriart en Francia (luego, en 1966, fundará la Fédération Général des Étudiants Européens que fracasará y finalmente entrará también en disidencia con Thiriart y contactará con los disidentes belgas de éste y después de indecibles peripecias, rupturas, reconciliaciones y rectificaciones de rumbo habituales en dinámicas escisionistas, terminará alumbrando la tendencia "socialista europea" con las revistas Argend, Floreal y Socialisme Européen que convergerán, pasado mayo de 1968, en la revista Pour une Jeune Europe, que a pesar del nombre ya nada tiene que ver con Jean Thiriart).

Esta primera crisis demuestra que Europe–Action controla la FEN y que no está dispuesta a ceder ni a compartir ese control. Las expulsiones dejan un regusto amargo en la sección parisina de la FEN, compuesta en ese momento, esencialmente, por militantes muy jóvenes, que se escinden poco después y pasarán a constituir en abril de 1964 el Mouvement Occident (véase artículo sobre el tema en RHF–IV) tras haber confluido con el Cercle de Défense de la Culture Française de Sidos. La debilidad en la que queda sumido el grupo –y su reducción en París a la mínima expresión– hace que Venner cometa algunos errores de conducción política.

Si bien, el documento fundacional había insistido en la distinción entre "nacionales" y "nacionalistas", en la práctica, para ampliar su radio de acción, Venner se ve obligado a "abrirse" hacia los "notables" a los que tanto había criticado convocando un mitin conjunto con Pierre Poujade, antiguos militares de la OAS y pequeños grupos nacionalistas que habían decidido colaborar con la revista. Sin embargo, esta iniciativa no estimula una aproximación de todos estos sectores a las tesis de Venner y aunque la revista logra vender cada vez varios miles de ejemplares (eleva su tirada entre 15 y 20.000 ejemplares) y los libros de las Éditions Saint Just y especialmente la Collection Action se venden en tiradas que hoy serían impensables, no parece que el principio de "unir la teoría a la práctica" esté dando resultados.

No puede extrañar que la FEN (y, por tanto Europa–Action) participen en la campaña para la elección presidencial en 1965 apoyando al candidato Jean Louis Tixier–Vignancourt, el abogado

del general Raoul Salan en el proceso en el que se depuraron sus responsabilidades por el golpe de Argel. Tixier era, a la postre, un "nacional" y un "notable"…

Tixier y la aventura del REL

Cuando Tixier anunció su candidatura, en febrero de 1964, François d'Orcival publicó un artículo en Europe–Action, en forma de carta abierta dirigida a Tixier, cuyo título era suficientemente elocuente: "¿Quién os ha designado candidato?". Sin embargo, a pesar de no haber empezado bien las relaciones entre Tixier–Vignancourt y el equipo de Europe–Action, pronto Venner consiguió reconstruir la relación con el candidato de la "oposición nacional". Venner especialmente aspiraba a utilizar las elecciones presidenciales de 1965 como instrumento para relanzar políticamente a este sector político.

La opción-Tixier no era la única existente, varias candidaturas más o menos ligadas a la "oposición nacional" pugnaban desde 1963 por presentarse a las elecciones presidenciales: de un lado, el coronel Trinquier intentaba aprovechar a los grupos activistas nacionalistas como fuerza de choque para impulsar su candidatura. El prestigio de Trinquier ante la "oposición nacional", especialmente ante los "nacionales" derivaba de su cargo como adjunto del general Massu, comandante de la 10ª División de Paracaidistas durante la "batalla de Argel". Sobre sus espaldas recayeron las operaciones más arriesgadas de la guerra contra el FLN argelino. Posteriormente dirigió las operaciones contra el líder independentista de izquierdas, Patricio Lumumba en Katanga y más tarde creó la Union Nationale des Parachutistes, organización en la que la extrema–derecha siempre ha estado muy representada. De cara a las elecciones presidenciales de 1965, Trinquier había constituido una Association d'Études pour la Réforme des Structures de l'État que pronto transformó en Parti du Peuple.

Otra candidatura que intentaba atraer a la "oposición nacional" (y especialmente a lo que parecía ser su motor, Europe–Action) era la del general Pierre Boyer de la Tour, antiguo comandante en jefe de las tropas francesas en Indochina y que trabajaba también con la asociación de veteranos paracaidistas. La última opción que aspiraba a hacerse un hueco como candidato presidencial era Pierre Poujade, antiguo líder de los pequeños comerciantes cuya hora había pasado con los años 50 pero que no se resignaba a estar ausente del escenario de la Vª República. Por aquellas fechas, Poujade todavía no había desarrollado su sexto sentido para apoyar siempre al candidato vencedor sin importar si era de izquierdas, de centro o de derechas (apoyó a De Gaulle, a Pompidou, a Giscard d'Estaing, a Mitterand y a Chirac; solamente se equivocó en 2002 cuando apoyó a Jean–Pierre Chevènement justo en las elecciones en que pasó a la segunda vuelta de manera espectacular el que había sido el diputado poujadista más joven, Jean Marie Le Pen en 1954). Le Pen, precisamente en aquellas elecciones de 1965, propuso la creación de un Parti National que unificase a los distintos grupúsculos existentes en ese momento, año y medio antes, había puesto en marcha un Comité d'Initiative pour une Candidature Nationale para encontrar un candidato alternativo a Tixier. Pero al no conseguirlo terminó apoyándolo y otro tanto hicieron los disidentes de Europe–Action, el recientemente constituido Mouvement Occident. El primer mitin de Tixier en la Mutualité de Paris agrupó a 4.000 personas y al concluir una manifestación encuadrada por Occident generó graves enfrentamientos con la policía. Sin

embargo, la propuesta unitaria de Le Pen, aunque abierta a todos los grupos, no iba dirigida tanto a la FEN y a Europe–Action como a Occident y a Sidos con quien se sentía mucho más identificado y con quien intentaría lanzar el Parti National.

Pero tras un mitin de lanzamiento de esta nueva sigla que apenas agrupó a 400 personas, Le Pen enfrió sus relaciones con Sidos. Éste, por su parte creó un Comité Jeunes Tixier, que experimentó un gran desarrollo. Mientras, Le Pen aprovechó para mejorar sus relaciones con Europe–Action, algo que Sidos no le perdonó retirando a los militantes de Occident de los Comités Jeunes Tixier. No todos se fueron y pronto el vacío dejado fue rellenado por los militantes de Europe–Action que, entre tanto, se habían organizado en grupos de Volontaires d'Europe–Action.

No fue una campaña tranquila. Desde el primer momento, a la vista de la disparidad de fuerzas que apoyaban a Tixier, aparecieron fricciones que, habitualmente tuvieron como protagonistas a los militantes de Europe–Action. En el interior de los Comités Tixier apareció una tendencia "nacional-liberal" que aspiraba a conquistar el voto centrista. El propio Tixier creyó que obtendría más votos si se distanciaba de los nacionalistas y adoptaba posiciones centristas, multiplicando sus elogios a la Resistencia francesa y a su primer jefe Jean Moulin. Pero en el momento en que apareció con fuerza la candidatura centrista de Jean Lecaunet, la estrategia de Tixier estaba condenada al fracaso.

En aquella campaña llamó extraordinariamente la atención la gira realizada por Tixier en las playas del sur de Francia. Cada día durante un mes se convocaron en las playas francesas durante el mes de agosto de 1965 mítines cuya asistencia en la última fase de la campaña superó con frecuencia los 3000 asistentes, según los organizadores de la campaña asistieron en total 125.000 personas, aunque cifras de Europe–Action las reducen a la más realista de 45.000 asistentes. Este aspecto de la campaña llamó poderosamente la atención de los medios. Paris Match y otros medios de prensa dedicaron amplios reportajes a la iniciativa que hasta entonces no tenía precedentes. La mayoría de público procedía de los pieds–noires y, a medida que los medios aludieron a estas reuniones (especialmente a partir de la tercera semana) afluyó una masa de curiosos poco concienciados políticamente que hicieron que el impacto real de esta iniciativa fuera mucho más reducido que el que se imaginaban sus impulsores. En estos mítines Tixier repetía hasta la saciedad y de manera imprudente que en la primera vuelta quedaría en segundo lugar con un 18–22% de los votos y obtendría la mayoría en la segunda vuelta. Cuando la campaña terminó y Tixier apenas obtuvo el 5% de los votos, una derrota inapelable que atribuyó a la actividad de Le Pen (que había sido su jefe de campaña…) y a los "extremistas de derecha" y, puestos a cometer un nuevo error, llamó a sus electores a votar por el candidato de la izquierda.

En enero de 1966, purgó a Le Pen y dio forma orgánica a sus comités (prácticamente vacíos a causa de una derrota tan flagrante) creando la Alliance Républicaine pour les Libertés et le Progrés, formación de centro–derecha que jamás alcanzará excesiva implantación y que terminará apoyando en 1979 la candidatura del Parti des Forces Nouvelles en las primeras elecciones europeas. Tixier ocupará la primera plaza de la candidatura obteniendo unos resultados ridículos e incluso inferiores al Front National de Jean Marie Le Pen en esos mismos comicios.

Inmediatamente se percibió el desastre de los Comités Tixier, los militantes de Europe–Action intentaron hacerse con el control del ala más radical de la organización lanzando el Mouvement Nationaliste du Progrès (MNP) el 24 de enero de 1966 justo cuando se cumplían seis años de la jornada insurreccional de Argel que inició el período del radicalismo armado con la OAS y las intentonas golpistas. Un llamamiento firmado por un centenar de responsables y dirigentes de los Comités Tixier anunció la creación del nuevo partido que recogía sin excepción los temas que durante los tres años anteriores habían sido los propios de Europe–Action. Fondos no faltaban: eran las aportaciones acumuladas durante años por los beneficios de las Editions Saint–Just y por contribuciones particulares. Para Venner se trataba de aprovechar el tirón que había tenido la FEN durante la campaña electoral de Tixier y reforzar los vínculos con la Fédération des Étudiants Réfugiés (FER) convertida en la organización única de los estudiantes repatriados de Argelia. La FER era fuerte en el Sur de Francia con cerca de 4.000 adheridos, mientras el resto de la FEN apenas tenía 500. Partiendo del renacimiento de la FEN durante la campaña electoral, era posible asegurar la columna vertebral del MNP.

Cuando tiene lugar la formación del MNP aparece por primera vez en Francia un nuevo tema de agitación y propaganda: la lucha contra la inmigración masiva. La consigna de "Alto a la invasión argelina en Francia" ya había sido tocada ocasionalmente en la revista Europe–Action con cierta habilidad y también el semanario Minute (que en los años posteriores a la guerra de Argelia alcanzará su mayor tirada, siendo el semanario sensacionalista más popular en el vecino país) insistirá en el mismo tema. Esto implica que el fenómeno de la inmigración ya era acusado en la Francia de 1965. Pero, aun así, el equipo militante de la FEN en París era excepcionalmente débil y el activismo frenético de Occident no les dejaba espacio para operar. Venner intentó una reaproximación a Occident justo cuando Sidos abandonó esta organización, luego volvió a intentarlo proponiendo la fusión de las dos ramas estudiantiles bajo el nombre de Occident. Se ofreció también incluir a varios miembros de la dirección de este grupo en el buró político del MNP, junto a los delegados de la FEN y los Volontiers d'Europe–Action, pero las conversaciones se interrumpieron antes del Congreso Constituyente del MNP (1 de mayo de 1966). Si bien el congreso mostró la seriedad y solidez del movimiento, pocos meses después, en noviembre desaparecía la revista Europe–Action a causa de problemas financieros y cerraban las Éditions Saint–Just. La trayectoria de la revista termina aquí, sin embargo, en los meses siguientes, como a los cadáveres a los que les sigue creciendo el pelo y las uñas, el equipo dirigente del grupo participó por primera vez en el nacionalismo francés de postguerra y en solitario en una campaña electoral.

A pesar del fracaso de la candidatura de Tixier, a pesar de la escisión que había debilitado a la FEN en París y a pesar de la aparición de Occidente, para el equipo dirigente que formaba en torno a Venner, sin embargo, el balance de Europe–Action era positivo: finalmente existía una línea política y un equipo de cuadros lo suficientemente amplio como para poder presentarse a las elecciones legislativas de 1967 con garantías de no pasar desapercibido. A pesar de los avisos en contra que alertaban sobre las pocas posibilidades de obtener resultados electorales apreciables, el MNP organizó una cobertura electoral, el Rassemblement Européen de la

Liberté en marzo de 1967. El objetivo era presentar 75 candidatos para poder tener acceso a los medios de comunicación públicos ("no pretendemos obtener un diputado sino hacernos conocer e imponer nuestra existencia" había escrito Venner en el semanario Rivarol). Pero hacía falta presentar 10.000 francos por candidato (el franco se cotizaba entonces a 14 pesetas) y, finalmente, solamente pudieron presentar 27.

La campaña consiguió llamar la atención gracias a iniciativas espectaculares o que fueron observadas con curiosidad por los medios de comunicación. En la circunscripción de Metz, el REL presentó como candidato a Valentín González, alias El Campesino, el famoso general republicano español, miembro inicialmente del Partido Comunista de España y que luego desertó de la URSS. En Sète presentaron al candidato más joven de Francia. Otras listas mostraban fidelidad hacia la causa de la Argelia Francesa (figuraban varios exponentes de aquellos años de luchas), pero se introdujeron temas nuevos y se insistió en materia social. El programa compuesto por quince puntos evidencia una ruptura hacia todo lo conocido hasta ese momento en el nacionalismo francés. Se pedía la supresión de la ayuda a los países subdesarrollados, el aumento de las pensiones a los jubilados, la defensión de la emigración argelina, la unidad europea que respetase las tradiciones nacionales y adoptase una estructura federal, la lucha contra la omnipotencia de la banca ocupaba un lugar esencial exigiéndose la supresión de los intereses usureros, etc. Este aspecto bifronte de temas tanto "tradicionales" como "modernos" había sido puesta ya de manifiesto en el congreso de lanzamiento del MNP cuando se depositó una corona en el Muro de los Federados de la Comuna de París y, al mismo tiempo, los trabajadores nacionalistas de la Renault depositaron otra corona ante la tumba del Bastien–Thiry el héroe de la resistencia al abandono de Argelia: tradición y revolución, tal era la idea que se pretendía vender.

Los resultados fueron modestos, pero era, a fin de cuentas lo que se esperaba así que no sorprendieron a nadie: se obtuvo una media del 2'58% (Le Pen, desde entonces hasta 1983, apenas logró nunca superar la barrera del 1%) con unos "picos" del 4,40%, mejorando incluso los resultados de Tixier dos años antes. Sin embargo, planeaba la sensación de fracaso al haber podido presentar solamente a un número limitado de candidatos y no haber tenido acceso a los medios de comunicación. Además, algunos candidatos no tenían la más mínima experiencia electoral y una cosa era escribir artículos sobre ética, celtismo, realismo biológico y valores en Europe–Action y otra muy diferente empatizar con el electorado. Duprat anota: "La desaparición de Europe–Action había dejado un vacío que nada había sido capaz de llenar". Buena parte de los dirigentes estaban cansados de los últimos 10 años de trabajo político y empezaban a dejar atrás su juventud: Venner manifestó su intención de retirarse mientras que D'Orcival pensaba transformar el MNP–REL en un "club político". Para colmo, desde el exterior, tanto Occident como Sidos, multiplicaban sus ataques generando una suplementaria sensación de aislamiento y desánimo (Sidos y también Ploncard d'Assac, difundían la idea de que los dirigentes de Europe–Action eran "anticristianos, apátridas, materialistas y heréticos", mientras que Occident les achacaba el prurito de "intelectualismo" y "pasividad").

Así pues, 1967 será el año del final de la iniciativa que había partido con la publicación de Por una crítica positiva: una parte de los militantes mantendrán su independencia en los años siguientes

formando el grupo Militant (cuyo boletín del mismo título aparecería hasta principios de los años 80), mientras que los restos de la FEN parisina se integrarán en Occident en el inicio del curso 1967–68… un curso decisivo para Francia y para la contestación. El curso del "mayo francés" en el que le corresponderá a Occidente el papel de detonante (ver artículo sobre el tema en la RHF–V). La aventura creativa habrá terminado.

¿La constatación de un fracaso?

Con el final de la experiencia de Europe–Action y de la FEN termina el segundo intento de constituir en Francia un gran partido "de la oposición nacional". Infinitamente más interesante que el primer intento –Jeune Nation (véase artículo sobre el tema en la RHF–VI)– esta nueva experiencia contó con más medios, con un equipo mayor de cuadros y con mayores ambiciones doctrinales. Por primera vez se atrevió a plantear el combate en términos electorales y basar su acción en un estudio preestablecido tanto a nivel doctrinal como estratégico. De hecho, la experiencia de Europe–Action fue enriquecedora en todos los sentidos y se prolongó durante bastante tiempo. De ahí surgió el GRECE y a imitación suya veinte años después surgiría en España la revista Disidencias intentando también un esfuerzo de clarificación en la misma dirección, los grupos italianos Ordine Nuovo y Avanguardia Nazionale e incluso el Fronte della Giuventú de los años 70 fueron en cierta medida tributarios de esta revista que eligió como símbolo el casco espartano que luego recuperaría la revista hermane Nation Europa en Alemania. La mayoría de dirigentes de Europe–Action tuvieron una parte importante en los desarrollos posteriores de iniciativas político–culturales y, desde el punto de vista personal, se convirtieron en personalidades reconocidas en el mundo del periodismo y de la cultura: Benoist, D'Orcival, Venner, Vial, Valla, etc.

En el curso de las iniciativas posteriores simplemente se limitaron a perfeccionar y pulir los puntos de vista que habían sostenido en su juventud. De aquella época y de las columnas de Europe–Action surgió el "etno–diferencialismo" que sostiene todavía hoy el grupo que figura en torno a Alain de Benoist (ciertamente, esta fórmula estaba enunciada con tosquedad en los años 60). El intento que se había realizado en la revista de integrar a gentes que hasta ese momento nada tenían que ver con el nacionalismo, fue utilizado hasta la saciedad en la primera época del GRECE e incluso en iniciativas políticas posteriores como el Parti des Forces Nouvelles.

Ciertamente muy pocos de los puntos puestos de relieve por Venner en el acta de nacimiento de Europa–Action (Por una crítica positiva) pudieron ser puestos en práctica. Puede decirse que Venner identificó perfectamente las causas que habían motivado la esterilidad de Jeune Nation y la derrota de los partidarios de la Argelia Francesa, pero no estuvo en condiciones de sobreponerse a las inercias que habían adquirido los nacionalistas. Las regresiones, especialmente en el período de los Comités Tixier Vignancourt y en el REL fueron evidentes: se recurrió a los "notables" y a los "nacionales" estigmatizados por el propio Venner. El nivel intelectual del equipo dirigente fue muy alto, acaso demasiado para una lucha política. Las críticas que les depararon sus adversarios, a pesar de estar realizadas con evidente mala fe, respondían en buena medida a la realidad: había demasiado intelectualismo en Europa–Action, y ciertamente la dirección estaba formada por neopaganos, agnósticos y materialistas que no encajaban demasiado bien en el panorama del nacionalismo francés.

Oficialmente, la FEN se disuelve en 1967. Cerrada una etapa, empieza otra. La primera reunión del GRECE tuvo lugar el 4 y el 5 de mayo de 1968, cuando estallaban los primeros incidentes en el Barrio Latino y la asociación fue legalizada en Alpes–Marítimos el 17 de enero de 1968. El primer número de Nouvelle École aparecería en febrero–marzo de 1968, cyclostilado con una tirada de 500 ejemplares.

Europe–Action fue una etapa necesaria en la que un grupo de jóvenes señaló la naturaleza de los problemas del ambiente nacionalista, elaboró el basamento intelectual para alumbrar una nueva estructura política, pero cuando ésta se completó (hacia principios de los años 80), ya habían dejado atrás la fuerza de la juventud y con el mismo ahínco con que habían elaborado una doctrina coherente, encontraron justificaciones para no arrojarse de nuevo al ruedo político. La llegada de Le Pen y sus éxitos hicieron que algunos de aquellos jóvenes de los años 60, que luego habían participado en el GRECE, vieran reverdecer su voluntad de combate y se alistaran bajo las banderas del Front National. Cuando se produjo la escisión en 1998, la mayoría de ellos, se fueron con Bruno Mégret: la política no era para ellos. La política era –es– demasiado sucia, demasiado maquiavélica, demasiado desaprensiva para alguien que ha ido a la lucha política preconizando valores éticos. En los años siguientes, la mayoría de ellos, o volvieron al redil lepenista o abandonaron completamente la lucha política o dieron vida a iniciativas identitarias. Habían pasado cuatro décadas desde que en los mejores años de su vida alumbraron una revista única en calidad redaccional y que hasta ese momento no había tenido precedentes en el neofascismo.

Hommage à Dominique Venner

VV.AA.

Un acte tragique, poétique et hautement moral

Geneviève de Bli

Guillaume Peltier, plus nourri au lait des grandes trahisons et des ambitions petites qu'à celui des pensées hautes, outre une culture bien pauvre, a l'âme basse et la parole vulgaire.

Commentant sans respect ni pudeur aucune le choix de Dominique Venner de mettre fin à sa vie, une vie belle et remplie d'actes droits et de réflexions fortes, il en rabaisse le sens en évoquant «*un grand n'importe quoi*».

Si la forme du propos choque par son inconvenance, sa bêtise et sa méchanceté, le fond lui, n'en n'est pas surprenant. Comment, en effet, ce factotum de la politique, représentant achevé d'une catégorie professionnelle engraissée aux sondages et coups publicitaires, utilitariste et guidée par la seule boussole de l'élection, comment pourrait-il percevoir la haute dignité d'un tel geste? Eminemment politique, certes, cet acte est, plus encore, intrinsèquement métaphysique, si tant est, comme ne le prouve hélas pas la pratique de Monsieur Peltier, que politique et métaphysique ne fussent une seule et même chose.

Le choix de Dominique Venner, posé, pesé, réfléchi, ainsi que le prouvent ses derniers écrits, est dans ligne, droite et claire, de sa pensée. Son acte est d'une frappante cohérence entre les paroles et les actes, une estampille

définitive et totale portée à une conception de l'homme, de l'Histoire, de la Vie. Car cette mort est un acte de Vie, n'en déplaise aux croyants de salon comme aux philosophes de plateaux télé à la Michel Onfray. Ce n'est pas du suicide nihiliste d'un anarchiste désabusé qu'il s'agit: c'est un acte positif, un acte vers l'avant, un choix, l'expression d'une très haute morale, qui juge, qui sépare, et qui tranche enfin entre les fils des Parques.

Cette morale, Dominique Venner la partageait, au Parnasse des cœurs fiers, avec Homère dont il fut le plus aiguisé des rapsodes, avec Hésiode, avec Nietzsche et d'autres encore, si peu nombreux ceux là dans les sphères où gravitent sans ardeur nos présents contempteurs. Cette morale est celle du tragique propre au destin humain, qu'éclairent toutefois, toujours, la volonté de l'être mais aussi le lyrisme de la Nature. Elle s'épanchait chaque fois doublement chez Dominique Venner: dans l'Histoire prise comme synonyme de civilisation; dans la poésie comme expression du sacré. Et ces deux aspects, essentiels à sa pensée, c'est la question du Temps et des origines qui les imprégnait, celle-là même qui leur infuse une dimension tragique, hyper conscience d'un sage quant à la certitude que le présent n'est rien sans l'ancrage dans son propre passé. Faulkner ne dit-il pas que *«le passé n'est jamais mort, il n'est même pas passé»*? Dominique Venner était ce veilleur entretenant par la réflexion et les actes, la flamme fragile du passé.

Lui, dont la «*finesse des sens voyait ce que les autres ne voient pas*» (Delacroix), appelle par son choix, son peule, les siens, à déchirer le voile de Maya, à sortir des torpeurs, des représentations, et à leur opposer la volonté, l'effort, et la purification qui précède l'action.

Son dernier geste, au regard du Temps, et l'ultime, au regard du sens, est l'aboutissement d'une pensée originelle, en ce qu'elle crée une signification nouvelle là où la sémantique (mais aussi les «valeurs», ces principes qu'on appelle valeurs pour ne pas avoir à les rompre) semblait confronter des incompatibilités de sens. Oui, l'on peut choisir la mort par surplus de Vie, oui, aux cœurs entiers, vivre à demi est une injure et une trahison. Oui, le choix de la mort peut être le prix cher, inestimable, du refus des conforts et de la lâcheté.

En ce sens, sa mort continue une *epopoia*, une épopée, parole poétique et narrative retraçant les «belles actions d'hommes de mérite», mais surtout invite-t-elle à la contention de la volonté. Volonté créatrice, combat, et cela parce que le monde originel est tragique et que sa Parole est toujours une dualité indépassable, jamais transcendée, entre l'apollinien et le dionysiaque, entre la forme stable et le flux héraclitien du Devenir. De cette dualité qui imprime à l'existence sa tragédie résulte la souffrance d'un homme de haut cœur, mais ce n'est pas cette souffrance qui motive le choix de la mort volontaire. De fuite, on a dit qu'il ne s'agissait pas: Dominique Venner était, par-dessus toute chose, homme de vérité et *d'amor fati.*

Ce qui explique cette mort, tout en laissant à l'homme le secret d'un cœur et d'une intelligence face à leur destinée, c'est la conscience absolue de l'indissociabilité entre chose publique et métaphysique, entre décision politique dans sa «singularité immédiate» (Hegel) et éternité de la mémoire, entre Cité et sacré : la nécessité d'une «fondation», au sens arendtien, sans cesse incarnée dans le sentiment exigeant de l'appartenance à une histoire et à une civilisation.

Sacré. Le mot est jeté, comme les dés du hasard héraclitien, et le voilà qui crée l'invective, et le mépris toujours. «*Profanation du sacré*» que cette mort,

selon les termes de l'abbé mondain la Morandais? Contresens profond d'une pensée convenue! Henry James parlait du «*sens des lieux*»: le choix de Notre-Dame, sœur de pierre des forêts-cathédrales, immémoriale racine d'un peuple qui se meurt, symbolise cet accord entre Nature et Civilisation.

Le sacré, monsieur l'abbé, ne se réduit pas à la religion, il n'est pas l'apanage des églises, et le spirituel peut irriguer le plus bénin instant du quotidien. Chez Dominique Venner, le quotidien même paraissait poésie, une poésie exigeante, et de la faire jaillir des «profondeurs d'un crépuscule», de relier ce qui est «éternellement nouveau» à la source unique et jamais tarie qui la transcende et la précède.

Dimension politique de cette poétique, puisque, comme l'affirmait Toqueville, *« le passé n'éclairant plus l'avenir, l'esprit marche dans les ténèbres »*. Dimension métaphysique, car jonction de l'éphémère et de l'Eternel, de la modernité transitoire, fugitive (parce que le Temps), et de l'Immuable (parce que l'Etre).

La mort de Dominque Venner, dès lors est aussi « philantropie » et certainement pas manifestation d'une égotique mélancolie. Des peuples celtiques, Renan disait : *« la vie n'est pas pour ces peuples une aventure personnelle, c'est un anneau dans une longue tradition »*. Cette tradition, D. Venner l'a filée chaque jour, dans une tension permanente du particulier vers l'universel et inversement, dynamique qui prenait chez ce contemplatif finalement, soit l'aspect d'une subtile généralisation du propos, soit celui du passage du général à la méditation intime. Sa mort a donc une vocation holistique, alors même qu'elle mobilise la forme d'individuation la plus absolue, ce qui, chez les cœurs rares, n'est jamais contradictoire.

Ce mouvement entre général et particulier, entre l'idéalité et l'événement est le propre de la poésie, et certains poètes approchent de l'Infini parce qu'ils excellent à faire ressentir le «non-dit» (les *Dichter* selon Heidegger). Par sa vie et sa mort, Dominique Venner a donné une forme concrète à cette intuition et mêlé, de façon consubstantielle, la forme et le fond de son propre poème. Cette mort choisie n'est pas une esthétique de la négativité, ni l'expression d'une «*rhétorique du désenchantement*» (Walter Benjamin). Elle ne vise au contraire qu'au ré-enchantement du réel, une invitation à déflorer le sens originel des choses, comme Zarathoustra prophétisant la nécessité *«d'enfanter une étoile dansante avec son propre chaos»*.

Messieurs Peltier, la Morandais, monsieur le professeur Onfray, vous êtes des benthamiens, il vous faut que les choses aient un prix. Il vous faut de l'utilité, des succès, des confirmations par la performance, la raison pratique, ou l'efficience. Chez d'autres âmes, plus belles ô combien, ne compte au contraire, que ce qui ne se monnaie point. Pour celle-là, il n'y a d'autres critères de l'Art, de la Politique ou du Poème, que leur capacité à dévoiler l'Etre des choses. Heidegger disait: *«L'œuvre d'Art ne présente rien: au contraire, elle est ce qui crée ce qui entre pour la première fois grâce à elle dans l'ouvert»*. Combien joliment cette réflexion s'applique t-elle à cette mort qui, légitimement, nous bouleverse et nous attriste. Pourtant, à cause de cela, cette mort ne consomme pas son auteur: au contraire, elle le subjugue. Georges Steiner, dans *Grammaire de la Création,* affirme que *«le rapsode est médium involontaire des origines»*. Posons que Dominique Venner aura été le rapsode volontaire d'une haute morale et de l'amour de ce qui nous fonde dans les aubes immémoriales de notre civilisation.

Alors, haut les cœurs!

«*Les héros que tu pleures sont morts, peuvent-ils renaître?*», demande Saint Patrick à Ossian. Oui ! Car ici, mort il n'y a pas: lorsque la mémoire s'accroît de l'hommage, alors le souvenir n'est plus seulement conservation; il est commémoration, acte de volonté, et sans cesse re-créateur.

Il est des tentatives avortées parce qu'échouant à dire l'Etre du Monde, c'est-à-dire le Temps, la Durée et la Vie. Selon les mots d'Hölderlin, «*ce qui demeure, les poètes le fondent*». Dominique Venner, par sa mort, témoigne pour jamais de l'ancrage de chaque destinée dans sa durée, fut-elle fugitive.

Pour lui, il y a la rencontre avec ce point absolu et indicible où la vie et mort s'interpénétrant dans l'instant, l'Infini dans le fini se réalise enfin pleinement en même temps que tout s'évapore. Que ce «moment» lui soit doux, et que l'éclaire, qui sait, la lumière de l'au-delà.

Pour nous qui «*demeurons*», et qui devons, nous dit Dominique Venner par sa mort, demeurer passionnément, il y a transsubstantiation: celle du néant a priori vide de la mort en un espace «plein».

Plein des promesses qu'offrent les champs du possible, plein d'un nouveau rapport au Temps, celui d'un éternel devenir de nos âmes et de notre civilisation: là où brille dans le présent les lumières du Passé.

Une image de ma jeunesse militante

Jacques Marlaud

Dominique Venner reste pour moi associé à certaines images de ma jeunesse militante.

D'abord ces affiches de Jeune Nation, mouvement interdit, qui, en cette année fatidique de 1962 fleurissaient dans mon jeune cœur rebelle et sur les murs de Paris en chemin de retour du lycée vers l'appartement de ma grand-mère où je logeais, rue des Vignes.

L'année suivante, ce héros de nos maquis clandestins, tout juste sorti de prison, fit son apparition dans notre local de militants nationalistes, rue de la Glacière. Il nous tint un bref discours sur l'importance de notre rôle "révolutionnaire" dans cette époque de déclin moral, politique et spirituel. Puis nous chantâmes avec lui "Les hauts tambours des lansquenets".

Je le retrouvai peu après au camp d'été de la FEN où il nous donnait quelques leçons de boxe pour l'auto-défense. L'essentiel était, avant de pouvoir frapper, de se bien garder. Puis il nous apprit à nous frotter physiquement en groupe à l'adversaire, en chargeant à dix contre cent. "Tout est dans la tête", disait-il, "Une tête forte, résolue, lucide, c'est une bataille presque gagnée contre le nombre et la stature supérieurs des opposants s'il ne sont pas eux-mêmes aussi bien préparés".

Ces leçons nous ont bien servi pour quelques épiques batailles autour d'une Sorbonne que nous prétendions libérer des marxistes de tout poil qui la dominaient alors.

J'ai souvent revu "Dom" rue aux Ours où s'élaborait la première version d'Europe-Action, puis à la Librairie de l'Amitié où il était régulièrement entouré de Suzanne Gingembre, Jean Mabire et Fabrice Laroche...

Ce fut une terrible déception d'apprendre, lors de mon exil espagnol, que ce pilier révolutionnaire avait décidé d'abandonner toute activité politique en 1967.
Le Venner des armes à feu ou blanches m'intéressa beaucoup moins. Mais je retrouvai avec plaisir l'historien qui a redécouvert Ernst Jünger à peu près à

l'époque où je faisais moi-même la connaissance de cet auteur prodigieux.

De son dernier message, je retiens la formule "je me sens le devoir d'agir tant que j'en ai encore la force" qui ne peut provenir que d'un homme sentant ses forces décliner. Cet homme a voulu frapper un grand coup par son geste même. C'est bien sûr d'abord un coup "de pied dans la fourmilière" qu'est notre société actuelle et surtout ce vers quoi elle tend. Société de l'indistinction programmée entre races, genres, peuples, cultures, hommes, femmes et enfants...

Je ne pense pas qu'en critiquant le métissage il s'adresse à un faux problème. Le métissage, au sens large, c'est-à-dire d'abord au sens social et culturel, est le problème des peuples qui ne se respectent plus eux-mêmes parce qu'ils ont perdu la conscience historique de leur origine. Ce n'est pas tant la couleur de la peau qui est remise en question ici que celle de l'âme, de la psyché collective animant le magma humain que nous pouvons croiser tous les jours sur les avenues de la megamachine à consommer. Que partageons-nous avec ce flot humanoïde multicolore? N'y a-t-il pas quelque chose qui nous en écarte et nous distingue?

C'est la question, l'affirmation que pose Dominique Venner avec son geste éclatant: «J'offre ce qui me reste de vie dans une intention de protestation et de fondation.»

Mourir comme un stoïcien romain

Bruno de Cessole

Le 21 mai 2013, Dominique Venner s'est donné la mort, d'un coup de pistolet, dans la cathédrale Notre-Dame de Paris, après avoir déposé sur le maître-autel une lettre expliquant et justifiant son acte. Deux jours plus tard, je recevais une lettre de lui, datée du jour même de son suicide, par laquelle, m'annonçant sa décision de partir à son heure et d'une façon qui ait un sens à ses yeux, il me donnait rendez-vous au Walhalla pour des chasses éternelles. A sa lettre manuscrite il joignait une page dactylographiée intitulée «Les raisons d'une mort volontaire», copie de la déclaration rendue publique le lendemain de sa mort. D'avance, connaissant l'esprit du temps, Dominique Venner y réfutait les interprétations malveillantes, caricaturales ou tendancieuses que la plupart des commentateurs ne manqueraient pas de donner de son geste. Un geste spectaculaire, mûri et prémédité depuis plusieurs mois sans doute, sans que nul de ses proches ne le pressente, et qui suscite, selon les cas, trouble, malaise, et interrogations. Comme il fallait s'y attendre c'est la malveillance, l'amalgame, la déformation, quand ce n'est pas l'injure et l'ignominie, qui ont prévalu dans les compte rendus des journaux et les réactions des réseaux sociaux, ce tout-à-l'égoût du ressentiment et de la médiocrité contemporains. Chateaubriand ne prévoyait pas que le nombre des nécessiteux serait aujourd'hui si grand quand il écrivait qu'il faut être économe de son mépris… La place me manque, hélas, pour rendre hommage à l'homme, au combattant, à l'écrivain et à l'intellectuel que fut Dominique Venner, qu'il est injurieux de réduire à une figure de soldat perdu et de militant politique, qu'il avait dépassée depuis longtemps. Mais c'est un devoir que de dissiper l'entreprise de désinformation de ces salisseurs de mémoire et de rétablir des vérités malmenées ou ignorées. Ce n'est pas parce qu'il était frappé par une maladie incurable que Dominique Venner, sain de corps et d'esprit, s'est donné la mort, mais en pleine possession de ses moyens et en toute lucidité. Ce n'est

pas sous l'aiguillon d'un subit dégoût de la vie, une vie qu'il aimait malgré les tribulations et les déceptions qu'elle comporte, mais, à rebours, parce qu'il voulait donner à son existence terrestre, lui qui ne croyait pas à la consolation des arrière-mondes, son sens ultime. Ce n'est pas par désespoir devant le déclin de son pays, mais pour montrer qu'il n'est pas de fatalité historique, qu'il a témoigné de l'éthique de la volonté. Ce n'est pas par désir de provocation et de profanation qu'il a choisi Notre-Dame de Paris, haut-lieu spirituel que ce païen revendiqué aimait et respectait, pour théâtre symbolique de son geste, mais en mémoire « de lieux de culte plus anciens », rappelant nos origines immémoriales ». Ce n'est pas par goût de la posture et par égotisme que cet homme secret et discret, ennemi des faux-semblants et du tohu-bohu médiatique, a accompli son « seppuku » rituel de samouraï d'Occident, mais par oblation et esprit de sacrifice. « Je crois nécessaire, disait-il dans sa lettre-testament de me sacrifier pour rompre la léthargie qui nous accable. J'offre ce qui me reste de vie dans une intention de protestation et de fondation ». Contre la fatalité et la destruction programmée de notre héritage et de nos traditions, il a élu la mort volontaire « afin de réveiller les consciences assoupies ». En des temps de basses eaux comme les nôtres, où les valeurs d'héroïsme et de sacrifice sont tenues pour de vieilles idoles dévaluées, voilà qui est incompréhensible, et ne peut que provoquer chez le tout-venant que la stupéfaction, la dérision ou l'injure. Comment faire admettre aux petits hommes anesthésiés ou lobotomisés de cette époque, qui ne croient plus en rien, qui n'osent plus rien, qui ne risquent plus rien, qui ne veulent plus rien que « leurs petits plaisirs du jour et leurs petites jouissances de la nuit «, derniers hommes, qui ne vivent pas leur pensée et ne pensent pas leur vie, qu'un intellectuel choisisse de se tuer pour prouver que la plus haute liberté consiste à ne pas être esclave de la vie. Et inciter ses contemporains à renouer avec un destin historique digne du passé de la France. A l'heure qu'il a choisie, Dominique Venner a rejoint Caton d'Utique, Montherlant et Mishima, les héros de l'Iliade et de Plutarque, des sagas scandinaves et des légendes germaniques, qu'il admirait et dont il s'est voulu l'héritier. Puisse sa mort volontaire n'être pas un service inutile mais le ferment d'une renaissance à quoi invite et son œuvre et son ultime geste.

Le Chevalier et le Samouraï

Michel Thibault

Au début des années 2000, j'ai fait la connaissance d'un japonais, rencontré dans une librairie. Il cherchait des ouvrages sur la chevalerie française, pour un livre à paraître au Japon. Tadao Takemoto, de son nom était âgé de 60 ans environ, professeur à l'université de Tsukuba, ami et traducteur d'A. Malraux. Lecteur de la *Nouvelle Revue d'Histoire*, il me fit part de son désir de rencontrer Dominique Venner dont il admirait les articles. Celui-ci nous donna rendez-vous dans un café-restaurant place de l'Odéon, au premier étage. À peine présentées, les deux personnalités se sont reconnues, comme appartenant au même monde, celui où un mot domine les autres: l'honneur. Tadao Takemoto venait d'une famille de samouraïs, il était membre de l'association des amis de Mishima, et partisan de la famille impériale. Il écrivait pour maintenir vivant au Japon l'esprit traditionnel, menacé par la société matérialiste et l'américanisation. Dominique Venner de son côté, par son engagement passé et ses travaux d'historien, cheminait sur la même voie, porteur des valeurs héroïques.

Dominique Venner m'a confié être impressionné par la personnalité de Tadao Takemoto, son intelligence, sa droiture et son humilité. De son côté Tadao Takemoto était très ému par cet homme pudique, chevalier égaré dans les temps modernes, et si proche de l'éthique du Bushido. Par la suite, Tadao Takemoto traduisit avec Olivier Germain-Thomas en français, un recueil de waka (poésie) de l'impératrice Michiko, dont il transmit un exemplaire à Dominique Venner, sur qui il fit une grande impression. Quelques temps après la *Nouvelle Revue d'Histoire* sortit un numéro consacré au Japon, avec un éditorial de Dominique Venner intitulé: «*Le Japon, la fleur et l'acier*», dans lequel il évoquait sa lecture des waka: «Pas de plaintes, pas de regrets, pas de larmes, bien que celles-ci se pressent dans les yeux du lecteur sensible à la gravité des mots et à l'évocation des « nobles âmes, gardiennes du pays». Ces mots disent avec une pudique émotion l'éternité de l'âme japonaise. Comment n'y serions-nous pas sensibles, nous Européens, qui nous attachons envers et contre tout à faire revivre l'âme assoupie de nos peuples. » Rencontre du Lys et du Chrysanthème, de l'Asie et de l'Europe. Samouraï d'Occident et Chevalier d'Orient.

Dominique Venner: l'acte inouï

Pierre Le Vigan

Une mort peut agir sur l'avenir comme une irradiation.

Yukio Mishima

Je ne suis pas sûr d'être digne de parler de Dominique Venner. Je ne suis d'ailleurs pas sûr qu'il y ait une seule personne en France qui en ait le droit. Pour être crédible il faudrait être prêt à commettre le même acte dans les heures qui viennent. Venner était le contraire d'un Breivik. C'était un soldat. Inutile de dire que je suis à mille lieux de ce type d'expérience, moi qui fus même exempté du service militaire.

Il n'est pourtant peut-être pas impossible de témoigner de son admiration. Elle est égale à celle que j'éprouve pour Honoré d'Estienne d'Orves ou Jean Prévost. L'acte de Dominique Venner, son sacrifice, est un acte de témoignage. Il y a eu bien des gens courageux, en France et en Europe, qui, condamnés à mort, ont affronté celle-ci avec un courage serein, bien des vaincus de l'histoire qui, ayant vu mourir leurs idéaux, en ont tiré les conséquences en se donnant la mort. Mais l'acte de Dominique Venner est d'une netteté, d'une pureté, d'une rareté, d'une précision et d'une justesse existentielle précisément inouïes. L'inouï, c'est la pure incandescence, le saut, la révélation, la rupture de l'enchaînement discursif. L'inouï de Venner, c'est le recours à un geste homérique. Si Dominique Venner était bien entendu un opposant au mariage homo ce n'est évidemment pas la raison principale de son suicide. La raison principale de son geste c'était de réveiller les consciences au sujet du Grand Remplacement, c'est-à-dire de la substitution dans notre pays d'une population autochtone par une population d'origine étrangère.

Je n'étais sans doute pas entièrement d'accord avec les analyses de Venner – et je le dis pour une raison: il n'est peut-être pas totalement inutile que chacun sache d'où je parle. Sur la question du métissage, je suis d'avis que c'est un non-problème. Il a toujours représenté une pratique très minoritaire pour des raisons qui tiennent à l'anthropologie humaine, aux habitus. On le voit avec les immigrés qui pour l'essentiel se marient dans leur race, voire leur ethnie. Il n'y aura jamais de métissage généralisé car la majorité des gens n'en veulent tout simplement pas.

Le métissage ne poserait problème que s'il n'en existait qu'une seule forme aboutissant à un type humain unique. Or il existe une infinité de formes de métissages: entre un Vietnamien et un Biélorusse, entre un Tchétchène et un Camerounais, entre un Argentin et un Malgache, etc. Comme il existe des formes quasi-infinies de métissage ceux qui craignent que le métissage ne réduise la pluralité humaine – le bien le plus précieux – se trompent. Le seul métissage qui poserait problème serait un « métissage » des sexes. Le remplacement de la catégorie homme-femme par un être mi-homme mi-femme. C'est d'ailleurs le fantasme de notre outre-modernité. Ceci étant dit, l'actuelle propagande pro-métissage est bien entendu insupportable. Elle fait partie de la propagande contre les racines: être tout sauf ce qui ressemble à ce que nous avons été. C'est une propagande malsaine et provocatrice.

Sur la question de l'immigration de masse je partage tout à fait sa condamnation par Venner. J'attacherais sans doute moins d'importance à la race elle-même. Les Roms sont des Européens, et même des Indo-Européens, souvent très attachés du reste à sauvegarder leur «pureté » raciale en évitant tout métissage. Est-ce une garantie de quoi que ce soit? De même les Afghans et Pakistanais ne sont-ils pas des Indo-européens? Cela signifie-t-il que leur immigration massive en Europe soit une bonne chose? J'attache plus d'importance aux facteurs culturels. Ainsi un Africain francophone me paraît la plupart du temps plus facile à intégrer qu'un Européen qui ne ferait pas l'effort ou ne pourrait apprendre le français (ce qui ne veut évidemment pas dire que tous les Africains francophones ont vocation à venir vivre en France).

Ces précisions faites, il n'en reste pas moins que les races existent, même si leur nomenclature n'est pas simple, a beaucoup évolué et est très loin de se résumer aux «Jaunes», «Blancs», «Noirs». Ce sont des réalités aux frontières mouvantes mais des réalités quand même. Dominique Venner qui défendait l'identité de tous les peuples n'acceptait pas ce que nous voyons tous: des territoires entiers de notre pays peuplés de gens d'origine non européenne. Que ceux-ci soient en grande majorité des braves gens n'est pas en cause. C'est l'atmosphère d'un pays qui change. C'est le climat auditif qui change: je suis très souvent dans le métro, on y entend toutes les langues et la plus rare ou la plus discrète est parfois le français. La France, l'Europe doivent-elle changer à ce point? Je ne le crois pas. Venner ne le croyait pas. Ouverture à l'autre oui mais mesurée. Dissolution dans l'autre, non. Le pouvoir d'intégration ou d'assimilation (toute querelle de mot est ici vaine) de notre pays s'est épuisé. Pourquoi? Parce qu'il supposait que sur tout le territoire la culture de référence soit celle du peuple français, ce qui allait sans dire jusque dans les années soixante.

Aujourd'hui, l'Afrique est peuplée en quasi-totalité d'Africains, l'Asie d'Asiatiques, l'Europe est le seul continent qui tend à ne plus être peuplé majoritairement d'Européens. Dominique Venner n'a pas voulu que cette mort de la différence européenne, qui vaut bien les autres, et surtout qui est la nôtre se fasse dans le silence. «Alors que je défends l'identité de tous les peuples chez eux, je m'insurge aussi contre le crime visant au remplacement de nos populations.» Son coup de revolver le situe aux antipodes d'un Breivik qui ne méritait nul éloge même «littéraire». Le sacrifice de Venner ne peut se comparer à rien d'aussi grand, car à rien d'aussi net. La seule grandeur qui nous reste c'est la netteté du regard sur les choses et de l'acte. Il y avait dans le sacrifice de Mishima une dimension d'esthétique personnelle, il y avait une réponse à la crainte de devenir aveugle

chez Montherlant. Cela n'enlève rien à la force éthique de leur geste. Mais Venner n'était pas un homme de lettres, il n'y avait pas chez lui cette dimension toujours un peu dégueulasse de l' «homme-de-lettres». C'est pourquoi Venner est encore au-dessus de ces exemples. «Il faudrait nous souvenir aussi, comme l'a génialement formulé Heidegger (Être et Temps) que l'essence de l'homme est dans son existence et non dans un « autre monde». C'est ici et maintenant que se joue notre destin jusqu'à la dernière seconde. Et cette seconde ultime a autant d'importance que le reste d'une vie. C'est pourquoi il faut être soi-même jusqu'au dernier instant. C'est en décidant soi-même, en voulant vraiment son destin que l'on est vainqueur du néant. Et il n'y a pas d'échappatoire à cette exigence puisque nous n'avons que cette vie dans laquelle il nous appartient d'être entièrement nous-mêmes ou de n'être rien.»

J'avais cru qu'Ernst Jünger était mort en 1998. Ce n'est qu'hier qu'il vient de mourir. Il était à Paris, du côté de Notre-Dame. Cette fois, il est bien certain qu'il est mort.

Le dernier geste de Dominique Venner

L'abbé Guillaume de Tanoüarn

Mardi à 16h00, Dominique Venner s'est suicidé, à Notre-Dame, devant l'autel d'une balle dans la bouche. Comment comprendre ce geste? Quels en sont les motifs? Une lettre a été laissée sur l'autel, il nous dira ce qu'il veut nous dire de son acte.

J'ai eu l'occasion, voilà déjà une quinzaine d'années, de rencontrer Dominique Venner, de discuter avec lui, d'essayer de comprendre l'antichristianisme militant de cet historien qui était à la fois si froid et si passionné, si précis dans ses analyses et si lyrique dans ses perspectives, sans que le lyrisme ne nuise à l'analyse ni l'analyse au lyrisme. Dominique Venner avait une grande âme, un «cœur rebelle». C'est ce qui m'avait fait éprouver pour lui, alors que nous étions aux antipodes l'un de l'autre, une véritable sympathie. Il m'avait d'ailleurs dédicacé son ouvrage autobiographique *Le cœur rebelle:* «À l'abbé de Tanoüarn qui n'est pas un cœur soumis». Cette formule, je l'ai longtemps méditée. Je crois que c'est en cela que nous avons été en compréhension l'un de l'autre, lui et moi, dans le refus de toutes les formes de soumission. Se soumettre c'est subir, subir c'est renoncer à agir, renoncer à agir c'est accepter de ne pas servir, de ne servir à rien, de se laisser happer par le grand Néant de tous les *À-quoi-bonismes,* contre lequel Dominique s'est élevé toute sa vie. Contre lequel pourrait-on dire, il a tenté d'élever sa vie et son œuvre.

Son dernier *post,* sur son blog, appelant à manifester le 26 mai contre le mariage homosexuel, mêle la crainte d'une islamisation de la France à ce signe de décadence morale qu'est le mariage des homosexuels. «Ce ne sont pas de petites manifestations de rue» qui pourront changer quelque chose à cette formidable conjuration «du pire et des pires» que présente la vie politique française en ce moment. On devine une forme de désespoir politique, vraiment poignant chez cet homme de 78 ans, dont on pourrait penser qu'il en a vu bien d'autres, depuis les combats de l'Algérie française jusqu'à maintenant. Mais le désespoir n'est pas l'explication ultime de ce dernier geste.

Je crois que ce suicide-avertissement, que Dominique a voulu comme une sorte d'analogie frappante avec le suicide de notre civilisation, était aussi, pour lui, la seule manière qu'il ait trouvé de passer par l'Église une dernière fois sans se renier.

Du reste, sur son blog, ce n'est pas le désespoir qui domine le texte qu'il nous laisse: «Il faudra certainement des gestes nouveaux, spectaculaires et symboliques pour ébranler les somnolences, secouer les consciences anesthésiées et réveiller la mémoire de nos origines. Nous entrons dans un temps où les paroles doivent être authentifiées par des actes». On pense au seppuku de Mishima, il n'a pas pu ne pas y penser, en choisissant froidement le lieu et le moment et en s'interdisant de se rater. Son acte a été mûri, prémédité. Il avait remis les clés de la Nouvelle revue d'histoire ce week-end à celui qu'il considérait comme son plus proche collaborateur et son continuateur, Philippe Conrad. Sans paraître affecté. Il avait fini sa tâche, il importait de donner un sens à sa fin.

Sur son blog, il expliquait: «Il faudrait nous souvenir aussi, comme l'a génialement formulé Heidegger *(Être et Temps)* que l'essence de l'homme est dans son existence et non dans un «autre monde». C'est ici et maintenant que se joue notre destin jusqu'à la dernière seconde. Et cette seconde ultime a autant d'importance que le reste d'une vie. C'est pourquoi il faut être soi-même jusqu'au dernier instant. C'est en décidant soi-même, en voulant vraiment son destin que l'on est vainqueur du néant. Et il n'y a pas d'échappatoire à cette exigence puisque nous n'avons que cette vie dans laquelle il nous appartient d'être entièrement nous-mêmes ou de n'être rien».

«Nous n'avons que cette vie…». Cette affirmation, pour Dominique Venner, est une donnée essentielle du problème. S'il n'y a pas d'au-delà de la vie terrestre; pour quelqu'un qui entend aller jusqu'au bout, l'instant, chaque instant a un poids écrasant. Le chrétien comprend ce sens de l'instant et ce sens de la responsabilité, mais il ne cherche pas à aller au-delà du possible: Dieu est l'agent de nos destinées. Dieu achève l'ébauche que nous lui tendons à la dernière seconde. Et le sacrifice est encore une action, non une soumission. Dominique Venner n'a pas voulu s'en remettre à Dieu de sa dernière seconde, il ne pouvait pas faire ce sacrifice: il a souhaité la choisir. Pétri de philosophie allemande, il a repris toute sa vie l'idée de Schelling, commenté par Heidegger: «être c'est vouloir». *Esse est velle.* «L'être, c'est le vouloir». Il faut vouloir jusqu'au bout pour être vraiment. Voilà la formule d'un athéisme antinihiliste… Le sien.

Et pourtant…

Pourtant, Dominique Venner a choisi l'autel de Notre-Dame pour cette décision. C'est sur l'autel qu'il a posé une dernière lettre. Vraiment je ne crois pas que, s'il a fait cela, c'est pour attirer l'attention, pour que Manuel Gaz vienne sur les lieux. Il n'avait que faire de ce genre de reconnaissance «médiatique». Son acte n'est pas médiatique, il est symbolique. Quel symbole? Celui de la Vierge Mère, celui de l'éternel féminin, lui qui, dans son dernier blog professe «respecter les femmes alors que l'islam ne les respecte pas».

Sans doute. Mais il ne faut pas oublier qu'outre sa culture païenne, Dominique Venner possédait une solide culture chrétienne, avant que son entrée en délicatesse avec une Église qu'il voyait comme absurdement pro-FLN ne l'ait détourné de Dieu. Je crois que ce suicide-avertissement, que Dominique a voulu comme une sorte d'analogie frappante avec le suicide de notre civilisation, était aussi, pour lui, la seule manière qu'il ait trouvé de passer par l'Église une dernière fois sans se renier. Une sorte de prière sans parole, pour ce coeur inassouvi jusqu'à la dernière seconde. Dieu? C'était trop compliqué pour lui. Mais Marie… Une femme, capable – Dieu le sait – d'exaucer enfin le désir de perfection qui a été la grandeur et le drame de sa vie.

Le sacrifice de Dominique Venner

Guillaume de Gail

C'est avec une grande tristesse, mais aussi un infini respect pour ce geste digne des esprits les plus absolus, que nous venons d'apprendre la mort du grand écrivain, historien et théoricien de la nouvelle droite Dominique Venner, suicidé d'une balle tirée à bout portant en l'Eglise Notre-Dame de Paris. Dominique Venner, attaché à la défense des fondements traditionnels de nos sociétés, était tout naturellement opposé à la loi Taubira. Nous avions suivi de près ses observations de ces derniers mois, à propos du phénomène inédit du Printemps français. Il avait confirmé les instincts de notre génération en relevant dans le soulèvement des *manifs pour tous*, les germes bien avancées et tout à fait plausibles d'une révolte inespérée. Il avait également laissé apparaitre dans les récents éditoriaux de sa Nouvelle Revue d'Histoire, l'intention dernière du "Samouraï d'Occident" qu'il vient de mettre à exécution. "*Je préfère ma patrie à mon âme*", disait Venner, le *Coeur Rebelle*, reprenant Machiavel.

Et c'est en raison de ce qui lui a apparu, comme à nous autres, comme à des millions de français aujourd'hui, l'ultime folie d'une société proche de l'anticivilisation, d'un régime ultralibéral délirant, que le grand écrivain, par un geste aussi résolu qu' éclatant, mit fin à ses jours, face à Jésus, face à l'Eglise à laquelle il ne croyait pas du tout, mais à qui, par un scandaleux paradoxe digne de son esprit subtilement taquin, il donne sa vie, au moins pour sauver l'honneur et susciter le courage parmi les fidèles du gardien de la France. Loin d'être un sacrilège irréfléchi, c'est bel et bien là, sans doute, le chapitre le plus admirable de l'œuvre de Venner. Des actes aux mots, fidèle à son être, conforme à ce qu'il *voulut* être, il appliqua une dernière fois la formule de Maurras: «*nous devons être intellectuels et violents*». Un acte qui devait conclure un parcours d'exception. Le Professeur Aymeric Chauprade, l'un de ses proches collègues, devait en brosser cet éloge dernier[1], tout en nous avertissant clairement de la teneur historiquement politique du message de Venner, à l'espoir et à l'avenir:

«*Tel Montherlant ou Drieu la Rochelle, tu as choisi la mort volontaire, celle des Romains, ou des Germains, celle de la vieille religion des Européens. Au risque de ne pas être compris, tu dis ainsi aux catholiques, réveillez-vous, ne baissez pas l'échine devant l'ignominie qui avance partout ! Tu dis aux Français et aux Européens qu'ils ont encore le choix de ne pas pourrir et de ne pas se laisser envahir. Je t'admire Dominique, pour toute ta vie de combats, d'écrits, d'engagement, de droiture, et je suis fier d'avoir travaillé à tes côtés. Puisse notre jeunesse française et européenne voir d'abord dans ton geste prométhéen, sacrilège, l'immense appel à la révolte radicale qu'il porte.*»

Nous l'affirmons: à maints égards, Venner fut un maître pour notre génération. En l'occurrence, il fut le grand historien de l'époque contemporaine, l'explicateur talentueux des mystères, des complexités et des falsifications de l'histoire des forces victorieuses et officielles du XXe siècle.

Dominique Venner fut un théoricien nationaliste de premier ordre, qui portait à la France et à l'Europe, un amour puissant et irrémédiable. Il était surtout à la tête de cette génération d'esprits brillants de *Jeune Nation* qui devait prendre ses sources à la fin des années 1950. De sa jeunesse de combats et d'éclats, on retient son engagement volontaire pour la guerre d'Algérie après une entrée précoce à l'Ecole militaire de Rouffach, sa participation à l'insurrection de Budapest en 1956, et son activisme au sein de l'Organisation de l'Armée Secrète, ce qui lui valut quelques temps en prison. Il fut ensuite

l'esprit central de la Nouvelle Droite, membre éminent du GRECE, auteur de dizaines d'ouvrages majeurs sur l'histoire du XXe siècle, des armements, des civilisations européennes. Rapidement rangé du militantisme pur, il dirigera La Nouvelle Revue d'Histoire jusqu'à hier encore.

Personne n'ignore aussi, que nous sommes fondamentalement opposés à bien des doctrines de la nouvelle droite, considérant ce mouvement intellectuel comme ayant été tout compte fait, l'idiot utile de la révolution néoconservatrice et néolibérale qui lui était contemporaine, un peu comme le trotskysme d'après-68 fut celui de la sociale-démocratie. Aussi, les visions critiques du christianisme catholique, l'apologie d'une Europe trop totale à notre gout, les conceptions de théologie et de tradition identitaire fantasques malgré un réalisme politique souvent juste, voilà autant de points de divergences sur lesquelles nous n'avons jamais suivi le maitre et ses camarades de la Nouvelle Droite, conservant avant tout le fabuleux trésor d'histoires et d'écrits qui par le talent d'écriture de Venner, nous plongeaient littéralement dans des époques inconnues de nos programmes scolaires, des aventures incroyables d'hommes résolus, nous parlant d'engagements inouïs de nos naïfs entendements. D'ailleurs, l'ultime texte de Venner, «*la manif du 26 Mai et Heidegger*», comporte en elle autant de signes d'accords (sur l'insurrection, sur la volonté, sur le devoir du sursaut), que de désaccords sur ce traitement psychotique et forcené du « problème islamique » (propre à la nouvelle droite) que nous ne réfutons point en tant que tel, mais que nous réfutons comme nœud gordien, comme hystérie, comme obnubilation toujours facilement utile au système, tant que ces gens de la Nouvelle Droite n'auront pas admis par quels mécanismes, une autre question rend possible la question musulmane et/ou immigrée, et plus largement le Choc de civilisations. Mais il n'est pas l'heure de parler de tout cela. Nous avons inexorablement reçu l'influence et le bénéfice de l'enseignement de cette brillante avant-garde, d'Alain de Benoist au jeune Guillaume Faye, en passant par le professeur Lugan. Le témoignage, l'instruction et l'exemple intellectuel que nous aura fourni Venner, sont pour nous inestimables. Ainsi est-il de ceux qui nous instruirent avec profit sur l'histoire de la résistance», comporte en elle autant de signes d'accords (sur l'insurrection, sur la volonté, sur le devoir du sursaut), que de désaccords sur ce traitement psychotique et forcené du «problème islamique» (propre à la nouvelle droite) que nous ne réfutons point en tant que tel, mais que nous réfutons comme nœud gordien, comme hystérie, comme obnubilation toujours facilement utile au système, tant que ces gens de la Nouvelle Droite n'auront pas admis par quels mécanismes, une autre question rend possible la question musulmane et/ou immigrée, et plus largement le Choc de civilisations. Mais il n'est pas l'heure de parler de tout cela. Nous avons inexorablement reçu l'influence et le bénéfice de l'enseignement de cette brillante avant-garde, d'Alain de Benoist au jeune Guillaume Faye, en passant par le professeur Lugan. Le témoignage, l'instruction et l'exemple intellectuel que nous aura fourni Venner, sont pour nous inestimables. Ainsi est-il de ceux qui nous instruirent avec profit sur l'histoire de la résistance (*histoire critique de la résistance,* écrit sur le conseil de son ami François de Grossouvre, ancien résistant nationaliste et proche conseiller de François Mitterand) ,sur la très ancienne France, sur la belle Europe (*le choc de l'Histoire*) et sur De Gaulle (anti-gaulliste paradoxalement admiratif dans *La Grandeur et néant,* il fut probablement le premier à globalement ausculter avec tant de précision la complexité du dernier Prince). Il est un maître ayant survolé la moitié du siècle

français, marqué de sa *critique positive*, somme majeure de la littérature nationale d'après-guerre.

Maître encore, de cette tradition française de l'ironie intellectuelle, Venner devait offrir son esprit et son corps profane en sacrifice devant l'autel catholique, tout en indiquant dans ses derniers écrits avoir choisi ce lieu parce qu'il l'admirait, et qu'il était empli de l'esprit de ses ancêtres. Encore une fois, nous restons politiquement opposés au néo-paganisme de Venner, mais nous ne faisons pas l'erreur de ne pas le comprendre, pour l'avoir bien lu et bien saisi. Suivant la recommandation de Mgr Jacquin, c'est pitié et prière que nous demandons pour Venner, qui a accompli son acte, nous le croyons, par amour et par espoir, sans doute pas un instant par volonté de profaner. Après tout, qui s'oppose vraiment aux infiniment plus choquants outrages des FEMEN? C'est pourquoi il ne faut pas se diviser à propos de Venner, simplement le lire et s'en souvenir. Déjà, les chroniqueurs médiatiques font mine de ne pas connaitre un universitaire majeur, quoiqu'on en pense, occultent son nom. On parle "*d'un homme qui se serait suicidé*", "*d'un certain Venner*". Le qualificatif "*d'extrême-droite*", tout à fait grossier et simplificateur, vient alors classiquement clore tout débat. C' était pourtant Dominique Venner, grand historien, profond théoricien, ainé à qui nous devons le respect, sans devoir l'adhésion aux idées comme aux conclusions, voilà qui ne laissera certainement pas indifférentes les réflexions des jeunes générations montantes.

Trois points de défense pour Venner:

I. Bien sûr, pour nous autres patriotes catholiques, l'acte proscrit du suicide est *a priori*, un péché de lâcheté. Il faudrait pourtant se faire l'écho de l'incurie générale, des ignorants et des impudents, et méconnaitre profondément l'honneur d'un tel homme pour ne pas comprendre la portée de cet acte, et le choix de l'endroit. Pour qu'un esprit qui fut toute sa vie un critique appliqué du christianisme qu'il tenait pour trop étranger à la vielle Europe dont il rêvait, pour que celui-là se sacrifie devant le Christ, pour l'*Eglise*-en fait pour la France toute Chrétienne- voilà qui nous fit immédiatement penser à une logique nationaliste pure et assumée, le symbole le plus éclatant de ce qui nous apparait véritablement comme un sacrifice profane, et honnête, plutôt qu'un sacrilège, comme un message d'espoir, plutôt que de renonciation. Dans son soliloque, devant l'autel, Venner n'insulte pas le Christ, mais veut venger et inspirer la France, réveiller "les consciences endormies" par l'acte du suicide, attirant soudain tous les yeux d'une France athée sur ce vieux païen s'écroulant comme en offrande à "leur" Seigneur. Bien sûr que cela choque. Mais comment alors, vous les chrétiens qui vous indignez, ne pas saisir l'acte d'abnégation, l'exemple du don et du combat que ce vieux soldat de l'intellect veut donner aux trop veules embardées populaires actuelles? Mais qui parmi vous est capable d'un tel don, car c'en est un, dans l'esprit de Venner, et certainement pas un suicide égoïste et inutile. Il faudrait mieux connaitre Venner pour comprendre cela. Son éditeur, Pierre-Guillaume de Roux, compare feu Venner à Mishima (dont Venner était lecteur assidu), cet écrivain japonais -par ailleurs homosexuel- qui se suicida en 1970 en guise de protestation contre l'incurie de son pays. C'est exact, Venner, traditionnaliste à sa façon, a tout de l'attitude d'un intrépide guerrier nippon. La provocation en plus. Venner indique, fidèle jusqu'au bout à sa conviction (il avait déjà exprimé l'idée du suicide et du courage incroyable que cela prenait dans *Le Choc de l'Histoire*), ne rien attendre de l'au-delà, mais tout

de sa descendance, de son legs. Enfin, il devait s'expliquer de son beau verbe: « *J'offre ce qui me reste de vie dans une intention de protestation et de fondation. Je choisis un lieu hautement symbolique, la cathédrale Notre Dame de Paris que je respecte et admire, elle qui fut édifiée par le génie de mes aïeux sur des lieux de cultes plus anciens, rappelant nos origines immémoriales.*»

II. Deuxièmement, il est tout à l'honneur des clairvoyants et des chrétiens de pitié, que d'avoir cette pensée pour Venner, à l'heure où la curie médiatico-politique injurie de mépris et de qualificatifs insultants celui qui reste –quoi que l'on en pensât- l'un des grands intellectuels de son temps, reconnu dans son activité universitaire depuis longtemps. Mais il y a plus de mystères encore. Venner, le néopaïen scandaleux, venant se sacrifier très *antiquement* face à l'Autel du Christ, devait doublement sauver son âme, même s'il écrit ne pas s'en soucier. Tel un celte ancien, il tenait dans une ultime ironie à impressionner les Dieux par la bravoure et à l'indifférence face à la mort. Mais ce sacrifice pour la France, *fille ainée de l'Eglise*, pour l'Europe, *fille de l'esprit antique et hellène*, avait tout des grands martyrs mystiques, tout d'un geste *christique*. Nous sommes tristes et enthousiastes, devant l'exemple. Aussi, il nous semble qu'en véritable sage, Venner ai consenti à l'exercice *très chrétien* du repentir, peut être et sans doute le plus inconsciemment du monde. Comme un authentique samouraï, Venner n'offrait il pas sa vie à la doctrine, comme pour conclure l'échec politique majeur de la *nouvelle droite*? D'ailleurs, qui à l'UMP, osera honorer l'intellectuel, même parmi les Longuet et autres Devedjian? Venner, peut-être, fera définitivement cesser l'UMP de récupérer tous les mouvements et thématiques de réaction patriote depuis 20 ans pour les neutraliser et les dévoyer dans le sens du mondialisme ou de l'européisme. C'est d'ailleurs là, la conséquence la plus flagrante de l'effort vain de la nouvelle droite. Et Venner, par son acte, rétablira peut être l'erreur originelle en lançant cet incomparable signal de volonté.

III. Enfin, si nous avons été stupéfaits de l'acte de Venner, il faut bien imaginer le doute immense qu'insinue déjà cet acte de « violence intellectuelle » dans l'esprit des oligarchies mondialistes à la commande de la France et de l'Europe. Voilà que tout d'un coup, un gouvernement tout entier se trouve avec un mort sur la conscience, un mort politique, digne des virils esprits du XIXe. Par son acte, Venner nous ramène au réel, à la politique immédiate. Voilà que d'un coup, l'on découvre qu'il existe donc en France, oui, non plus seulement des désespérés du Pôle Emploi -exacts reflets inconscients de l'acte moral de Venner-, mais des porteurs d'espoirs, des esprits résolus, prêts à l'abandon de toute existence physique pour une cause, pour une idée, pour des valeurs, pour l'exemple. En l'occurrence, il ne s'agit point d'un fou, d'un terroriste, ni même d'un sacrilège. Il s'agit d'un vieux sage dont l'attitude confirme une jeunesse eternelle, concevant froidement et paisiblement la mort comme dernière page d'une œuvre de combat philosophique. Mieux encore, sa mort est un message tout entier, une sentence, une phrase à elle-seule, désormais célèbre pour des années:

« *Il faudra certainement des gestes nouveaux, spectaculaires et symboliques pour ébranler les somnolences, secouer les consciences anesthésiées et réveiller la mémoire de nos origines. Nous entrons dans un temps où les paroles doivent être authentifiées par des actes.*»

Il est inutile d'en dire davantage à ce stade. Nous reproduisons ici la lettre que laisse Venner à ses proches, amis, collègues et compatriotes, pleine de

tendresse, de profondeur, de poignante dignité et de cette froide ironie qui caractérisaient sa pensée dense et puissante.

Je suis sain de corps et d'esprit, et suis comblé d'amour par ma femme et mes enfants. J'aime la vie et n'attend rien au-delà, sinon la perpétuation de ma race et de mon esprit. Pourtant, au soir de cette vie, devant des périls immenses pour ma patrie française et européenne, je me sens le devoir d'agir tant que j'en ai encore la force. Je crois nécessaire de me sacrifier pour rompre la léthargie qui nous accable. J'offre ce qui me reste de vie dans une intention de protestation et de fondation. Je choisis un lieu hautement symbolique, la cathédrale Notre Dame de Paris que je respecte et admire, elle qui fut édifiée par le génie de mes aïeux sur des lieux de cultes plus anciens, rappelant nos origines immémoriales.

Alors que tant d'hommes se font les esclaves de leur vie, mon geste incarne une éthique de la volonté. Je me donne la mort afin de réveiller les consciences assoupies. Je m'insurge contre la fatalité. Je m'insurge contre les poisons de l'âme et contre les désirs individuels envahissants qui détruisent nos ancrages identitaires et notamment la famille, socle intime de notre civilisation multimillénaire. Alors que je défends l'identité de tous les peuples chez eux, je m'insurge aussi contre le crime visant au remplacement de nos populations.

Le discours dominant ne pouvant sortir de ses ambiguïtés toxiques, il appartient aux Européens d'en tirer les conséquences. À défaut de posséder une religion identitaire à laquelle nous amarrer, nous avons en partage depuis Homère une mémoire propre, dépôt de toutes les valeurs sur lesquelles refonder notre future renaissance en rupture avec la métaphysique de l'illimité, source néfaste de toutes les dérives modernes.

Je demande pardon par avance à tous ceux que ma mort fera souffrir, et d'abord à ma femme, à mes enfants et petits-enfants, ainsi qu'à mes amis et fidèles. Mais, une fois estompé le choc de la douleur, je ne doute pas que les uns et les autres comprendront le sens de mon geste et transcenderont leur peine en fierté. Je souhaite que ceux-là se concertent pour durer. Ils trouveront dans mes écrits récents la préfiguration et l'explication de mon geste.

Pour toute information, on peut s'adresser à mon éditeur, Pierre-Guillaume de Roux. Il n'était pas informé de ma décision, mais me connaît de longue date.

Dominique Venner

En souvenir de Dominique Venner

Robert Steuckers

Il faut que je l'écrive d'emblée: je n'ai guère connu Dominique Venner personnellement. Je suis, plus simplement, un lecteur très attentif de ses écrits, surtout des revues "Enquête sur l'histoire" et "La nouvelle revue d'histoire", dont les démarches correspondent très nettement à mes propres préoccupations, bien davantage que d'autres revues de la "mouvance", tout bonnement parce qu'elles exhalent un double parfum de longue mémoire et de géopolitique. Lire les revues que publiait Dominique Venner, c'est acquérir au fil du temps, un sens de la continuité européenne, de notre continuité spécifique, car je me sens peut-être plus "continuitaire" qu'"identitaire", plus imbriqué dans une continuité que prostré dans une identité figée, mais c'est là un autre débat qui n'implique nullement le rejet des options dites "identitaires" aujourd'hui dans le langage courant, des options

"identitaires" qui sont au fond "continuitaires", puisqu'elles veulent conserver intactes les matrices spirituelles des peuples, de tous les peuples, de manière à pouvoir sans cesse générer ou régénérer les Cités de la Terre. Lire "La nouvelle revue d'histoire", c'est aussi, surtout depuis l'apport régulier d'Ayméric Chauprade, replacer ces continuités historiques dans les cadres d'espaces géographiques précis, dans des lieux quasi immuables qui donnent à l'histoire des constantes, à peine modifiées par les innovations technologiques et ballistiques.

J'ai découvert pour la première fois un livre de Dominique Venner dans une librairie bizarre, qui vendait des livres et tout un bric-à-brac d'objets des plus hétéroclites: elle était située Boulevard Adolphe Max et n'existe plus aujourd'hui. Ce livre de Dominique Venner s'intitulait "Baltikum". Nous étions en août 1976: je revenais d'un bref séjour en Angleterre, d'une escapade rapide à Maîche, j'avais vingt ans et huit bons mois, la chaleur de ce mois des moissons était caniculaire, torride, l'herbe de notre pelouse était rôtie comme en Andalousie, le plus magnifique bouleau de notre jardin mourrait en dépit des efforts déployés pour le sauver coûte que coûte. J'allais rentrer en septembre, le jour où l'on a inauguré le métro de Bruxelles, à l'Institut Marie Haps, sous les conseils avisés du Professeur Jacques Van Roey, l'éminent angliciste de l'UCL. C'est à ce moment important de mon existence, où j'allais me réorienter et trouver ma voie, que j'ai acheté ce livre de Venner. L'aventure des "Corps francs" du Baltikum ouvrait des perspectives historiques nouvelles au lecteur francophone de base, peu frotté aux souvenirs de cette épopée, car les retombées à l'Est de la première guerre mondiale étaient quasi inconnues du grand public qui ne lit qu'en français; l'existence des Pays Baltes et de la communauté germanophone de Courlande et d'ailleurs, fidèle au Tsar, avait été oubliée; en cette époque de guerre froide, les trois républiques baltes faisaient partie d'une Union Soviétique perçue comme un bloc homogène, pire, homogénéisé par l'idéologie communiste. Personne n'imaginait que les langues et les traditions populaires des ethnies finno-ougriennes, tatars, caucasiennes, etc. étaient préservées sur le territoire de l'autre superpuissance, finalement plus respectueuse des identités populaires que l'idéologie du "melting pot" américain, du "consumérisme occidental" ou du jacobinisme parisien. La spécificité du "Baltikum" était tombée dans une oubliette de notre mémoire occidentale et ne reviendra, pour ceux qui n'avaient jamais lu le livre de Venner, qu'après 1989, qu'après la chute du Mur de Berlin, quand Estoniens, Lettons et Lituaniens formeront de longues chaînes humaines pour réclamer leur indépendance. Pour l'épopée des Corps francs et des premières armées baltes indépendantes, tout lecteur assidu de "La nouvelle revue d'histoire" pourra se rendre au Musée de l'Armée de Bruxelles, où de nombreuses vitrines sont consacrées à ces événements: j'y ai amené un excellent ami, homme à la foi tranquille, homme de devoir et de conviction, le Dr. Rolf Kosieck, puis, quelques années plus tard, un jeune collaborateur de Greg Johnson; ils ont été ravis.

Liberté et rupture disloquante

Outre ces pages d'histoire qui revenaient bien vivantes à nos esprits, grâce à la plume de Dominique Venner, il y avait aussi, magnifiquement mise en exergue, cette éthique de l'engagement pour la "continuité" (russe, allemande ou classique-européenne) contre les ruptures disloquantes, que les protagonistes de celles-ci posaient évidemment comme "libératrices" sans s'apercevoir tout de suite qu'elles

engendraient des tyrannies figeantes, inédites, qui broyaient les âmes et les corps, mêmes ceux de leurs plus féaux serviteurs (cf. les mémoires d'Arthur Koestler et la figure de "Roubachov" dans "Le Zéro et l'infini"). Il n'y a de liberté que dans les continuités, comme le prouve par exemple le maintien jusqu'à nos jours des institutions helvétiques dans l'esprit du "Serment du Rütli": quand on veut "faire du passé table rase", on fait disparaître la liberté dans ce nettoyage aussi atroce que vigoureux, dans ces "purgations" perpétrées sans plus aucune retenue éthique, semant la mort dans des proportions inouïes. Aucune vraie liberté ne peut naître d'une rupture disloquante de type révolutionnaire ou trotskiste-bolchevique, sauf peut-être celle, d'un tout autre signe, qui fera table rase des sordides trivialités qui forment aujourd'hui l'idéologie de l'établissement, celle du révolutionarisme institutionalisé qui, figé, asseoit sans résistance notable son pouvoir technocratique, parce que tous les repères sont brouillés, parce que les "cives" de nos Cités n'y voient plus clair... Rétrospectivement, après 37 ans, c'est la première leçon que le Prof. Venner m'a enseignée...

Ensuite, toujours rétrospectivement, la liberté dans la continuité a besoin de "katechons", de forces "katechoniques", qui peuvent se trouver dans l'âme d'un simple volontaire étudiant, fût-il le plus modeste mais qui, en passant de sa *Burschenschaft* à son *Freikorps,* donne son sang et sa vigueur physique pour arrêter l'horreur liberticide qui avance avec le masque de la liberté ou de la "dés-aliénation", tandis que les "bourgeois" comptent leurs sous ou se livrent à la débauche dans le Berlin qu'a si bien décrit Christopher Isherwood: tous les discours sur la liberté, qui cherchent à vendre une "liberté" qui permet la spéculation ou qui fait miroiter le festivisme, une "liberté" qui serait installée définitivement dans tous les coins et recoins de la planète pour aplatir les âmes, sont bien entendu de retentissantes hypocrisies. La liberté, on ne la déclame pas. La liberté, ce n'est pas une affaire de déclamations. On la prend. On se la donne. On ne se la laisse pas voler. En silence. Maxillaires fermées. Mais on la garde au fond du coeur et on salue silencieusement tous ceux qui font pareil. Comme Cinccinatus, on retourne à sa charrue dès que le danger mortel est passé pour la Cité. Les "Corps francs", qui fascinaient Venner, étaient une sorte de "katechon" collectif, dont toutes les civilisations en grand péril ont besoin.

Nous ne savions rien des aventures politiques de Venner

Nous ignorions tout bien entendu des aventures politiques de Dominique Venner quand nous lisions "Baltikum": elles s'étaient déroulées en France, pays que nous ne connaissions pas à l'époque, où la télévision n'était pas encore câblée, même si ce pays est voisin, tout proche, et que nous parlions (partiellement) la même langue que lui. Je n'avais jamais été que dans une toute petite ville franc-comtoise, en "traçant" sur la route sans aucun arrêt, parce que mon père, homme toujours pressé, le voulait ainsi et qu'il n'y avait pas moyen de sortir une idée de sa tête (le seul arrêt de midi se résumait à un quart d'heure, dûment minuté, pour avaler deux tartines, un oeuf dur et une pomme le long d'un champ). De la France, hormis Maîche en Franche-Comté et un séjour très bref à Juan-les-Pins (avril 1970) dans un immeuble dont tous les locataires étaient belges, je n'avais vu que quelques coquelicots dans l'un ou l'autre champ le long des routes lorraines ou comtoises et n'avais entendu que le bourdonnement d'abeilles champêtres, à part, c'est vrai, une seule visite à l'Ossuaire de Douaumont et un arrêt de dix minutes devant la "Maison de la Pucelle" à

Domrémy. En 1974, aucun de nous, à l'école secondaire, n'avait jamais mis les pieds à Paris.

De l'aventure de l'OAS, nous ne savions rien car elle ne s'était pas ancrée dans les mémoires de nos aînés à Bruxelles et personne n'évoquait jamais cette aventure, lors des veillées familiales ou après la poire et le fromage, ni n'émettait jamais un avis sur l'Algérie: les conversations politiques dont je me souviens portaient sur la marche flamande sur Bruxelles en 1963, sur l'assassinat de Kennedy la même année, sur le déclin de l'Angleterre (à cause des Beatles, disait un oncle), sur le Shah d'Iran (mon père était fasciné par l'Impératrice), sur Franco (et sur la "Valle de los Caidos" et sur l'Alcazar de Tolède qui avait tant marqué mon père, touriste en mai 1962) voire, mais plus rarement, sur le Congo (lors de l'affaire de Stanleyville, car une de mes cousines germaines avait épousé un parachutiste...). Les traces de la guerre d'Algérie, la tragédie des Pieds-Noirs, les aventures politiques du FLN et de l'OAS sont très présentes dans les débats politico-historiques français: je ne m'en apercevrai que très tard, ce qui explique sans doute, pour une bonne part, le porte-à-faux permanent dans lequel je me suis retrouvé face à des interlocuteurs français qui faisaient partie de la même mouvance que Dominique Venner. Mais ce porte-à-faux, finalement, concerne presque tous mes compatriotes, a fortiori les plus jeunes (maroxellois compris!), qui n'ont jamais entendu parler des événements d'Algérie: combien d'entre eux, à qui les professeurs de français font lire des livres d'Albert Camus, ne comprennent pas que cet auteur était Pied-Noir, a fortiori ce qu'était le fait "pied-noir", ne perçoivent pas ce que cette identité (brisée) peut signifier dans le coeur de ceux qui l'ont perdue en perdant le sol dont elle avait jailli, ni quelles dimensions affectives elle peut recouvrir dans la sphère politique, même après un demi-siècle.

Attitude altière

Au cours de toutes les années où j'ai côtoyé les protagonistes français du "Groupement de Recherche et d'Etudes sur la Civilisation Européenne", c'est-à-dire de 1979 (année de ma première participation à une journée de débats auprès du cercle "Etudes & Recherches", présidé à l'époque par Guillaume Faye) à 1992 (date de mon départ définitif), je n'ai vu ni aperçu Dominique Venner, sauf, peut-être, en 1983, lors d'une "Fête de la Communauté" près des Andelys, à la limite de l'Ile-de-France et de la Normandie. Cette fête avait été organisée par le regretté Jean Varenne, le grand spécialiste français de l'Inde et du monde védique, qui avait invité une célèbre danseuse indienne pour clore, avec tout le panache voulu, cette journée particulièrement réussie, bien rythmée, avec un buffet gargantuesque et sans aucun couac. Ce jour-là, un homme engoncé dans une parka kakie (tant il pleuvait), correspondant au signalement de Dominique Venner, est venu se choisir deux ou trois numéros d' "Orientations" dans le stand que j'animais, sans mot dire mais en braquant sur ma personne son regard bleu et perçant, avant de tourner les talons, après un bref salut de la tête. Cette attitude altière – *besser gesagt diese karge Haltung* – est le propre d'un vrai croyant, qui ne se perd pas en vains bavardages. De toutes les façons, je pense qu'on s'était compris, lui le Francilien qui avait des allures sévères et jansénistes (mais l'évêque Jansen était d'Ypres, comme ma grand-mère...), moi le Brabançon, plus baroque, plus proche de la Flandre espagnole de Michel de Ghelderode qui pense souvent qu'il faut lever sa chope de gueuze ou de faro pour saluer, ironiquement, irrespectueusement, les cons du camp adverse car leurs sottises, finalement,

nous font bien rire: il faut de tout pour faire une bonne Europe. C'est le sentiment que j'ai eu, après avoir croisé pour la première fois le regard vif et silencieux de Venner, un sentiment dont je ne me suis jamais défait.

La carte d'identité de Venner s'est constituée dans ma tête progressivement: je découvrais ses ouvrages militaires, ses volumes sur les armes de poing ou de chasse, les armes blanches et les armes à feu, et surtout sa "Critique positive", rédigée après les aventures politiques post-OAS, etc. Je découvrais aussi son livre "Le Blanc soleil des vaincus", sur l'héroïsme des Confédérés lors de la Guerre de Sécession, sentiment que l'on partageait déjà en toute naïveté, enfants, quand on alignait nos soldats Airfix, les gris de la Confédération —nos préférés— et les bleus de l'Union sans oublier les bruns du train d'artillerie (Nordistes et Sudistes confondus), sur la table du salon, quand il pleuvait trop dehors, notamment avec mon camarade d'école primaire, Luc François, devenu fringant officier au regard plus bleu que celui de Venner, alliant prestance scandinave et jovialité toujours franche et baroque, bien de chez nous, puis pilote de Mirage très jeune, et tué à 21 ans, en sortant de sa base, sur une route verglacée de la Famenne, laissant une jeune veuve et une petite fille...

Cependant, Venner n'est devenu une présence constante dans mon existence quotidienne que depuis la fondation des revues "Enquête sur l'histoire" et "La nouvelle revue d'histoire" parce que le rythme parfait, absolument régulier, de leur parution amenait, tous les deux mois, sur mon bureau ou sur ma table de chevet, un éventail d'arguments, de notes bibliographiques précieuses, d'entretiens qui permettait des recherches plus approfondies, des synthèses indispensables, qui ouvrait toujours de nouvelles pistes. Ces revues me permettaient aussi de suivre les arguments de Bernard Lugan, d'Ayméric Chauprade, de François-Georges Dreyfus, de Bernard Lugan, de Philippe Conrad, de Jacques Heers, etc. Chaque revue commençait par un éditorial de Venner, exceptionnellement bien charpenté: son éditeur Pierre-Guillaume de Roux ferait grande oeuvre utile en publiant en deux volumes les éditoriaux d'"Enquête sur l'histoire" et de "La nouvelle revue d'histoire", de façon à ce que nous puissions disposer de bréviaires utiles pour méditer la portée de cette écriture toute de clarté, pour faire entrer la quintessence du stoïcisme de Venner dans les cerveaux hardis, qui entretiendront la flamme ou qui créeront un futur enfin nettoyé, expurgé, de toute la trivialité actuelle.

Historien méditatif

Récemment, Dominique Venner se posait comme un "historien méditatif". C'est une belle formule. Il était bien évidemment l'exemple —et l'exemple le plus patent que j'ai jamais vu— du "civis romanus" (du "civis europaeus") stoïque qui se pose comme l'auxiliaire volontaire du "katechon", surtout quand celui-ci est un "empereur absent", dormant sous les terres d'un Kyffhäuser tenu secret. L'historien méditatif est un historien tacitiste (selon la tradition de Juste Lipse) qui dresse les annales de l'Empire, les consigne dans ses tablettes, espère faire partager un maximum de ses sentiments "civiques" aux meilleurs de ses contemporains, sans pouvoir se mettre au service d'un Prince digne de ce nom puisqu'à son grand dam il est condamné à vivre dans une période particulièrement triviale de l'histoire, une période sombre, sans aura aucun, où la patrie et l'Empire, le *mos majorum* et la civilisation, sombrent dans un Kali Yuga des plus sordides. Il y a un parallèle à tracer entre la démarche personnelle, stoïque et tacitiste de Venner, et les grands travaux de Pierre Chaunu, qui voyait, lui aussi, l'histoire

comme héritage et comme prospective: histoire et sacré, histoire et foi, histoire et décadence, tels sont les mots qui formaient les titres de ses livres.

En effet, Pierre Chaunu, dans “De l’histoire à la prospective”, posait comme thèse centrale que “la méditation du futur, c’est la connaissance du présent”. Et du passé, bien évidemment, puisque le présent en est tributaire, puisque, dixit encore Chaunu, le présent devient passé dès qu’on l’a pensé. Chaunu plaidait, on le sait, pour une “histoire sérielle”, capable de récapituler toutes les données économiques, sociales et culturelles, de la manière la plus exhaustive qui soit, de manière à disposer d’un instrument d’analyse aussi complet que possible, donc non réduit et, partant, très différent de tous les réductionnismes à la mode. Chaunu, par cet instrument que devait devenir l’histoire sérielle, entendait réduire les “à-coups” contre lesquels butent généralement les politiques, si elles ne sont pas servies par une connaissance complète, ou aussi complète que possible, du passé, des acquis, des dynamiques à l’oeuvre dans la Cité, que celle-ci soient de dimensions réduites ou aient la taille d’un Empire classique. Chaunu est donc l’héritier des tacitistes de Juste Lipse, armé cette fois d’un arsenal de savoirs bien plus impressionnants que celui des pionniers du 16ème siècle. L’objectif des revues “Enquête sur l’histoire” et “La nouvelle revue d’histoire” a été de faire “oeuvre de tacitisme”. Dans l’éditorial du n°1 de “La nouvelle revue d’histoire”, Venner écrivait: “L’héritage spirituel ne devient conscient que par un effort de connaissance, fonction par excellence de l’histoire, avec l’enseignement du réel et le rappel de la mémoire collective”. Oeuvre nécessaire car comme l’écrit par ailleurs Chaunu, dans “De l’histoire à la prospective”: “La nouvelle histoire (...) n’a pas réussi à pénétrer la culture des milieux de la décision technocratique” (p. 39). Chaunu écrivait cette phrase, raisonnait de la sorte, en 1975, quand le néo-libéralisme de la “cosmocratie” (vocable forgé par Venner dans “Le siècle de 1914”) n’avait pas encore accentué les ravages, n’avait pas encore établi la loi de l’éradication totale de toutes les mémoires historiques. Trois ans plus tard, en 1978, Chaunu, dans “Histoire quantitative, histoire sérielle”, était déjà plus pessimiste: il n’espérait plus “historiciser” les technocrates. Son inquiétude s’exprimait ainsi: “Nous sommes arrivés au point où l’Occident peut tout, même se détruire. Une civilisation se détruit en se reniant. Elle se défait comme une conscience de soi, sous la menace, plus grave que la mort, de la schizophrénie” (p. 285). Nous y sommes... Dans “Histoire et décadence”, paru en 1981, Chaunu constate que les bases de la vie sont désormais atteintes, que la décadence occidentale, partie des Etats-Unis pour envelopper progressivement la planète entière par cercles concentriques, avec pour élément perturbateur premier, voire moteur, ce que Chaunu appelait le “collapsus” de la vie, la réduction catastrophique des naissances dans la sphère occidentale (Etats-Unis et Europe, URSS comprise). Pour lui, ce collapsus démographique (qui ne se mesurera pleinement, annonçait-il, que dans les années 1990-2000), est un phénomène de “décadence objective” (p. 328). Avec la détérioration de plus en plus accélérée des systèmes éducatifs, “l’acquis ne passe plus, le vieillissement [de la population] s’accompagne d’une viscosité qui empêche l’écoulement de l’acquis” (p. 329).

Du “civis” au zombi

Chaunu était un pessimiste chrétien qui enseignait à la Faculté de Théologie Réformée d’Aix-en-Provence, un protestant proche du catholicisme, un combattant contre l’avortement, qui inscrivait sa démarche dans sa foi (cf. “Histoire et foi – deux mille ans de

plaidoyer pour la foi", 1980). Venner alliait le paganisme immémorial, sans épouser les travers des folkloristes néo-païens, à un stoïcisme qui le fascinait comme le prouvent d'ailleurs de nombreuses pages d'"Histoire et traditions des Européens". Chaunu et Venner partageaient toutefois la notion de déclin par schizophrénie, amnésie et collapsus démographique. Les années 1990 et la première décennie du 21ème siècle n'ont apporté aucun remède à la maladie, malgré l'espoir, finalement fort mince, de Chaunu: on a titubé de mal en pire, jusqu'aux folies du festivisme, dénoncées par Muray, pour aboutir à la mascarade du "mariage pour tous" qu'un peuple, auparavant indolent, refuse instinctivement aujourd'hui (mais cette révolte durera-t-elle?). On est arrivé au moment fatidique du Kali Yuga, quand tous les phénomènes de déclin s'accélèrent, se succèdent en une sarabande infernale, en un cortège monstreux comme sur les peintures de Hieronymus Bosch, dans les salles du Prado à Madrid: c'est sans nul doute un âge particulièrement horrible pour le "civis" traditionnel qui voit s'évanouir dans la Cité toutes les formes sublimes de "dignitas", que la "viscosité" du festivisme décadent ne permet plus de transmettre. Le "civis" cède la place au "zombi" (Venner in "Le siècle de 1914", p. 355).

On peut comprendre que cet enlisement hideux ait révulsé Venner: c'en était trop, pour un esprit combattant, au seuil de sa huitième décennie; il n'aurait plus eu, à ses propres yeux, la force surhumaine nécessaire (celle que nous allons tous devoir déployer) pour endiguer dans un combat quotidien, inlassable et exténuant, le flot de flétrissures morales qui va encore nous envahir, au risque de nous noyer définitivement. Il a voulu donner un exemple, le seul qu'il pouvait encore pleinement donner, et nous allons interpréter ce geste comme il se doit. Exactement comme Mishima, à coup sûr l'un de ses modèles, il ne pouvait voir disparaître un monde qui n'a eu d'heures de gloire que tant que la "dignitas" romaine demeurait, même atténuée et marginalisée, comme l'écrivain japonais ne pouvait se résoudre à voir sombrer le Japon traditionnel dans la "culture-distraction" made in Hollywood et ailleurs aux "States". Une telle société ne convient ni à un "civis", dressé par la haute morale du stoïcisme et de Sénèque, ni à un "coeur rebelle", marqué par la lecture d'Ernst Jünger.

Venner, exégète de Jünger

Dans "Ernst Jünger – Un autre destin européen", Venner nous a légué le livre le plus didactique, le plus clair et le plus sobre, sur l'écrivain allemand, incarnation de l'anarque et ancien combattant des "Stosstruppen". Cet ouvrage de 2009 s'inscrit dans le cadre d'une véritable renaissance jüngerienne, avec, pour apothéose, le travail extrêmement fouillé de Jan Robert Weber ("Ästhetik der Entschleunigung – Ernst Jüngers Reisetagebücher 1934-1960") et surtout l'ouvrage chaleureux de Heimo Schwilk ("Ernst Jünger – Ein Jahrhundertleben"), où l'auteur se penche justement sur les linéaments profonds du "nationalisme révolutionnaire" d'Ernst Jünger et de son "anti-bourgeoisisme", un "anti-bourgeoisisme" qui critique précisément cette humanité qui sort de l'histoire pour s'adonner à des passe-temps stériles comme la spéculation, la distraction sans épaisseur éthique ou civique, le confort matériel, etc., bref ce que Venner appelait, dans "Pour une critique positive", "la décomposition morbide d'un certain modernisme", qui "engage l'humanité dans une impasse, dans la pire des régressions". Les esprits et les forces "kathéchoniques" participent, disait Venner dans "Pour une critique positive", d'un "humanisme viril", assurément celui de

Brantôme, garant d'un "ordre vivant" (et non pas mortifère comme celui dont Chaunu redoutait l'advenance). Jünger: "Cette engeance [bourgeoise, ndt] n'a pas appris à servir, n'a pas appris à surmonter le porc qu'elle a en son intériorité, à maîtriser son corps et son caractère par une auto-disciple [Zucht] rigoureuse et virile. C'est ainsi qu'advient ce type-mollusque: mou, verbeux, avachi, non fiable, qui fait spontanément horreur au soldat du front" (EJ: in "Der Jungdeutsche", 27 août 1926). Je ne sais si Venner avait lu cette phrase, issue d'une revue nationale-révolutionnaire du temps de la République de Weimar, que peu de germanistes méticuleux ont retrouvée (pas même Schwilk qui cite une source secondaire); en tout cas, cette "Zucht" permanente, que Jünger appelait de ses voeux, Venner l'a toujours appliquée à lui-même: en cela, il demeurera toujours un modèle impassable.

J'ai travaillé récemment sur Moeller van den Bruck et j'aurais voulu transmettre le texte final (loin d'être achevé) à Venner; je travaille aussi, à la demande d'un jeune Français — certainement un lecteur de Venner— sur maints aspects de l'oeuvre de Jünger (et ce jeune doit me maudire car je ne parviens pas à achever l'entretien en six questions clefs qu'il m'a fait parvenir il y à a peu près vingt mois... mais pourquoi irai-je répéter ce que Venner a dit, mieux que ne pourrai jamais le dire... il faut donc que j'aborde des aspects moins connus, que je fasse connaître les recherches allemandes récentes sur l'auteur du "Travailleur"). Le "coeur rebelle", soit l'attitude propre à l'humanisme viril qui rejette le type-mollusque et les inauthentiques passe-temps bourgeois, est aussi le titre du livre-manifeste que Dominique Venner a fait paraître aux "Belles-Lettres" en 1994. La rébellion de Venner est naturellement tributaire de celle de Jünger, du moins quand, comme Jünger, Venner a fait un pas en arrière au début des années 70, a pris, lui aussi, la posture de l'anarque: fin des années 20, voyant que l'agitation nationale-révolutionnaire sous la République de Weimar, ne donne pas les résultats immédiats escomptés, Jünger amorce, en son âme, le processus de décélération que Jan Robert Weber vient de nous décortiquer avec toute la minutie voulue. Ce processus de décélération fait de l'ancien combattant des "Stosstruppen" un voyageur dans des pays aux paysages encore intacts, aux modes de vie non encore "modernisés". Voir l'humanité intacte, voir des humanités non affligés par les tares du "bourgeoisisme", telle était la joie, forcément éphémère, que le Lieutenant Jünger entendait se donner, après être sorti des univers excitants de la marginalité politique extrémiste. Il poursuivra cette quête de "non modernité" jusqu'à ses voyages des années 60 en Angola et en Islande. Venner, lui, après les échecs du MNP (Mouvement Nationaliste du Progrès) et du REL (Rassemblement Européen pour la Liberté), qui auraient dû incarner rapidement les principes consignés dans "Pour une critique positive" et procurer à la France les "mille cadres révolutionnaires" pour contrôler les "rouages de l'Etat" (but de toute métapolitique réaliste), s'adonne à la passion des armes et de la chasse, pour devenir non pas tant l'anarque jüngerien, replié à Wilflingen et apparemment détaché de toutes les vanités humaines, mais l'historien méditatif qui publie d'abord des livres ensuite des revues distribuées partout, capables de provoquer, chez "mille futurs cadres révolutionnaires" (?), le déclic nécessaire pour qu'ils rejettent à jamais, sans la moindre tentation, les chimères du système "cosmocratique", et qu'ils oeuvrent à sortir l'Europe de sa "dormition".

Jünger, Mohler et le "Weltstaat"

Heimo Schwilk rappelle toutefois que Jünger, à partir de 1960, année où meurt sa femme Gretha, se détache d'idéaux politiques comme ceux de "grands empires nationaux" ou d'unité européenne: il estime qu'ils ne peuvent plus servir d'utopie concrète, réalisable au terme d'une lutte agonale, avec des hommes encore imbriqués dans l'histoire. C'est l'année de la rédaction de l' "Etat universel" ("Der Weltstaat"), prélude à ce que Venner appelera la "cosmocratie". Jünger est pessimiste mais serein, et même prophète. Je cite Schwilk: "Dans l'Etat universel, les victimes des guerres et des guerres civiles, les nivellements par la technique et la science, trouvent, en toute égalité, leur justification finale. Sur le chemin qui y mène, le citoyen-bourgeois moderne est tout entier livré aux forces matérielles et à l'accélération permanente des processus globaux. Avec la disparition des catégories historiques comme la guerre et la paix, la tradition et le limes, la sphère politique entre dans un stade expérimental, où les lois de l'histoire ne peuvent absolument plus revendiquer une quelconque validité – dans ce monde-système, même l'espèce humaine est remise en question. A la place de la libre volonté (du libre arbitre), craint Jünger, nous aurons, en bout de course, l'instinct brut qui consiste à fabriquer des ordres parfaits, comme on en connaît dans le monde animal" (Schwilk, op. cit., p. 486). Cette position jüngerienne de 1960 suscite l'étonnement à gauche, une certaine irritation à droite: le vieux compagnon de route, Armin Mohler, estime que son maître-à-penser a sombré dans l'"inhéroïque", qu'il abandonne les positions sublimes qu'il a ciselées dans le "Travailleur", qu'il a composé, à la façon d'un coiffeur, "une permamente pour son oeuvre ad usum democratorum", qu'il est sorti du "flot du temps" pour s'accomoder de la "démocratie des occupants". Pour Jünger, il faut regarder le spectacle avec mépris, attendre sereinement la mort, ne pas se faire d'illusions sur une humanité qui marche, heureuse, vers le destin de fourmi qu'on lui concocte.

Fidèle aux valeurs de droiture de son enfance

Venner, qui n'a pas l'extraversion exubérante de Mohler, n'a jamais cessé d'espérer un "réveil de l'Europe": son geste du 21 mai 2013, d'ailleurs, le prouve. Venner n'a cessé de croire à une élite qui vaincra un jour, fidèle à son passé, capable de rétablir les valeurs européennes nées lors de la "période axiale " de son histoire. Dans le "post scriptum" du "Siècle de 1914", qu'il nous faudra méditer, Venner explique qu'il est sorti des "actions partisanes" de sa jeunesse, comme Jünger, pour demeurer "fidèle aux valeurs de droiture de son enfance", pour plaider uniquement "pour le courage et la lucidité", tout en se sentant "profondément européen au sens atavique et spirituel du mot". Venner ne croyait plus aux actions politiques, dans les formes habituelles que proposent les polities occidentales ou, même, les marginalités hyper-activistes de ces sociétés. Il croyait cependant aux témoignages de héros, de militants, de combattants, qui, révélés, pouvaient éveiller, mobiliser les âmes pour sortir des "expérimentations" qui conduisent à l'avénement catamorphique des "zombis de la cosmocratie" ou des "unités de fourmilière", envisagées par Jünger en 1960, quand Venner était engagé à fond dans le combat pour l'Algérie française.

Mais pour éviter ce destin peu enviable de "fourmis", homologuées, homogénéisées dans leur comportement, il faut une "longue mémoire", celle que Venner nous esquisse en toute clarté dans "Histoire et tradition des Européens". Ce livre a, à mes yeux, une valeur testamentaire, un

peu comme celui, tout aussi important mais différent, de Pino Rauti (à qui Venner rendait hommage dans la dernière livraison de 2012 de "La nouvelle revue d'histoire"), intitulé "Le Idee che mossero il mondo" (= "Les idées qui meuvent le monde"). Rauti nous décrivait les grande idées qui avait mu le monde, avaient mobilisé et enthousiasmé les peuples, les avaient extraits de leurs torpeurs, de leurs dormitions; Venner nous expose les linéaments les plus profonds d'une éthique européenne altière, romaine, pessimiste, stoïque et politique. Il nous dit là quelles sont les traditions à méditer, à intérioriser et à perpétuer. C'est donc un livre à lire et à relire, à approfondir grâce aux références qu'il fournit, aux pistes qu'il suggère: c'est dans les legs que Venner expose qu'il faudra recréer des humanités dans nos écoles, aujourd'hui privées de valeurs fondatrices, mêmes celles, de plus en plus rares, qui enseignent encore le latin. Sans doute à son insu, Venner est aux humanités scolaires futures, qui devront être impérativement transposées dans les curricula des établissements d'enseignement faute de quoi nous basculerons dans l'insignifiance totale, ce que fut jadis Jérôme Carcopino pour les latinistes.

C'est lors d'une présentation de cet ouvrage, peu après sa sortie de presse, que j'ai vu Venner pour la seconde et la dernière fois, en avril 2002. C'était à "La Muette", dans le 16ème arrondissement de Paris, à l'initiative d'un autre personnage irremplaçable dont nous sommes orphelins: Jean Parvulesco, mort en novembre 2010. "Histoire et tradition des Européens – 30.000 ans d'identité" est un livre qui nous rappelle fort opportunément que nos sources "ont été brouillées", que nous devons forcément nous efforcer d'aller au-delà de ce brouillage, que le retour à ces sources, à cette tradition, ne peut s'opérer par le biais d'un "traditionisme", soit par une répétition stérile et a-historique de schémas figés, faisant miroiter un âge d'or définitivement révolu et condamnant l'histoire réelle des peuples comme une succession d'événements chaotiques dépourvus de sens. Pour Venner, les racines immémoriales de l'Europe se situent dans la proto-histoire, dans "l'histoire avant l'histoire", dans une vaste époque aujourd'hui étudiée dans tous les pays du "monde boréal" mais dont les implications sont boudées en France, où quelques "vigilants", appartenant au club des "discoureurs sur les droits de l'homme" ou des "Pangloss de la rhétorique nombrilique" (dixit Cornelius Castoriadis), barrent la route aux savoirs historiques nouveaux, sous prétexte qu'ils ressusciteraient une certaine horreur. Les racines de l'Europe sont grecques-homériques, romaines, arthuriennes. Elles englobent l'amour courtois, où la polarité du masculin et du féminin sont bien mises en exergue, où Mars et Vénus s'enlacent. Nous verrons comment la revalorisation du féminin dans notre imaginaire et dans nos traditions est un élément cardinal de la vision d'Europe de Venner.

"Le siècle de 1914"

"Le siècle de 1914" commence par déplorer la disparition d'un "monde d'avant", où les linéaments exposés dans "Histoire et tradition des Européens" étaient encore vivants, notamment dans l'espace de la monarchie austro-hongroise. S'ensuit une critique serrée, mais non incantatoire comme celle des "vigilants", du bolchevisme, du fascisme italien et du national-socialisme hitlérien: une critique bien plus incisive que les proclamations, déclamations, incantations, vitupérations des anti-fascistes auto-proclamées qui hurlent leurs schémas et leurs bricolages à qui mieux mieux et sans interruption depuis septante ans, depuis que le loup a été tué. Cette

critique lucide, sobre, équilibrée et dépourvue d'hystérie est récurrente —il faut le rappeler— depuis "Pour une critique positive"; elle est suivie d'une apologie retenue mais irréfutable de la figure de l'idéaliste espagnol José Antonio Primo de Rivera, dont les idées généreuses et pures se seraient, dit Venner, fracassées contre "le granit du pragmatisme". La mort tragique et précoce de ce jeune avocat l'a préservé de "toute souillure": il reste un modèle pour ceux qui veulent et qui voudront nettoyer la Cité de ses corruptions.

Un différentialisme dérivé de Claude Lévi-Strauss

Le portrait de "l'Europe en dormition", proposée par Venner dans le dixième et dernier chapitre du "Siècle de 1914" est un appel à l'action: il énumère, avec la clarté des moralistes français du "Grand Siècle", tant admirés par Nietzsche, les travers de l'Europe sous la tutelle des Etats-Unis, du libéralisme déchaîné (surtout depuis la disparition du Rideau de Fer), des oligarchies liées à la "Super-classe". Venner se réfère à Heidegger, pour la critique du technocratisme propre aux matérialismes communiste et libéral, et justifie son "différentialisme", son "ethno-différentialisme", en se référant à la seule source valable pour étayer une telle option politico-philosophique: l'oeuvre de Claude Lévi-Strauss. Nous mesurons, en lisant ces lignes de Venner, toute la perfidie et la mauvaise foi des critiques ineptes, prononcées par les "Vigilants" à l'encontre de cet aspect particulier du discours des "nouvelles droites", qui n'a jamais puisé dans le corpus hitlérien —que Venner soumet, pour son racisme et son antisémitisme, à une critique dépourvue de toute ambigüité— mais chez ce philosophe et ethnologue d'origine israélite, qui mettait très bien en exergue les limites de la pensée progressiste. Venner rappelait aussi la trajectoire très personnelle de Victor Segalen (1878-1919), explorateur des "exotismes" qui avait écrit: "Ne nous flattons pas d'assimiler les moeurs, les races, les nations, les autres; mais au contraire réjouissons-nous de ne le pouvoir jamais" (cité par Venner, p. 389). Apparemmant, la triste "intellectuelle" du misérable club des "Vigilants", qui a agité, sur internet, dans un essai aux allures soi-disant "savantes" mais à la "sagacité" plus que bancale, le spectre d'un Venner "rénovateur du racisme" dans les jours qui ont immédiatement suivi son suicide n'a jamais lu ce deuxième ouvrage testamentaire de Venner, "Le siècle de 1914". Venner, et nous tous, avons des adversaires qui ne nous lisent pas, qui affirment péremptoirement leurs lubies, avec la complicité d'un pouvoir aux abois et de ses nouvelles militantes stipendiées, les "femens".

La quintessence d'"Histoire et tradition des Européens" et du "Siècle de 1914" paraissait et transparaissait dans les éditoriaux des revues historiques de Venner, que traduisait, avec diligence, dévouement et respect, l'ami américain Greg Johnson, permettant au monde entier de lire le futur suicidé de Notre-Dame dans la "koiné" globale, dont il maîtrise avec une belle élégance toutes les nuances, très éloignées du sabir "basic" qui sert de lingua franca à tous les technocrates de la planète. Venner a trouvé le traducteur qu'il mérite et l'éditeur qui, j'espère, compilera bientôt les meilleures traductions de ses éditoriaux en un volume.

21 mai 2013

Reste à tenter d'expliquer le geste de Dominique Venner en cet après-midi du 21 mai 2013. A mon retour du boulot, où une "Vigilante" particulièrement bête venait de monter une cabale contre moi, et après un bref détour à la librairie italienne du Quartier Schuman (où je devais me trouver quand Venner a

appuyé sur la détente de son pistolet de Herstal, lieu d'origine des Pippinides), j'apprends en ouvrant mon ordinateur le suicide de Dominique Venner devant le maître-autel de Notre-Dame de Paris. Je ne vais pas cacher, ici, que j'étais d'abord très perplexe. Mais non étonné. Je connaissais les lignes de Venner sur les stoïques, qui quittent la vie sans regret quand ils ne peuvent plus oeuvrer dans la "dignitas" qu'ils se sont imposée, quand ils ne peuvent plus servir l'Empire comme ils le voudraient. Je savais aussi Venner guetté par la maladie: un de ses éditoriaux récents l'évoquait. Certaines photos trahissaient la présence sournoise d'une pathologie tenace. Ma perplexité était suscitée par le lieu: pourquoi Notre-Dame, pourquoi le choeur de la Cathédrale de Paris? Pourquoi pas Chartres, Château-Gaillard, Montségur? Dans sa dernière lettre, Venner écrivait: "C'est un endroit que j'admire et que je respecte". Ces mots voilaient évidemment un sens précis. Notre-Dame est construite sur le site d'un temple romain de Lutèce, temple probablement bâti sur un sanctuaire gaulois antérieur. C'est donc là, dans la sacralité celtique la plus ancienne du lieu où Venner a vu le jour en 1935, que devait résider l'énigme. J'ai réfléchi et me suis rappelé d'un ouvrage de la série des "Voyages d'Alix" de Jacques Martin et de son collaborateur Vincent Henin, consacré à la Lutèce romaine. Aux pages 52 et 53 de cet ouvrage destiné principalement aux amoureux de la culture classique et aux latinistes —Martin a pris le relais, en quelque sorte, de Jérôme Carcopino en pubiant cette admirable série chez Casterman— nous trouvons quatre illustrations du "Pilier des Nautes", une pour chacun de ses côtés. Martin et Henin rappellent que ce "Pilier des Nautes" a été découvert en 1711, exactement sous le choeur de Notre-Dame. Probablement surmonté d'une statue de Jupiter impérial, cette colonne montrait sur sa face antérieure le dieu celtique Cernunnos, Iovis (= Jupiter) et un couple divin, Mars et Minerve (ou la déesse celtique Boudana). Sur les autres faces, on trouve des représentations de Smertios, Esus, Tarvos Trigaranus (le taureau flanqué de trois grues), Castor, Pollux et Vulcain, de même qu'un autre couple divin, Mercure et Rosmerta, puis, à la base, des divinités féminines: Junon, Fortuna, Vénus et une figure mythologique non identifiée. C'est évidemment la présence, au-dessus de Iovis, de Cernunnos qui m'interpelle.

Cernunnos, dieu à ramure de cervidé

Dans leur magnifique lexique de mythologie celtique, Sylvia et Paul F. Botheroyd mettent fort bien en évidence l'importance de Cernunnos, le dieu à la ramure de cervidé. On sait que Venner vouait un culte discret au Cerf et ornait la page d'accueil de son blog d'une belle image-silhouette de grand cerf. On sait aussi le grand intérêt que portait Venner à la vénerie. Cernunnos est un dieu campé comme celtique mais, disent Sylvia et Paul F. Botheroyd, on en trouve des représentations de l'Irlande à la Roumanie, toujours affublé d'une ramure et d'une torque et accompagné de serpents. Il est donc un dieu ancien de la très vieille Europe proto-historique. On l'appelle aussi le "dieu cornu" mais si "ker" est un terme indo-européen pour désigner les cornes animales, il désigne aussi les forces vitales, celles de la croissance. Il agit d'un lieu souterrain, d'un autre monde enfoui dans la Terre-Mère: il y accueille les morts et, chaque fois qu'un défunt se présente, Cernunnos libère de l'énergie vitale avec l'aide de la Déesse-Mère et lui donne une nouvelle forme. Il est aussi le dieu qui fait monter la sève dans les plantes, qui incite la volonté de reproduction des êtres. Il est donc un dieu de la Vie au sens le plus large. Une gravure rupestre du Val Camonica en Italie alpine représente le "Cornu" avec un sexe en forme de long serpent qui

unit ce dieu dispensateur de Vie à la Déesse-Mère: il unit donc principe masculin et principe féminin, comme le bas du "Pilier des Nautes" représente, lui aussi, des couples divins. Le Cernunnos de Val Camonica, et tous les dieux cornus de la très vieille Europe, symbolise l'éternelle victoire de la Vie sur la mort. Il est, écrit Yann Brekilien dans "La mythologie celtique" (Jean Picollec, 1981), "l'époux de la Déesse-Mère, le principe masculin fécondant, le Verbe créateur" (p. 97). Mais, toujours pour Brekilien, "la matière trahit la force spirituelle qui l'a fécondée et se soumet à la destruction, jusqu'à ce que recommence le cycle" (ibid.). En tant que force spirituelle, Cernunnos est un "dieu de nature ignée" (cf. Myriam Philibert, "De Karnunos au roi Arthur", Ed. du Rocher, 2007). Alliance donc du feu sacré, de l'esprit, du monde souterrain où se recrée la Vie, épousailles permanentes avec la Terre Mère: telle est la sacralité profonde du sol sous le choeur de Notre-Dame de Paris, où se dressait, dès le règne de l'Empereur Tibère, le "Pilier des Nautes". Pour Venner, c'était là, et là seul pour un natif de Paris, qu'il fallait aller offrir sa vie, son enveloppe charnelle, pour que le principe vital de Cernunnos la transforme en nouvelle énergie, plus puissante encore.

Montée de l'insignifiance

Au moment où la France du Président Hollande enfreint les règles traditionnelles du mariage, édictées par l'Empereur Auguste sur base des vieilles traditions romaines, les bases du "Pilier des Nautes", avec ses couples divins hétérosexuels, étaient ébranlées. La Cité frappée à la base même de ses facultés reproductrices, engendrant potentillement un "collapsus démographique" (Chaunu) plus accéléré et plus nocif que jamais... Sur fond d'une trivialité sociale en apparence sans remède: ce n'est pas seulement une idée ancrée dans la "droite" où l'on fourre un peu vite Dominique Venner, quand on l'évoque dans les salons des terribles simplificateurs. Constatons le même refus et le même dégoût chez des auteurs contemporains de la publication de "Coeur rebelle" (1994). Cornelius Castoriadis a fustigé la "montée de l'insignifiance": "il ne peut pas y avoir d''autonomie' individuelle s'il n'y a pas d'autonomie collective, ni de 'création de sens' pour sa vie par chaque individu qui ne s'inscrive dans le cadre d'une création collective de significations. Et c'est l'infinie platitude de ces significations dans l'Occident contemporain qui conditionne son incapacité d'exercer une influence" ("La montée de l'insignifiance", Seuil-Points, n°565, 1996). Langage qui revendique le retour des identités collectives, tout simplement sans citer le terme "identité". Gilles Châtelet est encore plus virulent dans les critiques qu'il consigne dans "Vivre et penser comme des porcs" (Folio-Actuel, n°73, 1998). Jacques Ellul fustige la transformation du politique en illusion, où "le peuple ne contrôle plus rien que des hommes politiques sans pouvoir réel" ("L'illusion politique", La Table Ronde, 2004, 3ème éd.).

Au-delà des étiquettes de droite ou de gauche, Venner —comme d'autres, innombrables, mais non élèves respectueux de Sénèque et des stoïques— constate l'enlisement général de nos sociétés, affligées de cette viscosité qui empêche toute transmission (Chaunu). Il n'est plus possible de vivre selon les règles et les rites de la "dignitas" romaine. Mais Venner, déçu jusqu'aux tréfonds de son âme, n'est pas un fataliste: il offre à Cernunnos sa vie pour qu'il insuffle une charge vitale plus forte encore que la sienne dans ce magma poisseux, en espérant qu'un cycle nouveau s'enclenche. Ce cycle, ce sont ses lecteurs, ses élèves qui devront l'animer

avec la même constance et la même fidélité que lui.

La disparition de Venner est une disparition de plus pour nous. La génération fondatrice disparaît: celle du "grand refus" dans l'Europe qui a chaviré dans l'indolence et le consumérisme. Son heure est venue. Venner, homme libre, n'a fait que devancer la Grande Faucheuse, qui a emporté Mohler, Tommissen, Dun, Rauti, Mabire, Schrenck-Notzing, Kaltenbrunner, Parvulesco, Thiriart, Locchi, Romualdi, Fernandez de la Mora, Willms, Eemans, Bowden (à 49 ans seulement!), Valla, Debay, Varenne, Freund, et bien d'autres... La première tâche est de faire lire les livres dont j'ai tenté, vaille que vaille, d'esquisser l'essentiel dans cet hommage à Venner. Ensuite, il me paraît impératif de sauver à tout prix "La Nouvelle revue d'histoire". En mars 2006, nous avions perdu un guide précieux, un excellent professeur de lettres, en la personne de Jean Mabire: nul, à mon immense regret, n'a pu reprendre le travail hebdomadaire du lansquenet normand, celui de fabriquer une fiche synthétique sur un écrivain oublié et important. Qui reprendra "La Nouvelle revue d'histoire"? Philippe Conrad, le plus apte à en perpétuer l'esprit? Quel que soit l'officier qui prendra le poste de Venner, à la proue du meilleur navire de la mouvance, je lui souhaite le meilleur vent, longue course.

J'écoutais, à côté d'Yvan Blot, la fille de Jean van der Taelen prononcer quelques paroles lors des obsèques de son père à l'Abbaye de la Cambre à Ixelles: elle nous demandait de lui parler comme s'il était dans la pièce d'à côté, séparé seulement par une maigre cloison, de lui poser les questions qu'on lui aurait posées de son vivant. Pour Venner, je dirai ceci, dans le même esprit, et je souhaite que tous les amis fassent de même; quand j'écrirai une phrase sur un thème cher à Venner, sur une position que je prendrai, sur une innovation sur l'échiquier international, je lui poserai la question: "Qu'en pensez-vous?". De même qu'en penseraient Locchi, Mohler, Schrenck-Notzing, Mabire, etc.? Meilleure façon d'assurer l'immortalité de nos défunts.